

11-6 170-6

# CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

Año II

17 de Abril de 1935

Núm. 17



ARTECHE 25

## HOY...

LA "CARIOCA"  
SE EVADIO DE  
UN PRESIDIO

Reportaje de Raúl  
González Tuñón

♦

"Las tragedias de mundo"

EL CAMINO DE  
HOLLYWOOD

Reportaje de Jackie  
Montgomery

♦

COMO SE  
FILMA UNA  
PELICULA  
EN ESPAÑA

Por Gabriel García Espina,  
con apuntes de Arteche

♦

20 CENTIMOS

SEMANA SANTA

Ayuntamiento de Madrid P. o. t. A R T E C H E



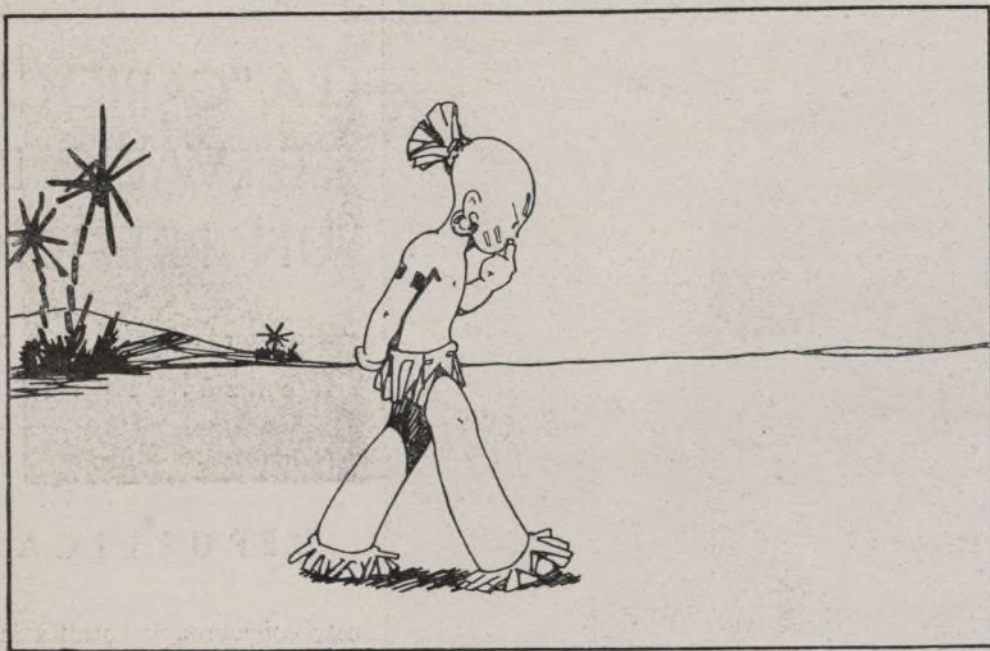


# TROPICO

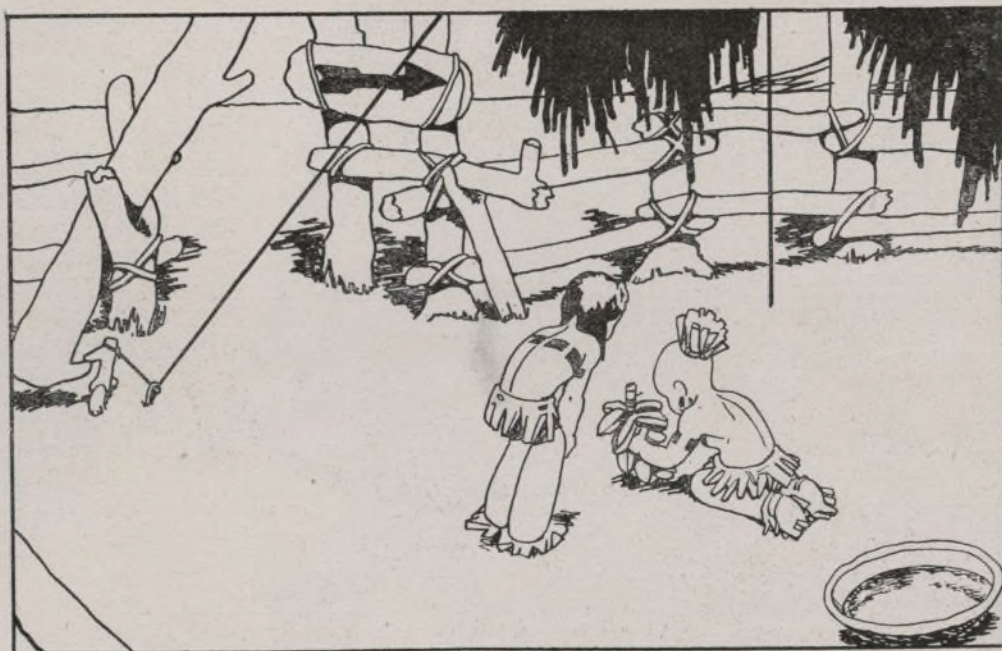
IBO-BOY ZUZU  
POR  
FIDIAS



—Es hijo del rey de los mazungos... Me dijo que su padre tenía tres mil colmillos de elefante.  
—Eso será un cuento mazungo. Y yo tengo un hermoso cepillo para los dientes.  
—Sí, pero no me regalas nada...



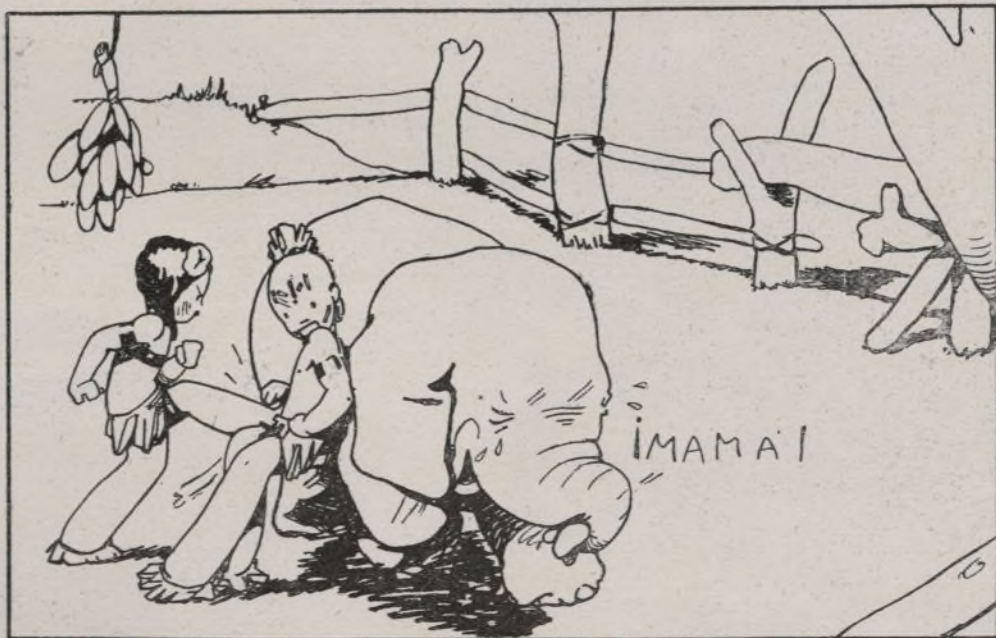
—Son raras las mujeres; ahora quiere colmillos. Tendré que cazar elefantes.



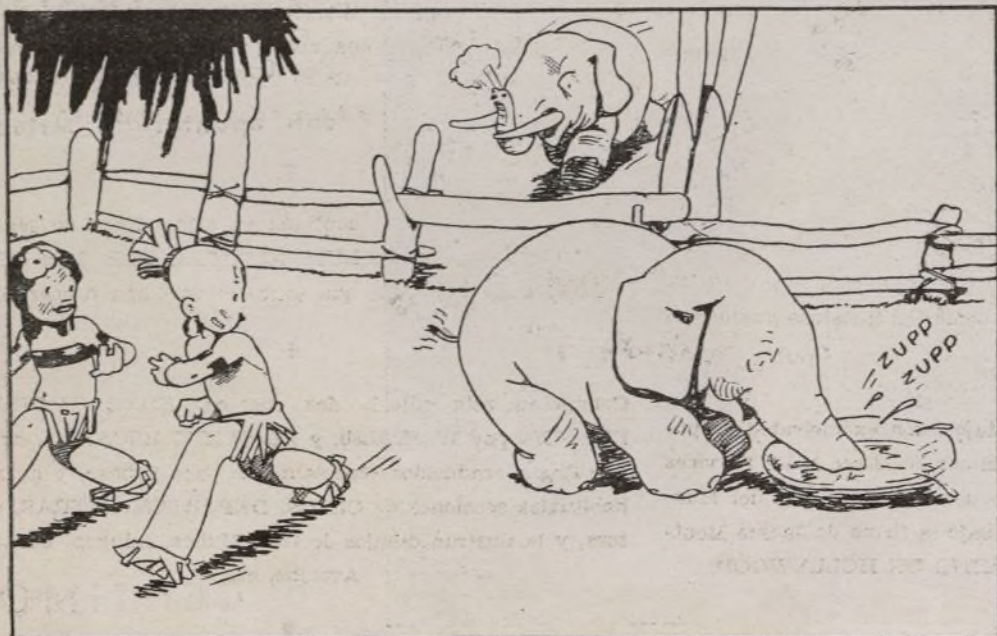
—He puesto tantas flechas indicadoras, que si no encuentran la trampa será que se volvieron locos.



—¡Corre, que somos ricos! ¡Ha caído uno!



—Este no sirve; no tiene marfil ni para una bolita... ¡Eh, váyase de aquí!  
¡No se coma todo!



—Cierra el pico y abre las alas que llega un terremoto...



—Al elefante grande es que me daba pena arrancarle los colmillos... Le haría mucho daño...  
—Ya, ya...



# CIVIDAD

# LA SEMANA

## MIGUEL DE UNAMUNO



E L D E S F I L E

Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II. 17 de Abril de 1935 Núm. 17

Corresponsales de "CIUDAD" en PARIS:

Mlle. MILLET y D. EDUARDO AVILES RAMIREZ

Representantes de "CIUDAD" en la República Argentina:

Sres. OLIVESKY HERMANOS.

Diag. R. Sáenz Peña, 501, BUENOS AIRES.

Representante de "CIUDAD" en GRECIA:

D. José Zamora, ATENAS.

Representante de "CIUDAD" en FILIPINAS:

D. Benigno del Río, San Fernando, 703, MANILA.

Representante de "CIUDAD" en la República Oriental del Uruguay:

D. José Pérez Mariluz.

Laguna Merín, 4.351, MONTEVIDEO

Representante en ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA:

Sr. IVAN POST, a. c. de "FREE News Corp", NUEVA YORK

Representante de "CIUDAD" en LONDRES:

D. DEMETRIO POSADAS, Picadilly Hotel.

Representante de "CIUDAD" para JAPON y CHINA: Sr. E. NAKAMURA, OSAKA SHOSEN KAISHA, Bldg. TOKIO.

## CIUDADANO DE HONOR DE LA REPUBLICA

El instinto de justicia que, por encima de todas las vacilaciones cabe atribuir al nuevo régimen, ha condecorado la recia ancianidad de Miguel de Unamuno colgando en su corazón, lleno de latidos mozos, esta espiritual insignia de ciudadano mayor de la República. En su corazón. Es ahí donde la Patria le duele al maestro como una quemadura renovada en la pasión de cada instante, y ahí tenía que ser, y lo fué, donde este magnífico ejemplar de hombre, sobre todo de hombre, recogiese el aprobatorio rumor unánime de España, que siguió a la designación, como la caracola recoge el aliento sonoro del mar.

Señalemos tal unanimidad como el mejor de los no declarados homenajes. Pocas veces este pueblo disperso, negador y atrabiliario, reúne en torno a un acontecer y mucho menos a una persona, el calor sumado de su cordialidad. Siempre hay caminos para la evasión del reconocimiento generoso; caminos desviados por los que la indiferencia, la ignorancia o

la polémica distraen esta concurrencia totalitaria del necesario consenso, que por ello no logra hacerse civilidad, emoción conjunta, creadora acción y apretada carne de historia, porque el hombre goza negando y destruyendo al hombre, y cuanto más señero más negado, y más que seguido perseguido.

La ciudadanía de honor para Miguel de Unamuno señala una excepción en esta regla de la moral tacañería colectiva de los españoles para los españoles. Por esta vez, entre la aprobación de todos, llegó a tiempo el galardón nacional, robándole su prioridad a la muerte o a la consagración extranjera. ¡Que el ejemplo se haga conducta!

CIUDAD saluda al maestro glorioso e injerta en esta oportunidad su pública adhesión a quienes solicitan para Unamuno el Premio Nóbel, en favor de cuyo propósito había ya privadamente movido a sus amigos de Suecia.

E . . . B . . . A . . .

COMO SE FILMA UNA PELICULA EN ESPAÑA es un reportaje de nuestro critico cinematográfico Gabriel García Espiña, escrito con el conocimiento y la galanura de estilo que han hecho de nuestro compañero uno de los valores más destacados con que hoy cuenta la critica cinematográfica en el periodismo español. Su independencia de criterio, sus conocimientos técnicos y su buen gusto, acreditados a través de comentarios documentados y sagaces, le valen frecuentes testimonios de simpatía y estímulo por parte de nuestros lectores, que dispensarán a este reportaje la atención que merece.

LA CRUZ Y LA EQUIS. Un artículo de Manuel Abril, sin duda de los más bellamente escritos de cuantos ha publicado en estas páginas, ilustrado con reproducciones de los artistas a quienes alude en su texto.

EL CIRCO, por Ceferino R. Avella, es una nota debida a la diestra pluma del veterano escritor, en la que trata de la formación sistemática de artistas circenses en la U. R. S. S.

LA CARIOCA SE HA EVADIDO DE UN PRESIDIO. Firma este interesantísimo reportaje, de la más rigurosa actualidad,

# HOY...

el ilustre periodista argentino Raúl González Tuñón, quien es, además, uno de los escritores más admirados de su generación y un poeta de ancho aliento social, agitado por las más dramáticas inquietudes de nuestro tiempo. Mientras dure la permanencia de González Tuñón en España, colaborará, en su aspecto periodístico, exclusivamente en nuestras páginas.

Otro de los sensacionales reportajes, con exclusividad de publicación para España, que recibimos de «Free News Services Agence», bajo el título genérico de «Las Tragedias del Mundo», se publica en este número, bajo la firma de Jackie Montgomery y rotulado EL CAMINO DE HOLLYWOOD.

El conocido dibujante Antequera Aizpiri nos ha destinado una muy interesante nota autobiográfica, que titula POR QUÉ

HAGO LOS DIBUJOS DESDE ARRIBA, que ilustra con «monos» en la curiosa perspectiva que los han hecho célebres.

¿PUEDE EL SER HUMANO TORTURARSE SIN PADECER? es el título de una crónica sobre fakirismo, enviada por nuestro colaborador Julio Martínez e ilustrada con interesantísimas fotografías documentales.

Fernando G. de Toledo continúa en esta edición su serie de reportajes cinemáticos, LUIS ALVAREZ POR LOS ESTUDIOS DEL MUNDO, que tanto interés han despertado.

Completan esta edición dos cuentos: EL CRIMEN DEL PUENTE, por W. English, y EL SEXTO ESCALON, de Roger Regis, traducidos especialmente para CIUDAD, y nuestras habituales secciones de CINES, DEPORTES, LETRAS, etcétera, y la ilustran dibujos de Gori Muñoz, Billiken, Santonja, Arteche, etc.

DEPORTES, CINE, TEATRO, PAGINA DE LOS NIÑOS, HISTORIETA, MOTIVOS DE LA CIUDAD, ETC.

Ayuntamiento de Madrid





Cristo en el reino de los muertos, por Miguel Skovgaard.

No sólo hay una inmensa iconografía cristiana en la que aparecen el signo de la cruz y la imagen del crucificado, sino que hay también una vasta región en donde el Cristo y la cruz son llevados a la obra de arte, no por razones de fe, sino por la convicción, por el reconocimiento de que la cruz representa desde Augusto en el mundo occidental—ya en todo el mundo—los cuatro puntos cardinales del espíritu y de los rumbos del hombre. Se cree o no se cree en esta o en otra doctrina; se cree, empero, en la cruz, sabiéndolo o sin saberlo. Y se cree a sabiendas en la cruz, o se cree ignorando su sentido; quieran los hombres o no creer en el sentido de la cruz como cardinalización de la vida, la Historia cree en ella, y nuestra existencia histórica, o se salva en la cruz o se condena en la cruz. O la cruz le persigue, si trata de rehuirla, o ha de buscar la cruz, falto de normas mejores.

Por eso no hubo hasta ahora en el mundo ningún emblema social ni religioso que haya, como la cruz, producido un arte laico en donde aparezca como humana alegoría un símbolo religioso.

Entre una época y otra no hay más divisoria—ni par ni substitución en veinte siglos—que ese árbol esquemático: la cruz; refugio y advertencia, vida y muerte, valla y puerta, línea abstracta y sentido universal, elevada encima del mundo.

Lo dijo en las letras un laico, nuestro ibérico poeta lusitano, el autor de *La Reliquia*. Impío y sacrilego el libro, no puede por menos, no obstante, de reconocerle a la cruz el significado implacable que en la historia del mundo ha de tener: el de que en ella acaba todo un mundo y en ella comienza el otro, el actual, el nuestro, el de siempre: el único hasta ahora, sin substitución posible.

Dos párrafos del poeta lusitano refieren ambos aspectos: la muerte del mundo antiguo, el nacimiento del nuevo. La muerte se cuenta así, con melancolía suave, en la novela de Eça de Queiroz, a que estamos aludiendo:



La sombra de la cruz, por Hulman Hunt.

«Ansioso alcé los ojos hacia la cruz más alta, clavada con cuñas en la hendidura de un peñasco. El Rabi agonizaba. Aquel cuerpo, que no era de mármol ni de plata, y que jadeaba vivo, caliente, atado y clavado a un madero, con un

## Arte y Vida por Manuel Abril

### DE LA CRUZ A LA EQUIS

pañuelo viejo arrollado a la cintura y un travesaño pasado entre las piernas, me llenó de terror y de espanto... La cabeza, enrojecida unas veces por oleadas de sangre, más lívida otras que el mármol, rodaba de un hombro a otro dulcemente, y entre la maraña de cabellos, empastados por la sangre y el sudor, los ojos agonizaban, sumidos, apagados, como si se llevaran para siempre, con su luz, toda la luz y toda la esperanza de la tierra...»

«... en eso estaba, cuando avisté, subiendo a la colina lentamente, apoyado en el hombro del niño que le guiaba, un viejo con quien ya nos cruzáramos en el camino de Jappé, y que llevaba una lira colgando de la cintura... «¡Eh, Rapsoda!...», gritó Topsisus. Y cuando él se acercó, el docto historiador preguntó si de las dulces islas traía algún canto nuevo. El viejo alzó la faz entristecida, y murmuró noblemente que una juventud imperecedera sonreía en los más antiguos cantos de la Hélade. Y en el resplandor de la tarde que envolvía a Sión, el Rapsoda lanzó un canto, ya trémulo, pero glorioso y henchido de adoración, como ante el ara de un templo en alguna playa de Jonia. Yo adiviné que cantaba a los Bieres... Pero, súbitamente, un grito llenó el espacio, partiendo de lo alto de una colina. *Fué un grito supremo, arrebatado y libertador.* Los dedos cansados del viejo enmudecieron sobre la lira helénica desde aquel momento en adelante, y por largas edades, silenciosa e inútil. A su lado, el niño, apartando la flauta de sus labios, alzaba hacia las cruces negras los ojos claros, adonde parecía asomarse la curiosidad y la pasión de un mundo nuevo.»

Así nos dice el autor cómo entonces moría para siempre el mundo antiguo y nacía el mundo nuevo. Porque lo que allí, en la cruz, nacía ante los ojos claros de aquel niño era, por completo, otro mundo.

¿Qué mundo? ¿Algún mundo extraño? ¿Algún mundo de ficción o de capricho o de circunstancialidades efímeras? ¿Mal podría, si fuese un mundo así, perdurar siglos y siglos! Era un mundo que añadía a lo anterior lo que al anterior le faltaba.

Así, encontramos en el mismo libro los párrafos que siguen:

«En aquel instante, Topsisus, que debatía con Gamaniel

acerca del helenismo y las escuelas socráticas, lanzó este resumen luminoso:

«—Sócrates es la semilla; Platón, la flor; Aristóteles, el fruto... Y de este árbol se ha nutrido el espíritu humano.

»Pero Gamaniel se levantó súbitamente; Eliezer, también. Ambos tomaron los cayados; ambos gritaron:

«—¡Aleluya!... ¡Loemos al Señor, que nos sacó de la tierra de Egipto!

»Terminaba la cena pascual...»

Había que añadir a las canciones y a la ciencia de la Grecia una loa al Señor: a un elemento nuevo que, nacido en la tierra semita, ofreciese al espíritu humano otra clase de nutrición que no habían ofrecido los helénicos.

Esa nueva nutrición era fruto directo de aquel árbol, de aquel árbol extraño de la cruz, que había de imponerse hasta nosotros, a los hombres de fe y a los sin fe; a creyentes y a descreídos.

El citado Eça de Queiroz lo evidencia de este modo.

Hay en el libro citado un pasaje, en el cual los fariseos comentan, rencorosos, las honras fúnebres que dedicaban al Rabi de Galilea sus devotos:

«—¿Qué será de la nación—gemía un rico—, si los más respetados se juntan con los que adulan al pobre, diciéndoles que los frutos de la tierra deben ser por igual para todos?

»Pero el saduceo de melenas aceitosas exclamó:

«—Tranquilizaos... Nunca han de faltar hombres fuertes, ni en el Templo ni en el Consejo, que mantengan la fuerza de la ley. Y en las cumbres de los calvarios habrán siempre, por fortuna, de levantarse las cruces...

»Todos murmuraron:

«—¡Amén!

»Yo sentía una densa melancolía entenebrece mi alma al pensar en aquellas cruces que habrían de ser siempre levantadas, si era cierto el nuncio aquel del judío de la guedeja aceitosa... ¡Miseria cruel si así era!... Sí, por todos los siglos de los siglos se daría el escándalo afrentoso de juntarse patricios, sacerdotes, magistrados, soldados, doctores y mercaderes para sacrificar ferocemente al justo que, penetrado del esplendor de Dios, enseñase la Adoración en Espíritu, o al que, lleno de amor a los hombres, proclamase el Reino de la Igualdad.»

Han pasado años desde entonces. El mundo se ha convulsionado con revoluciones. con guerras... Han ido en estos años, con frenesí nunca visto, buscando los hombres consuelo, buscando los hombres remedio... Quieren unos vencer por sí mismos; quieren otros consolarse... Piden los más orgullosos—y los más confiados—«solución». Piden los más afectivos y más humildes consuelo. Y entre las pesquisas de unos y las ansiedades de otros, el dilema sigue en pie: dos trazos rectos cruzados, o bien formando una cruz o bien formando una equis; o la cruz o el problema; la incógnita o la cruz... El canto de las islas, ¡ya imposible!... Nadie en el mundo actual canta ya como en las playas de la Jonia. Se ciernen demasiadas amenazas, y el mundo es otro ya. La cruz sigue clavada sobre el mundo, y la sombra de los nuevos aviones proyectan sobre las tierras de las playas sombrías cruces bélicas...

De ahí que en el arte plástico aparezca igualmente la cruz, no ya como elemento de liturgia y creencia, sino como inseparable del concepto del mundo, como en Klinger: «La cruz en el Olimpo»; del concepto de dolor y de tribulación y de abandono, como en Besnard; del concepto de pobreza, como en Hunt; del concepto de lucha contra el mal y los influjos siniestros, como en el aguafuerte de Brömse; del concepto de esperanza y norte único, como en la alegoría moral del sueco Skovgaard.



La visión del beato Juan, por Augusto Brömse.



Conocí a Tovar hace treinta años, treinta y cinco..., no sé cuántos, pues yo puedo contar por muchos los años, y nos hicimos enseguida muy amigos. Éramos pocos los dibujantes, y el ambiente que nos rodeaba, indiferente a todo. El dibujar se consideraba una habilidad o una chifladura, a la que no se le daba ninguna categoría, y puede que tuvieran razón. El caso es que los dibujantes, por esta indiferencia ambiente, hacíamos rancho aparte, nos uníamos, como los borregos, ante el peligro. Todo Madrid era la mesa redonda, donde había de sentarse a comer lo que hubiera el primer dibujante que llegase. Pocos eran los ingresos, pero también con casi nada se completaba lo suficiente para una diversión, para una comida íntima, y nos contentábamos con muy poco: un plato de judías en la antigua casa de la Concha, unas patatas fritas, maravillosas, y un buen frasco de vino, ¡y aquél sí que no era este vino! La química alemana, que hoy hace destrozos en la Mancha, en Valdepeñas, no se conocía. Todo el menú no llegaría a las dos pesetas por cabeza, y después la Cuarta de Apolo o el Salón de Actualidades nos ayudaban a matar la noche.

No hace un mes salimos juntos del Círculo de Bellas Artes Tovar y yo, y seguimos calle de Alcalá arriba. No se podía dar un paso por la acera. Una masa de automóviles circulaban a derecha e izquierda por la calle. Me cogió el brazo y me paró. Tovar era de los que gustaban charlar andando en un bamboleo que rimaba con la conversación, y el topetazo del final de la frase le hacía al acompañante perder el equilibrio; en uno de éstos me paró, bien cogido a mi brazo:

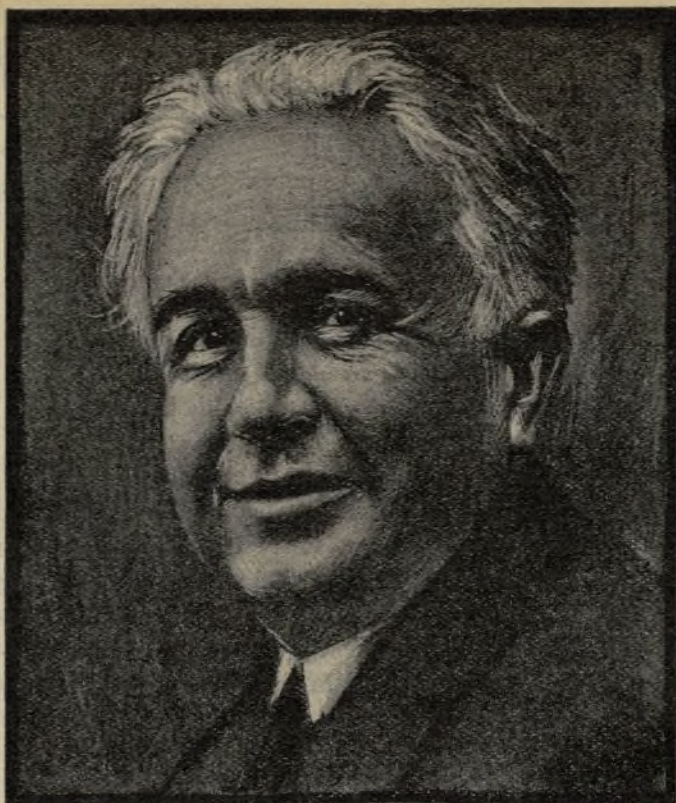
—¡Mira esto, Paco!—se refería al tráfico de automóviles—. ¿Te acuerdas de nuestra época? No había automóviles, ni maldita la falta que nos hacían, y ahora que los hay no lo tenemos nosotros, ¿verdad? ¡En realidad, para qué nos hace falta!—y se reía como un chiquillo alegre, con unos ojillos negros de azabache, que ahora en sus años, con el pelo gris, aparentaban más negros todavía.

—El "ritmo" de la vida (pongámonos a la altura de

## LA BOMBA



HITLER.—Por lo menos, el susto no hay quien se lo quite.



## MANUEL TOVAR

Por SANCHÁ

las circunstancias rítmicas) nos adelanta, es evidente, y nosotros, viejos ya, que las piernas nos flaquean, no podemos seguirlo. ¿Es triste o no es triste?—me preguntaba Tovar.

—Para mí, no—le dije—. La verdad, yo veo la juventud en mis hijos y como me parecen que soy yo mismo, no me preocupa. Me gustaría que me quedasen siempre los ojos nada más para verlos. El yo mío no cuenta nada para mí.

—Sí, pero... mira, Paco, no te pongas filósofo... Yo lo que te digo es, ¿no te gustaría verte joven y a mí con salud, aunque fuese en nuestra época, y marcharnos ahora mismo a comer juntos y después a la Bombilla a hacer conquistas?... ¡Entonces no pasábamos de la Bombilla, y el llegar a Torrelodones era como ir a Lima!

Tovar tenía tanta gracia o más en sus conversaciones, contando anécdotas, como la tenía dibujando, con esa infantilidad y hasta femenina gracia del artista verdadero. Yo creo que todo arte es femenino, no creo que pueda representarse al arte como un señor musculoso y peludo; pero en fin, tampoco pretendo que esto sea una conclusión definitiva... "full stop". Unidas al dolor de su muerte me han vuelto a la memoria muchos recuerdos de su vida.

Llevaba Tovar veinte años trabajando en Madrid, publicando diariamente en los periódicos, cuando hizo un viaje a Granada. A la vuelta nos contó una anécdota digna de mencionarse. Un paisano, amigo de la niñez, después de abrazarle lleno de júbilo, le preguntó:

—Y oye, Manolo, ¿tú sigues con la misma "afición" que tenías a dibujar?

No se había dado cuenta de nada de cuanto Tovar valía y representaba.

Sigamos las anécdotas de este tipo, pues por algo nos llaman humoristas:

Murió Xaudaró, también queridísimo amigo y compañero admirado, y también poco más o menos de nues-

tra quinta. Fuimos juntos, acompañándole en ese último viaje, Tovar, Bagaría y yo; después, sentados en un café, Bagaría se puso muy triste, y a veces esta tristeza le daba por hacer unas cosas que, según él, son versos, y con lágrimas en los ojos escribió con lápiz sobre el mármol de la mesa:

*Hoy enterramos a un compañero  
en primavera del treinta y tres:  
Xaudaró, el bueno...  
Luego irá Sancha,  
y yo después...*

—¿Pero, hombre, Bagaría, por qué me pones a mi primero?—pregunté yo. Y con su fuerte acento catalán, me contestó:

—Es por galantería, hombre, por galantería...

Yo acompañé a Tovar hace muchos años a la estación del Mediodía. Empezó un viaje a Granada y a ninguno nos dijo el objeto del mismo hasta estar en la estación.

—¿Sabéis a qué voy a Granada?... Pues voy a casarme.

La estupefacción fué enorme.

—¿Pero cómo lo tenías tan callado?

—Pues para que no me preparaseis alguna broma.

Y ayer, viendo el dolor de su hogar, sin comentarlo con nadie, recordaba yo aquella tarde en que le despedimos para ir a Granada...

A la tristeza de acompañar a un amigo en la muerte hay que unir, en Madrid, el dolor que produce la vista de los barrios por donde se pasa la injusticia de que existan barrios semejantes. Ayer, que se unió a la triste comitiva de Tovar la del admirable maestro Villa, nos hicieron ir a nosotros por otro camino distinto, a la derecha de la calle de Alcalá. El coche iba entre una verdadera trinchera del Chaco, y en el alto de los desmontes unas miserables casas empolvadas, de ladrillo al descubierto, muros de maderas viejas y latas de petróleo abiertas. Mujeres, chiquillos harapientos que contaban el número de coches y nos preguntaban a qué entierro pertenecíamos.

A la puerta del Cementerio hay que parar el coche para tomar billete de entrada; lo cobra un aqueronte de gorra con galones, y a la salida hay que devolver el papelito a otro. En fin: allí queda nuestro amigo... Las paletadas de tierra que caen sobre su cuerpo nos retumban en el corazón.



—¡Mira qué rico! Parece que le ha hecho la boca un fraile.

Ayuntamiento de Madrid



# la "carioca"

# se ha evadido de un presidio

POR

RAUL GONZALEZ TUÑON

Dónde nació y cómo vió luz la "carioca", la sensual danza brasileña que hoy apasiona a todo el mundo

(EXCLUSIVO PARA "CIUDAD")

El siniestro Morro de la Favella, donde un pueblo de asesinos y ladrones ha creado, en sus noches de pesadilla, la música alegre y contagiosa de la "carioca"

La "carioca", danza de negros fugitivos de la ley, que han entregado a los carnavales de Río de Janeiro la más bullanguera de las músicas

La Carioca se ha evadido de un presidio... En Río de Janeiro, la ciudad que hace exclamar a los viajeros: «¡Esto es América!», el famoso Morro de la Favella, refugio de asesinos y ladrones, terrible cielo negro, mucho menos ingenuo que el de Chaplin en «The Kid», se levanta en medio de la ciudad imponente, que a sus pies alarga un horizonte de puerto, fábricas, rieles y lejano telón de fondo de auténticas montañas y casas que luego superan a las tarjetas postales. Allí un viento caliente de abajo arriba mece palmeras elásticas y acuna un rumor redondo de negros musicales y perezosos. Allí, en el Morro de la Favella, adonde van a parar todos los negros evadidos de presidio, nació La Carioca. Pero no La Carioca, versión yanqui de la «samba» brasileña o maxixe. Y entiéndase por «samba» cantos y danzas de los brasileños—blancos, o negros, o caboclos, o mulatos—, pero de origen típicamente negro. El negro brasileño tiene más dramatismo que el yanqui, y muchos Langston Hugues y Duke Ellington en potencia se encuentran en el Brasil, donde los poemas de Jorge de Lima y los estudios psicoanalíticos de Arturo Ramos proclaman ese interés dramático en admirables trabajos. La «samba», diremos La Carioca, aunque está mal, es la expresión suprema de los carnavales alucinantes, la contorsión sensual y la válvula de escape sentimental de una raza que nace de tres razas tristes y vagabundas, aventureras y fatigadas.

## Los antiguos navíos negreros

YA no llegan a Bahía, la ciudad que cabalga una serranía accidentada, los navíos negreros. Ya no salen de Pernambuco las carretas cargadas de esclavos negros, que la ferocidad de los comerciantes portugueses llevaba de las costas de Loanda a las costas de Bahía. Pero la actitud servil y temerosa continúa: Loanda está en Loanda y Bahía en Bahía; perduran los ritos, y Spartacus aguarda en una espectral vía Appia que vayan a descolgarlo. Estalla el látigo todavía en las espaldas negras. Los esclavos de hoy son los obreros, peones, campesinos negros, mulatos o caboclos, y también blancos, explotados en los cafetales, tabacales, bananales, por el Amazonas arriba—que asombra los mapamundis—o abajo, por el Matto Grosso impresionante, adonde van a morir los buscadores de oro atrapados por los sutiles venenos de la selva. Ahora que los negros de la Favella, negros de arrabales de ciudad grande, se han rebelado... Nadie se atreve a ir a buscarlos a su refugio. Pero son unos pocos, unos miles...

YA no llegan a Bahía, decíamos, los navíos negreros. Pero los «maracatús» y los «cocos», las «macumbas», los cantos y danzas salvajes, de representaciones primitivas, monstruosas, perduran en el norte, y hacia el centro del Brasil, donde los hombres son más ágiles, la «samba», que nace de todo aquello, «La Carioca», que hoy arrebató a Madrid en versión falsa, arrastra por las calles multicolores de los lentos, de los largos, de los hondos carnavales de

Río de Janeiro al «cordón» alucinado de los que, blancos o negros, mulatos o caboclos, bajo el mismo sol, sobre la misma tierra, entre los mismos vientos tropicales, se lanzan sin quererlo o sin saberlo por el irremediable declive de una pasión enfermiza y remota, que arranca del tiempo en que los navíos negreros volcaban el dolor y la sangre en la Bahía maravillosa, recién pintada de verde.

## El Morro imposible

YO había vivido en Río cerca de un año ya, pero estaba lejos de imaginar semejante aventura, cuando el 19 de marzo llegué otra vez a la ciudad más americana de América. ¡Ir a conocer el Morro de la Favella, el Morro imposible! Naturalmente que



A pleno sol. El corte de los plátanos exige destreza, fuerza y una resistencia, que muchas veces se alimenta a fuerza de látigo.

se desarrolla allí un intenso drama social. Seguro también que la espantosa miseria de los moradores de ese morro significa una de las más crueles contradicciones del régimen actual. Pero nuestro viaje a la Favella ha sido imprevisto, rápido, cinematográfico. Nos limitaremos a algunas anotaciones.

A las once de la mañana del 19 de marzo llamé por teléfono a casa de mi amigo el escritor brasileño Enrique Pongetti. Me atendió su mujer, mi amiga Aida, que me dijo: «Enrique está filmando en el Morro de la Favella. Venga a buscarme e iremos juntos allá»... No estaba repuesto todavía de mi sorpresa, cuando el automóvil se detuvo, después de llegar por intrincadas callejuelas a la mitad del Morro, al pie de una larga escalera de piedra, donde ya las casas comienzan a ser miserables viviendas de negros miserables. Aida me dijo: «Enrique dirige una película, con argumento suyo. Se trata de la música popular. Queremos demostrar que nace aquí, en el Morro, de estos negros de prestigio tan canalla, capaces de poesía y de bravura como cualquier blanco.» O mejor. Continúa Aida: «Le fué difícil al principio instalar la cámara, llevar elementos, gentes blancas, convencer a los negros más rencorosos. Ahora tiene un centenar de amigos que se jugarían la vida por él. Son casi todos evadidos de presidio»...

Y subimos, lentamente, la larga escalera de piedra de aquel absurdo, de aquel tremendo cielo musical de los negros más negros de Río. Así es como llegué al Morro de la Favella, que Marinetti o Paul Morand vieron de reojo y en donde tantos policías y tantos intrépidos turistas tomaron boleto sin regreso.

## El Morro de la Favella

EL Morro de la Favella es famoso, y tanto, que no sólo allí van a refugiarse evadidos de presidio, desertores del ejército con una muerte encima, vagos y ladrones, negros y mulatos, sino que de allí desciende a la ciudad cómoda y magnífica el alma de los negros, convertida en «sambas», cantos y bailes populares, que son lo que al sur de la Unión los dramáticos y profundos «blues». La Favella es la fábrica de las «sambas», de las «cariocas», y también la fábrica de la delincuencia. Música y crimen descienden de la Favella a la ciudad. ¡Cielo y sangre! Los negros más pobres y más negros están allí. Viven en sus encrucijadas en ascenso una minoría de obreros y peones explotados en la ciudad y una mayoría de vagos, ladrones, asesinos—todos, naturalmente, víctimas del medio, forzosos delincuentes—, y toda la gama del último, del más increíble «lumperproletariado». Allí nace la música que luego alienta la sincopada orgía del carnaval carioca. Desde el fondo del tiempo, desde el fondo misterioso de la raza, de la sangre—sangre indígena, africana y lusitana—, los descendientes de los esclavos recogen un clamor desgarrado, grotesco, enloquecido, tres climas en uno: Europa, Africa y América, y bailan sobre su dolor como el clown del circo sobre su estrella de trapo.

LOS habitantes del Morro desconfían de sus escasos espectadores. Odian a los turistas, a los representantes del orden, a los blancos curiosos, a los que viven «abajo», y también a los artistas cretinos y cursis que roban sus motivos, sus leyendas, las letrillas de sus «sambas».

A L mediodía, después de subir más de doscientos escalones, me encontré en plena Favella: en lo alto del Morro, innumerables callejuelas tortuosas se fugan bajo un sol infernal en distintas direcciones, en un paisaje accidentado y maravilloso. Aquí y allá, negros semidesnudos, de todos los matices del negro, chiquillos rotos y sucios, deformes mulatas descalzas, madres negras dando de mamar a sus críos, jóvenes y viejos ociosos, cerdos negros retozando en las charcas, olores nauseabundos, gritos, rumores de lejanas peleas en el «Buraco Quente»—Agujero Caliente—, que queda más abajo, al otro lado del Morro que mira al mar, agujero en la tierra donde la bestia humana acecha y resopla. Risotadas, blasfemias, gruñidos, y entre las casuchas, chozas medio destruidas, hoyos en la montaña, uno que otro inverosímil negocio, y los chillidos en cada esquina, enseguida escamoteada por el paisaje—de los cartelones electorales. Porque la democracia liberal se acuerda de la Favella cuando hay elecciones y la olvida en el resto del año.



En amplias barcasas, los negros transportan, río abajo, su sabroso cargamento de plátanos.



El calor, siempre tropical, y el rudo trabajo han hecho perder a los negros y mulatos hasta su último adarme de grasa.

Ayuntamiento de Madrid





Nadie pensaría que, tras las riberas de este río tan apacible, alienta una muchedumbre arisca, acosada por la miseria y desprecio del blanco.

### Surrealismo...

EL escritor Pongetti, tostado, cubierta la cabeza con un gran sombrero de paja del «sertao» nordesteño, me presentó a una actriz, a un cameramen y al gran pintor amigo de Chirico, Hugo Adami. La choza del estudio se encuentra en un punto estratégico.

Una veintena de negros que intervienen en el film rodeaban a Pongetti y nos miraban con curiosidad, pero sin odio. Bebimos un refresco—caña y limón—en la pequeña taberna, donde entre dos santos y tres cajones de velas vi una botella de champaña, y salimos a recorrer el Morro, dramático y pintoresco escenario de la película. Iba con nosotros el negro del santo y seña, el del «ábrete, sésamo», el que impediría que alguien nos molestara... Se llama, ¿cómo? Le dicen a este brutal, a este hermoso tipo de negro, elástico y robusto, a este singular Brutus Jones, el «19», porque le falta un dedo en el pie derecho... Pongetti, a la manera de los directores soviéticos, le ha hecho protagonista de su película.

Después de dar vueltas por el Morro, que a su vez parece que da vueltas alrededor de nosotros en una teoría de Picasso, nos detenemos junto a una casa de madera, que se agarra desesperadamente a la tierra como un árbol ansioso: está al borde del abismo,

casi perpendicular, abierto por la dinamita, que poco a poco va comiendo el Morro sin indemnizar a sus moradores...

—Cuando ellos pelean—me dijo alguno refiriéndose a los «pretos»—, el otro cae al abismo. Es la ley.

Del ventanuco de la casucha asomó de súbito una interesante cabeza mongólica. Me presentaron al viejo, que alargó una mano flaca.

—Gregorio Rosa, cuente algo...

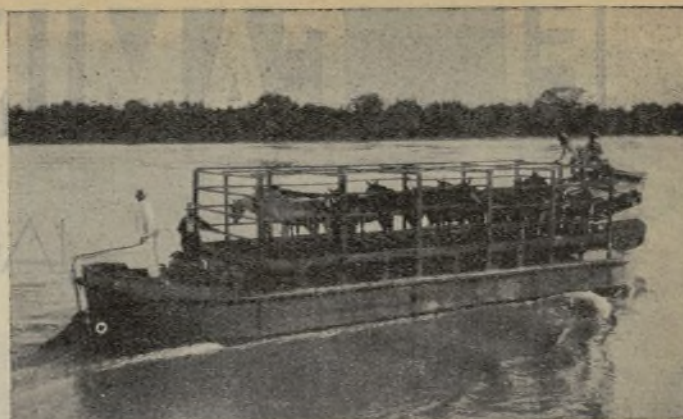
—Bah... Hace treinta y nueve años que vivo aquí. Soy filipino. Fuí marinero español. Tengo una victrola. ¿Quiere verla? También radio. Esta es mi mujer. Entren ustedes. Ya no hay asesinos. No crean. Antes..., entonces sí, había más. Pero yo supe hacerme respetar siempre.

ENTRAMOS en la casa. Como en una sucesión de teatrillo grotesco vimos allí cuadros, estampas, copas, una victrola, una radio, un santo negro de cera, cuchillos, una carabina, un reloj antiguo, un queso, un plato de mejillones, un cartel de propaganda política, la mujer de Gregorio y mucha roña e innumerables objetos de compraventa. ¡Estupendo escenario para una nueva Opera de Cuatro Centavos! Al salir de la casucha, luego de agradecer su cordialidad a otro de los personajes de Pongetti, que es el nombrado Rosa, vi que, por la perpendicular que va dibujando la dinamita, huía vertiginosamente la realidad, huía la realidad, la realidad, aunque atrapándome de paso, desgarrándome, llevándome a través del abismo, con alocada música de «sambas» y rabiños, furiosos rumores de «Cariocas» molidas a golpes e insultos en la profundidad del Agujero Caliente...

### El falso entierro

EN ese escenario brutal y semimágico, Pongetti ha tomado desde increíbles ángulos fotografías notables.

UNA veintena de negros, ya más cordiales y bien dispuestos, nos rodearon al final del paseo. Una



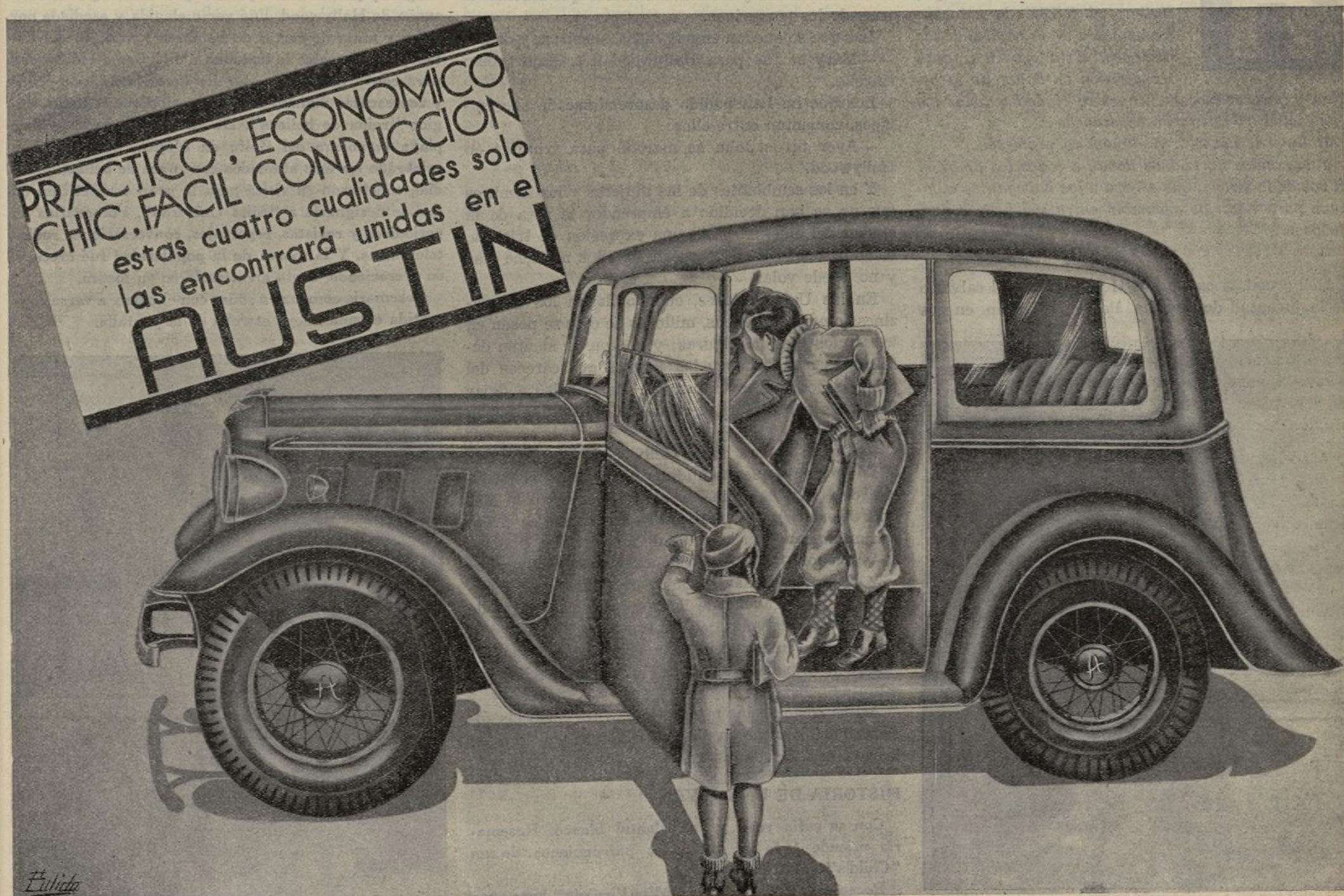
Un lanchón destinado al transporte de ganado por uno de los ríos brasileños.

fotografía documenta este suceso. Espero que me la envíen desde Río.

Ala una de la tarde lloriqueaban los chiquillos y gruñían los cerdos. Brillaba el sol de Río sobre la poesía y la infamia. Aquí, aquí mismo, Pongetti tomó la escena más típica de su película. El falso entierro. El falso entierro del Siñó, el gran cantor de la Favella, el gran sambista muerto tiempo ha. Para ello Pongetti reunió a seiscientos moradores del Morro, viejos y jóvenes, madres y chiquillos, y les dijo:

—Imaginen ustedes que llevan en ese cajón vacío al Siñó, muerto en la víspera del Carnaval...

LOS seiscientos favellanos entraron en situación. Cuatro negros gigantes alzaron la caja de pino. Los negros empezaron a lamentarse. Los seiscientos negros cantaban y lloraban. Lloraban a su poeta muerto; lloraban, lloraban la canción, lloraban el pasado y el presente y el futuro, el látigo y el tamboril; lloraban la Favella miserable que la dinamita va comiendo, el perdido cielo negro, el infierno... La Favella, que abriría de buena gana sus callejuelas en fuga para recibir allí a todos los pobres negros del mundo, a esos del Norte, por ejemplo, a los espectros de los linchados que se balancearon en los bosques de South Carolina con la lengua afuera—que se balancean todavía—, mientras abajo estallaba—estalla todavía—el látigo infame de los capataces.



Agencia región Centro: JOSE DEL MORAL - Velázquez, 35. Madrid  
Ayuntamiento de Madrid



# EL CAMINO DE HOLLYWOOD

POR  
JACKIE MONTGOMERY

Free News Agence  
Las tragedias del mundo  
(Exclusivo para CIUDAD)

Hollywood, tierra de encantos, la ciudad sirena que tiende a la juventud de todo el mundo sus falsos brazos de maravilla.

La ciudad encantada del cinematógrafo exige todo sin entregar nada.



Reproducción prohibida  
en toda España

Las mariposas que vuelan por el camino de Hollywood no pueden evitar que se quemen sus alas.

Trágicos desenlaces a que conduce "El camino de Hollywood."

Arteche ha interpretado, con su peculiar habilidad, "El camino de Hollywood", ese sendero de espinas por el que se lanzan todas las mujeres del mundo sin detenerse en reflexionar sobre sus obstáculos.



HOLLYWOOD... ¡Vengan todas las mujeres lindas del mundo!... ¡Paso a los más apuestos galanes!... ¡Juventud de oro!... Aquí, Hollywood RKZX, la estación transmisora de la capital de las ilusiones. Esta noche, gran transmisión en honor de la belleza y para convocar en nuestra ciudad a todos los que visten su futuro de esperanzas...

Hollywood, RKZX... Audición de promesas... Y las ondas hertzianas llevan a todos los ámbitos la voz de la sirena, que atrapa a los navegantes ingenuos para hacerlos sucumbir entre sus brazos desdénosos.

Hollywood, el camino de Hollywood, es el calvario de la juventud de hoy día. Por él se lanzan, en pos



ARTISTAS QUE DESAPARECEN.—"El camino de Hollywood" no es sólo tragedia para los que lo recorren por primera vez. Muchos artistas que alcanzaron fama en otros tiempos han sido desplazados por nuevas exigencias. He aquí a Mickey Daniels, antiguo miembro de "La pandilla", saludando Dickey Moore, que ahora ocupa su antiguo rango.

de inaccesibles quimeras, hombres y mujeres de todos los países, de todas las edades, de todos los tipos físicos, para ir cayendo a lo largo del mismo víctimas de las cien fieras y los mil obstáculos que acechan el paso de los peregrinos.

Las que se quedan en sus casas, suspiran, y dicen: —Mary se fué para Hollywood a trabajar como estrella.

Los que no han podido desprenderse de sus empleos, comentan entre ellos:

—Ayer tarde John se marchó para triunfar en Hollywood.

Y en los semblantes de las mujeres y los hombres que no se han decidido a emprender la ruta de la ciudad del cine, se pinta una expresión de tristeza, como diciéndose que la suerte de ellos no tiene alas y no puede volar.

En las Universidades, cuando llegan los «magazines» cinematográficos, millones de ojos se posan en los títulos y en las figuras; y los que se sientan débiles, las muchachas y los jóvenes que carecen del temperamento de aventura que los impulsó a dejar los libros para saltar al ruedo de la vida, se miran y dicen:

—¡Quién pudiera irse a Hollywood!

Yo presiento que la «midinette» de París, la joven-cita de Italia, la rubia Berta de Alemania o la Manola de esa tierra romántica que es España, se dirán, conjuntamente con la chica de los Estados Unidos:

—¡Dichosa mujer, que se encuentra en Hollywood!

Y el moreno galán, tocador de guitarra de Méjico, o el rudo gaucho de las Pampas, el bailarín de rumba de la Habana o el empleado de cualquier ciudad nuestra, han de exclamar, con igual envidia:

—¡Quién pudiera estar en Hollywood, para besar a tantas bellezas!...

Así es cómo en las mentes se van forjando las rosadas ilusiones que un día ponen a unas y a otros en la ruta de la ciudad sirena.

## HISTORIA DE UNA JOVEN

Con su cofia rosa y su delantal blanco, Rosemarie atiende todo el día a los parroquianos de un "Child's" (1).

Rosemarie Wilkinson fué "Miss Virginia" hace unos años. Consagrada la muchacha más bonita de su Esta-

(1) "Child's", restaurantes populares que existen en todas las ciudades de los Estados Unidos.

do, se abrió ante ella el porvenir resplandeciente del cinematógrafo. Rica, perteneciente a un viejo apellido colonial, figura destacada de los centros sociales de Virginia, jamás había pasado por su imaginación el sueño de Hollywood. Fué verse elegida y asediada por miles y miles de cartas de hombres y mujeres del Estado, en las cuales le instaban a dirigirse a Hollywood para convertirse en la estrella favorita de todos ellos y representar dignamente a la región que la había elegido "reina de belleza". De Galveston, de la célebre playa veraniega del Golfo de Méjico, donde se han celebrado los más afamados concursos de belleza mundial, solicitaron su visita para la gran competición en que se designaría a "Miss Universo". Fotografías en periódicos y revistas, reportajes, conversaciones radio-telefónicas. Y la marea de la popularidad fué creciendo y creciendo, hasta arrastrarla en su locura.

Rosemarie comenzó a soñar con el cine y a verse convertida en una nueva estrella de la pantalla.



ARTISTAS QUE DESAPARECEN.—Mary Kornman, la antigua "novia" de "La Pandilla", ahora reemplazada por Dorothy De Borja, la diminuta personita a quien saluda. Estas ex estrellas también deben recorrer "El camino de Hollywood" sin ventaja alguna. A sus pedidos de trabajo siempre sucede una misma respuesta: "Usted ya no nos interesa..."





Mientras un mundo de mujeres de todos los tipos luchan por los alrededores de la ciudad sirena procurando entrar a los estudios, en sus afanes de llegar a ser estrellas, otras, como estas "Wampas", triunfan fácilmente. Entre estas "wampas baby stars" de 1932, que comenzaron como "extras", han triunfado Ginger Rogers, Lilian Bond, Evelyn Knapp y Gloria Stuart.

Una mañana abandonó el hogar. Dejó a su familia en pos del triunfo cinematográfico. Riñó con sus padres, que habían pretendido desilusionarla de aquel loco proyecto, abandonó al novio, rechazó la herencia. La nueva mariposa, encueguada por el resplandor de la ciudad sirena, cruzó el Continente.

Ahora sirve en un "Child's". Su familia, rancia y de orgullo egoísta, no quiso volver a recibirla. Su novio se casó con otra. Sus amigas, ante el fracaso, le dieron vuelta la cara.

Ella creyó conquistar Hollywood con la sola carta de presentación de ser "Miss Virginia": belleza, distinción, juventud...

Y Rosemarie Wilkinson se encontró que, frente a los muros de los estudios, miles y miles de jóvenes tan bellas como ella, ganadoras de concursos de belleza de otros Estados, de países europeos, participantes destacadas en los certámenes "Miss Universo" de Galveston, aguardaban infructuosamente el penetrar a los recintos prohibidos del cinematógrafo.

Intentó en vano franquear los muros de acero. Luchó con todas las armas que es dado imaginar; recorrió las redacciones de los periódicos de Los Angeles enseñando los recortes de revistas y periódicos de Virginia, en busca de la publicidad que le abriera las puertas.

Y en todas las redacciones el "botones" le decía:

—¿Es usted una nueva reina de belleza?... No se preocupe, no la recibirán. Aquí, todos los días, tenemos la visita de diez o doce reinas de belleza que también sueñan, como usted, en ser estrellas...

Hoy despacha ligeros "lunchs" de tocino con huevos, o café con leche con tostadas, mantequilla y mermelada, entre los parroquianos de uno de los mil "Child's" de los Estados Unidos.

"Miss Virginia" es sólo Rosemarie, la chica de la tienda, a quien todas las tardes espera en la acera un nuevo pretendiente, que es chofer de "taxi".

#### Y TANTAS COMO ELLA

El caso de Rosemarie hay que multiplicarlo por miles. Reinas de belleza, actrices jóvenes millonarias, muchachas del pueblo y de la aristocracia.

En el camino de Hollywood se encuentran todas las razas, todas las nacionalidades, todas las edades.

En el camino de Hollywood han ido quemando sus alas mariposas rubias y morenas, mariposas pelirrojas, muchachas honestas, de hogares campesinos, de familias puritanas, de palacios de la calle de los Millonarios, de Nueva York, o de los arrabales de Chicago; hijas de titanes de la Banca, la política, la industria, o hijas de pastores presbiteranos, de obreros, de granjeros del Medio Oeste.

En el camino de Hollywood se terminan las clases y la jerarquía de la fortuna. La rica heredera o la joven empleadita de la calle Cuarenta sufren el mismo colapso ante los guardianes, armados y vistosamente uniformados, de los estudios, que miran con displicencia hiriente a las mariposas de todo el mun-

do, a las ingenuas que en instantes de loco optimismo soñaron con emular a Greta Garbo, Joan Crawford, Marlène Dietrich o cualquiera otra de las grandes estrellas.

#### DATOS POLICIALES

El padre de Jorge O'Brien, el atlético astro de la Fox-Film, ha sido jefe de policía en Los Angeles y San Francisco. Por intermedio de él, su hijo se encuentra vinculado a las más altas autoridades cinematográficas. En el chalet privado del actor, en los nuevos estudios de la Fox, en las colinas de Beverly, estoy sentado frente a un visitante que Jorge O'Brien recibe siempre con agrado: "Pat" Elliot, de la Policía secreta.

—El camino de Hollywood—comienza a contar—está lleno de actos delictuosos. Hace unos años, cuando aún el cinematógrafo no había alcanzado la popularidad universal de que hoy goza, existían asociaciones de "gangsters" que, vinculadas entre sí, negociaban sobre la futilidad de una carta de presentación. Colocaban pequeños anuncios en los periódicos, en los que decían: "¿Quiere triunfar en el cinematógrafo? Vea a Zutano y Mengano en las oficinas del Edificio X, quienes le abrirán paso hacia la gloria cinematográfica." Caían los incautos a millares. Se los recibía en grandes despachos, adornados con fotografías de las grandes artistas de la pantalla dedicadas a los que figuraban al frente de las oficinas, fotografías por supuesto falsas, con firmas tomadas de fotos o artículos publicados sobre ellos. Se les enseñaban cartas apócrifas, en las cuales sus compinches de Los Angeles les anunciaban que tenían varias vacantes para determinados estudios. Ofrecían copias fotográficas de contratos para trabajar en el cine, y luego de abrumar al ingenuo con toda clase de pruebas de sus buenas relaciones con las empresas cinematográficas, por cantidades de dinero que oscilaban según la calidad del cliente, se ofrecían a ponerlos en contacto con sus agentes de Hollywood. Los ingenuos picaban siempre. Dejaban todo el dinero pedido y se dirigían hacia Hollywood con la carta de presentación que les permitiría trabajar en el cine. Y al buscar por Los Angeles la dirección del sobre, sorprendíanse al comprobar que no existía la calle anotada. Escribían a las oficinas del punto de origen, y les devolvían las cartas anunciándoles que ya no existían más. Así llegaron miles y miles de incautos de todas partes de la nación.

"¿Y luego?..."

"Esa gente debía buscar trabajo para mantenerse. En la mayoría eran jóvenes de condición humilde, que habían dejado sus empleos en procura de la fama del celuloide. Pero la capacidad de la ciudad es limitada, y los que sin dinero para regresar o medios de vida para mantenerse en espera del día de gloria en que pudieran trabajar aunque sólo fuese de "extras", se entregan al medio más fácil de ganar dinero.

"Ellas, las mujeres, bonitas y frescas todas..., pues usted ya se imaginará. Nunca falta alguien que quisiera ayudarlas. Hasta había agentes de enlace que utilizaban ciertos clubs de hombres solos para estar a la pesca de las jóvenes que habían llegado al tramo final del camino de Hollywood.

"Ellos estaban propensos al robo y al crimen. Tuvi- mos épocas de crecimiento sorprendente de la criminalidad. Y en su gran mayoría, resultaban aspirantes fracasados del cinematógrafo. La trata de blancas, el robo, los "chantages", cientos de hechos anormales nacen, aun hoy día, en que la Prensa abre los ojos de



"Extras" de las películas de Gal Roach. Mujeres seleccionadas del ejército interminable compuesto por las mujeres de todo el mundo que cubren el doloroso camino de Hollywood.



Como monstruos surgen en los sueños de las jóvenes lanzadas al camino de Hollywood las siluetas de los reflectores, las máquinas cinematográficas y los demás artefactos, bajo cuya acción desean locamente esclavizarse.

los ingenuos, de la inutilidad de lanzarse al camino de Hollywood."

#### LOS «EXTRAS»

La gran mayoría de las estrellas de hoy día han triunfado desde las clases más humildes del cinematógrafo, especialmente de la legión de las «extras». En la gloriosa época de Mac Sennett, con sus películas de playas, en las que descollaban como astros cómicos el bizco Ben Turpín, Clyde Cook, Pollard y otros; Gloria Swanson, Bebe Daniels y muchas más figuras, luego consagradas para la primera fila del cinematógrafo, trabajaban como simples «extras», haciendo modestos papeles de bañistas.

Pero el papel de «extra», que en el cine constituye la clase inferior, que todos los demás desprecian, es, sin embargo, el «paraíso» para las muchachas y los jóvenes que han emprendido el camino de Hollywood.

Ellas y ellos saben que algún día, durante una prueba, los ojos de un director pueden descubrir en ellos cualidades fotogénicas para papeles de mayor importancia. ¡Así han triunfado tantos!... Y los «extras», proletariado del cine, constituyen, para los postulantes de muros afuera, seres especiales, a los que se mira con interés, y cuya amistad se cultiva.

«Ya tengo un amigo «extra», que me ha prometido introducir al estudio...»

Así comienzan todas las cartas de las jóvenes rubias, morenas y pelirrojas que se han lanzado al camino de Hollywood.

Y luego, vuelven todas ellas a escribir a sus familiares:

«El amigo «extra» de que te hablaba, sólo buscaba mis encantos físicos.»

#### VIDAS ROTAS

Pocos son los que han retornado de este camino sin sus vidas rotas para siempre.

Ellas han entregado tesoros que no recuperan. Han debido afrontar a la vida en sus peores aspectos, luchar contra el hambre y contra el hombre. Mantener la dignidad en un medio venal, donde la virtud es palabra desconocida; combatir contra las acechanzas de un dinero fácil a cambio de un amor ingrato.

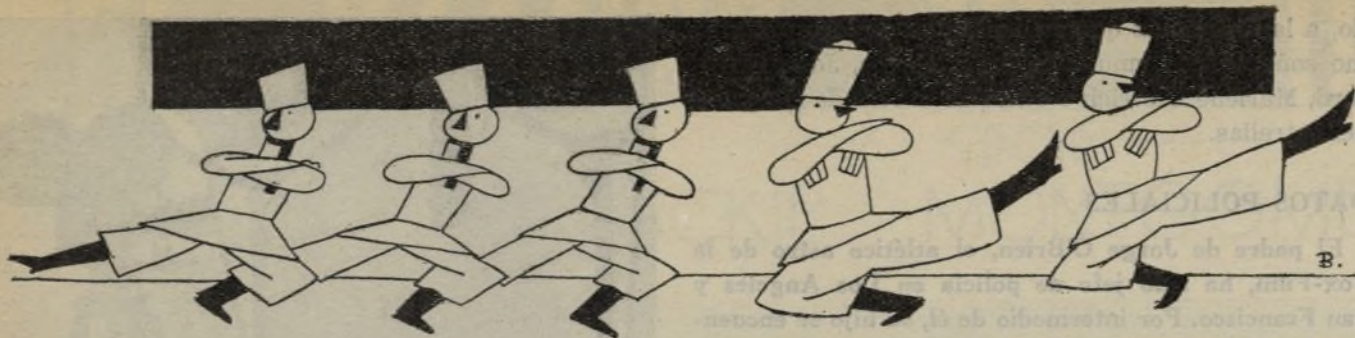
Otras, pudiendo salvar esos escollos terribles, han perdido, en cambio, el mundo rosa que un día en la callada vida de sus pueblos campesinos las impulsó a dirigirse a la ciudad sirena.

La radiante palabra, plena en esperanzas, que significó en un tiempo Hollywood para todos ellos, es hoy día un recuerdo de privaciones, del que se esfuerzan en huir.

Vidas rotas, alas quemadas de las mariposas...

El camino de Hollywood, a cuyo final se alza la fortaleza inaccesible de la fama, está plagado de historias trágicas, de hombres y mujeres de todo el mundo que un día abandonaron la vida auténtica, su vida sana, para lanzarse tras el espejismo de la ciudad sirena.





# LOS BAILES RUSOS. DE HOY

Por HENRY DE FORGE

UNA FIRMA FRANCESA

Infamada por unos, alabada por otros, la Rusia soviética sigue siendo para nosotros, en realidad, bastante desconocida. Sin embargo, en el último tiempo, los viajeros autorizados han podido darnos detalles, imparcialmente, desde luego, de algunos puntos de vista de la Rusia actual, y, sobre todo, nos han informado bastante bien sobre sus manifestaciones artísticas.

Entre esos exploradores, Rolf de Maré merece un puesto aparte, porque nadie ha de suponer que ese gran señor de la aristocracia escandinava pueda ser parcial. Nieto de la condesa Hallwyl, que ha dotado a Estocolmo de un Museo en extremo curioso y único, ha fundado él mismo en París los «Archivos internacionales de la danza», como continuación de sus tenaces esfuerzos en favor del arte moderno y, sobre todo, del arte francés.

Se recordará que Rolf de Maré fué el creador único de los «Bailes suecos», que tuvieron una influencia tan grande sobre las nuevas concepciones del arte coreográfico. Después fué director en les Champs-Élysées, donde supo descubrir talentos nuevos, entre otros, *last not least*, la muy célebre Josefina Baker, que era por entonces una simple figurante.

Invitado a asistir al 125º aniversario de la Escuela de Baile de Moscú, Rolf de Maré nos trae observaciones extraordinariamente curiosas.

«En primer lugar—dice—la acogida dispensada a los extranjeros que se ocupan de cuestiones de arte es en extremo cordial. Les dan toda libertad para sus investigaciones en el dominio elegido por cada uno, y debemos compartir la satisfacción experimentada por los hombres de teatro francés que han ido a la Rusia soviética. Claro que todo no se puede alabar igualmente, porque al lado de verdaderas maravillas se observan defectos, que creo serán de momento, y que en realidad son inevitables.»

Lo que más ha llamado la atención a Rolf de Maré, y que también nos extraña, es la vuelta total a las tradiciones antiguas, por lo menos en lo que concierne a los bailes. Una vez más vemos que es imposible crear el arte de nueva planta, y que el baile, en particular, tiene unas bases firmemente establecidas, bases que son—se puede asegurar—milenarios.

Al principio, los dirigentes soviéticos han querido instaurar un arte que correspondiese al programa socialista de Lenin y de sus amigos; pero los futuristas, dadaístas y otros innovadores exagerados han tenido un fracaso completo, como sucedió hace poco en Alemania, cuando Hitler quiso poner el arte al servicio del racismo.

En la actualidad, la danza no ha cambiado de forma. Es decir, que la disciplina que regía en tiempos de los zares, se sigue aplicando con los Soviets. Sin embargo, la enseñanza se ha modernizado, en el sentido de que se ha introducido el ritmo, que desarrolla el gusto musical, y los ejercicios acrobáticos, que dan más radicalmente flexibilidad al cuerpo que los ejercicios de escuela.

Es bastante extraño oír que algunos directores soviéticos creen que este estado de cosas es un paso atrás, y que prefieren ver adoptarse los métodos de las escuelas alemanas, como Wigmann, Gunther y otras.

Sin embargo, está casi probado que este punto de vista es erróneo, pues sin querer negar en modo alguno los méritos de esas escuelas, estamos convencidos de que, una vez llegados a un cierto grado de virtuosismo, los artistas se estacionan en su desarrollo, como se ha podido comprobar en todos los concursos internacionales. Falta color en la paleta de esos artistas. Allá ellos, si se desprenden de la técnica clásica, una vez que han llegado a la madurez. Igualmente todo pintor debe, antes de buscar su camino, conocer las leyes del dibujo y la mezcla de los colores, como todo escritor debe conocer las reglas de la gramática y de la ortografía, para olvidárselas después de puro sabidas.

Según Rolf de Maré, el punto de vista de algunas autoridades soviéticas no está conforme con el programa de la Rusia actual. Puesto que todo obrero debe conocer los diversos procedimientos de su oficio, todo bailarín, que, en fin de cuentas, no es más que un técnico, debe estudiar las reglas de su arte. Lo que no impide que al lado de bailes puramente clásicos presenten bailes de tendencia opuesta. El público, que es en todas partes bastante buen juez para saber apreciar, señalará, sin duda alguna, el camino que se ha de seguir.

«Desde luego—añade Rolf de Maré—, no necesito abogar en favor del baile ruso como lo he visto en Rusia. Se defiende él mismo, y quisiera que muchos coreógrafos de Europa pu-

diesen ver las producciones de sus colegas rusos. Podrían aprender mucho, lo mismo que los rusos ganarían enormemente viendo nuestras posturas escénicas y nuestra coreografía. Un cambio de miras sería provechoso para ambas partes.»

Nos ha parecido interesante pedir algunos informes sobre el repertorio en curso actual en la U. R. S. S., y hemos podido comprobar con alegría que el repertorio antiguo era el que prefería el público.

«Los teatros del Estado de la U. R. S. S. han respetado por completo la tradición de los bailes imperiales, no cambiando casi nada, y procurando, en cuanto era posible, conservar el mismo ambiente soviético. Por ejemplo: *Gisela*, *El Cisne*



y *El pequeño caballo jorobado*, creados en San Petersburgo hace cuarenta años.

«Muchos otros bailables, en cambio, han nacido después sobre las escenas rusas, como *La adormidera roja*, de tendencia socialista, pero que sorprende, sobre todo, por su lado coreográfico; después, *Las llamas de París*, bailable que se podría dar en cualquier parte, aun cuando su argumento esté basado en la historia de la Revolución francesa.

«Para los bailables que se representan—y sobre todo para los bailables nuevos—, que los autores firman y por los que cobran derechos regulares, el Gobierno quiere que se sometan a un tipo estrictamente soviético.

«Hay para ello una razón muy justa. Recordemos que ese pueblo, que contaba durante el reinado de los zares más de un 85 por 100 de analfabetos, sólo cuenta en la actualidad con un 12 por 100. Numerosos jóvenes de ambos sexos que tienen ahora acceso a los gozos del espíritu y pueden encontrar en el teatro una distracción muy querida—una de las pocas distracciones permitidas a los ciudadanos de la U. R. S. S.—, tienen necesidad al fin de comprender y de admirar los espectáculos que les ofrecen sin tener que hacer el esfuerzo intelectual que les exigiría una obra extranjera.

«Ese joven proletario que asciende, y que será la fuerza de la Rusia de mañana, no posee aún la cultura necesaria para los programas complicados.

«El baile realiza por completo lo que necesita. La música—sobre todo la nacional—le es fácilmente accesible, y las evoluciones rítmicas son para él una alegría sin par.

«En particular, los decoradores realizan muy a menudo creaciones notables, a veces de una curiosa audacia, pero siempre con innegable originalidad. Lo mismo sucede con la elección de vestimenta.

«Los profesores de baile siguen siendo rusos, y por todos estos motivos puede decirse que el baile en la U. R. S. S. es verdaderamente un arte nacional. No ha habido revolución en él, sino una evolución con un avance muy marcado.

«Rolf de Maré ha podido comprobar que gran número de los que ya durante la época imperialista se habían creado una situación en el arte coreográfico han permanecido en sus puestos. Hay profesores de baile que habían sido bailarines célebres en tiempos de los zares.

«La cuestión del profesorado ha tomado un desarrollo considerable. En las grandes provincias y en las repúblicas importantes unidas a la U. R. S. S. ha habido numerosos teatros del Estado donde se representaban bailables como los del teatro municipal de Moscú. Kíev y Odesa; tienen óperas famosas, que se dan una vez por semana con extraordinario éxito.

«Hay, como antiguamente, en Moscú y Leningrado, un cuerpo de baile compuesto cada uno de cincuenta hombres y ciento cincuenta mujeres. Si la mentalidad artística en ellos sigue teniendo el mismo fervor por el arte, la mentalidad privada parece haberse modificado considerablemente. La vida que llevan es de trabajo constante, sin aquella comique-ría que antiguamente otorgaba a las grandes bailarinas la protección oficial de algún gran señor de la corte.

«Las ganancias son razonables, y permiten a los artistas vivir con distinción. El Gobierno gusta de recompensar a los más notables de entre sus artistas, no con dinero, sino con gratificaciones en especies. A veces ha regalado un *auto*, o el privilegio de mudarse de habitación, a una casa más confortable. Una de las gratificadas ha sido Mme. Geltzer, que, a pesar de sus sesenta años, baila todavía.

«Las representaciones en esos grandes teatros tienen lugar dos o tres veces por semana, a menudo con días de gala, a las que asisten los miembros del Gobierno.

«Siempre está la sala atestada, aun cuando los precios de las localidades no se hayan democratizado lo más mínimo. Todo lo más puede afirmarse que se han aburguesado un poco. Al cambio de la moneda rusa, una butaca vale unos treinta y tantos francos.

«No se crea que el público que acude al espectáculo va descuidado o mal vestido. Desde luego no se ven ni fracs ni señoras descotadas; pero las damas se visten con gusto, a veces con verdadera elegancia. Muchos vestidos negros sabiamente combinados. Los hombres, con americana de corte irreprochable y cuellos blancos. Como en nuestros teatros por las tardes.

«Los oficiales dan el ejemplo. Generalmente vestidos de chaqué, llenan el que fué palco imperial, cuya decoración no ha cambiado.

«Los programas, que son repartidos gratis, y no vendidos, son de una gran sencillez. En las salas no existe nada que pueda ser un estorbo: ni acomodadores con la mano levantada, ni guardarropa costoso. El precio de la localidad incluye todos los accesorios necesarios. Únicamente hay un bar en donde poder refrescar a precios muy módicos.

«Por parte de todos, una corrección absoluta en su actitud. —¿Entonces, todo lo que se contaba...?

—La verdad es que todo ello, reintegrado, reorganizado, readaptado, sólo data de cinco años a esta parte. Antes era una baraúnda general y una comprensión artística que, bajo el pretexto de la igualdad social, llegaba a veces a un sabotaje calamitoso que cansaba al público.

«Lo que hay que alabar más a los organizadores soviéticos es la creación de espectáculos para niños, espectáculos cuyos papeles no son confiados a artistas de segundo orden, sino a los de más categoría. Los ojos de los niños se habían de esta forma a seguir el gesto en toda su belleza.

«En cuanto al punto de vista puramente técnico, los bailarines soviéticos son, probablemente, los más fuertes del mundo, como se ha podido juzgar en París últimamente en los recitales de Asaf y Soumithe Messerer; pero en cuanto a la postura escénica y la coreografía, se registran imperfecciones, debidas sin duda al alejamiento en que viven los artistas rusos de la actividad europea.»

Para terminar, Rolf de Maré nos comunica un proyecto que despertaría un gran interés entre todos los amigos de la danza: en plazo muy próximo, los Soviets organizarán un gran festival de bailables, que durará por lo menos diez días, en el que tomarán parte las mejores compañías y, sobre todo, los teatros nacionales.





## Cartelera madrileña

### Novedades escénicas más o menos relativas

CERVANTES: «LA TRAGEDIA DEL PELELE»

La expectación que había despertado este estreno tiene su principal justificación en la penosa dolencia que sufría su autor, D. Carlos Arniches, y de la que, por fortuna, ha salido triunfante la robusta naturaleza del insigne sainetero. Nuestra alegría por este motivo es grande. En cuanto a la obra en sí...

No pasemos del rótulo que campea sobre ella: «La tragedia del pelele». Y así seremos un poco más correctos que los personajes y personajillos que se entran de rondón, sin permiso ni del dueño de la casa ni de la lógica, por las habitaciones particulares del protagonista de esta nueva—¡y tan vieja!—farsa arnichesca, estrenada por las huestes de Valeriano León en el teatro Cervantes. Escuchada la tal obra de cabo a rabo—de once de la noche a dos de la madrugada, con entre actos cortísimos y escenas inacabablemente largas—, empezamos por discrepar del título. Y lo pluralizamos: «La tragedia de los peleles», porque allí, en la comedia de D. Carlos Arniches, todo es pelélico y sin substancia dramática humana, ni humana gracia, por supuesto. Peleles que el autor maneja a su capricho, haciéndoles proceder, no según debiera cada uno de ellos, sino a su antojo de comediógrafo que no se para en barras. De ahí, de la falta de entidad de cuantos rodean al protagonista, el pelele máximo, resulta que su tragedia no es tragedia, sino epidemia, por que todos sus circundantes están atacados del mismo mal que él, la inconsistencia, la ausencia de voluntad propia, sometidos desde el limbo—donde tan a gusto debieron quedarse—a la tiranía de su creador dramático.

No obstante la justa severidad de este conciso juicio, debemos proclamar lealmente que la obra se salvó la noche del estreno, y hasta se aplaudieron mutis y se alzó el telón al final de cada larga jornada en honor de autor e intérpretes. Pero, en justicia también, hemos de decir que ello fué debido principalmente a la labor de los artistas. Valeriano León defendió su papel con sus habituales recursos de excelente actor; Aurora Redondo, tan fina actriz, dió relieve y apariencia de realidad a su cometido. Y el peso de la gracia, en papeles inconsistentes como el de fumar, y falsos y arbitrarios, y viejos, lo conllevaron con muchísimo arte Pepe Porres y Alfayate, que son—ello es sabido—dos muy notables actores cómicos.

MUÑOZ SECA: «DIOS ES DE BARRO»

No sabemos si cuando estas líneas vean la luz del sol de la calle «Dioses de barro» conti-

## LOLA MEMBRIVES



La ilustre actriz hispanoargentina, Lola Membrives, a quien el Gobierno de la República acaba de conceder el galardón del lazo de Isabel la Católica, como premio a sus relevantes méritos artísticos. CIUDAD felicita cordialmente a la comedianta insigne.

nuará representándose. Ni siquiera si la compañía que la estrenó el miércoles pasado seguirá en la cartelera del Muñoz Seca. Pero ello no empece para que le dediquemos nuestro habitual comentario, exactamente igual que si estuviese llamada a figurar en los gloriosos anales de los centenarios.

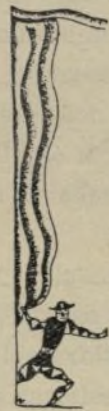
«Dioses de barro», comedia original de un novel, Cándido Luanco, no es, ni mucho menos,

# TEATRO

P o r A L F R E D O M U Ñ I Z

una joya de la literatura dramática. Tampoco es totalmente deleznable. Pero por tratarse de la realización de un hombre joven—joven, al menos, como autor dramático—, nosotros, que sustentamos el criterio—contrario, por supuesto, a ese sentido general de misericordia hacia el escritor novel—de que es la juventud, con su savia intacta, la que ha de vivificar el cuerpo mortecino del teatro, hemos de ser más rigurosos en el examen. Y al finalizarlo encontramos un saldo abrumador de cargos sobre la gestión del Sr. Luanco. «Dioses de barro», si sincera y honrada en el propósito, es una pieza de escasa consistencia dramática. Pobre de alientos y de ideas, abrumadora de mediana literatura y falta de agilidad imaginativa, más bien parece escrita por un cerebro cansado de oficio y de esfuerzo, que por la pluma, atolondrada e inexperta, si se quiere, pero briosa y audaz de quien llega a la escena alegre de iniciativas, cargado de promesas nonatas, como corresponde a un autor nuevo. Esto último no lo hallamos en ningún instante, y de ahí nuestra decepción y nuestro disgusto.

Los buenos actores que se agrupan bajo la bandera artística Carbonell-Vico, dieron a la obra una interpretación acertada, aciertos que culminaron, claro está, en la labor de los titulares de la compañía. Y hasta lograron un nutrido sufragio de palmas, que permitió al señor Luanco personarse en la escena al final de cada acto.



## ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—Terminó la compañía Carbonell-Vicó en el teatro Muñoz Seca.

—Terminó.

—¿Resumen de la temporada?

—Ni honra ni provecho.

—¿Y ahora?

—Volver a empezar. Que éste es el sino de los cómicos: Terminar, empezar, terminar de nuevo... ¡Una delicia la vida del comediante!

—¡Malos vientos han corrido por Eslava!

—¿Usted cree?

—¡Digo! Vientos contrarios que obligaron a cerrar las puertas públicas hace unos cuantos días, para volver a abrirlas el clásico sábado de Gloria.

—¿Con la obra de los Quintero?

—Sí, señor, con la obra de los ilustres hermanos.

—¿Y qué pasará en esta segunda fase del negocio?

—¡Ah!... Eso pregúntemelo dentro de diez días.

—Tengo verdaderos deseos de ver esta temporada una comedia que valga la pena.

—Y yo.

—¿Cree usted que veremos satisfecho nuestro deseo?

—Creo que nos quedaremos con la gana.

—Pues, ¿y «Yerma»?

—Hombre, «Yerma», ya la hemos visto.

—Llegó Vilches a Madrid.

—Llegó Vilches.

—Tan joven.

—Muy joven.

—Tan elegante.

—Elegantísimo.

—Tan magnífico actor.

—¡Genial!

—Ahora sólo falta una cosa.

—¿Cuál?

—Que trabaje.

—Sigo sin explicarme por qué Carmen Díaz mueve los brazos, venga o no venga a cuento, de una manera tan descompasada.

—Ni yo.

## FRENTE A FRENTE

Manuel Abril cuenta a Manuel Abril la sabrosa historia de su obra «El Doctor Prometeo», que, después de obtener un magnífico éxito de lectura ante la Compañía del Español, no llegó siquiera a ensayarse.

—¿Don Manuel Abril?

—Aquí es. Pero creo que no está en casa.

—Me ha citado él mismo a esta hora: soy Manuel Abril.

—¡Oh, bueno! Entonces sí estará en casa.

—Hola, don Manuel!

—¡Hola, hombre!

—Quería que usted dijese a los lectores de CIUDAD qué le ha sucedido a usted con «El Doctor Prometeo».

—Lo haré con muchísimo gusto: para eso le he llamado; para que usted me pregunte lo que yo quiero decirle. He vivido años y años callando todo y a todo. Hice mal: cuando la queja, o la defensa, o la reacción sea leal y no envuelva ni insidias ni rencores, no sólo está bien hablar, sino que acaso sea obligatorio. Me ha repugnado siempre andar en dimes y diretes. Pero creo que no debo ni encogerme de hombros, altivo, ni encogerme de hombros, insensible. Y mucho menos, cobarde.

—Su silencio era discreto, no exento de elegancia espiritual y de dignidad reservada. ¿Por qué no persiste en él? A usted no le van las quejas; menos, las acusaciones.

—No trato de acusar: trato de justificarme. En la Prensa se ha dado la noticia de que mi obra había sido retirada de ensayos, porque ya estaba estrenada. Y no se ha dicho más. Con eso quedo yo como autor que, a falta de obras inéditas, trata de colocar a las empresas obras que, estrenadas ya, estaban averiadas e inservibles. Y no, el caso no es tan así...

—Vayamos, entonces, al caso. «El Doctor Prometeo», por lo visto, fué aceptado por la dirección artística del teatro Español.

—Exactamente. Lo leyó Rivas Cherif; lo leyó Margarita Xirgu; lo leyó Enrique Borrás. Cipriano elogió el drama; también Margarita Xirgu, y Borrás lo aceptó sin reparo. Dijo—según refirió un reportero en la Prensa—que la obra era una obra espiritista. No había tal, ni de lejos. Pero, bueno. Esto no quité ni puso para que la obra, aceptada, se leyera a la compañía.

—¿La leyó usted?

—La leí.

—¿Se ensayó?

—No se ensayó. La noche de la lectura hubo D. Enrique Borrás de marcharse a Barcelona, por enfermedad de su madre. Aquella misma tarde, al salir de la lectura, fué poniéndome largos los dientes al hablarme de cómo había visto el personaje—el protagonista de mi obra—y de cómo estudiaba los papeles. Envidiable su manera de estudiar e iluminadora por demás su manera de entender el personaje.

—¿Entonces?...

—A los dos días alguien dijo a Ortín y a Rivas que el drama estaba estrenado.

—¿Y era cierto?

—Era cierto. Carmen Díaz y Galache lo habían estrenado en Barcelona en el año 27.

—¿Usted no lo hubiera dicho?

—No, señor.

—¿Y por qué?

—Por una razón sencilla: a mí, al menos, me parece muy sencilla, porque, de haberlo yo dicho, o no hubieran leído la obra o la hubiesen leído bajo la impresión de pensar: «¡Fracaso debió de ser cuando la actriz que la estrenó la dió para siempre de lado!»... ¡Y vaya usted, autor, a decir que no hubo tal cosa!...

Yo quería a todo trance que la obra produjera la impresión que a ella correspondiese. Y la impresión que produjo fué favorable a la obra. Podrán no haberla estrenado, pero no podrán decir que, leída la obra sin prejuicios,

les pareció inestrenable. ¿Por qué no estrenarla entonces?

—Conformes; pero, sepamos: la obra fracasó o no fracasó en Barcelona. ¿Por qué, después de estrenarla, no ha vuelto a representarla nunca Carmen Díaz?

«No he vuelto a poner nunca el «Prometeo»—me dijo una vez Carmen Díaz—porque no me va esa obra, porque no va tampoco con el repertorio mío y, sobre todo, porque no he tenido en mi Compañía un primer actor de condiciones físicas para hacer el protagonista. El doctor de esa comedia debe dominar a la protagonista, incluso por la apostura y el tamaño, la estatura... Yo hubiera hecho esa obra con Morano.»

—Todo eso puede ser cierto; pero puede también ser un pretexto para desahuciar al autor con disimulos amables.

—Hay otro caso análogo y curioso, del que también yo he sido víctima indirecta: la víctima directa, Bernard Shaw. Yo también, y también para Carmen Díaz—a requerimiento suyo—adapté a la escena española «La Conversión del Capitán Brassbound», de Bernard Shaw. También se estrenó en provincias. Y también quedó en el olvido—sin ser estrenada en Madrid—, y por las mismas razones que quedó sin estrenar el «Prometeo». ¿Habríamos de concluir por ese hecho que la obra de Shaw fué un fracaso, y que no es digna de que nadie la reviviese?... No hay tal. Y prueba de ello es que un día, Lola Membrives—a quien yo no conocía—me llamó: enterada de que era yo el adaptador de la obra de Shaw, quería que yo intercediese con Carmen para que le permitiese hacer la obra. Es decir, que unas veces, al saber que Carmen Díaz ha estrenado una obra, desean también estrenarla, y otras veces rechazan una obra, porque la estrenó Carmen Díaz...

—Curioso el caso si quiere, pero no nos prueba nada. La obra de Bernard Shaw puede ser buena y la obra de usted puede ser mala, aunque hayan corrido las dos la misma suerte aparente. La cosa está en saber si el estreno de su obra en Barcelona sirvió para evidenciar que su obra no era de recibo. ¿Fue así o no fué así?

—Pues, no, señor, no fué así. El estreno de mi obra en Barcelona sirvió para que esa obra tenga a su favor testimonios que la encumbran y que no hubiera tenido de no ser estrenada. Eso es precisamente lo que quiero hacer ver.

—Vamos a verlo.

—Pero, mañana, ¿verdad? Hoy ya no hay tiempo.

—Sin embargo, amigo Abril, no podemos dejar aplazada una aportación así, tan decisiva. ¿Qué dirán los que nos lean?

—Vaya entonces un sólo anticipo. Lea usted el comienzo de esa crónica:

«Estrenar una obra teatral sin trucos ni tranquilos, en pleno imperio de lo gárrulo y

## MERCEDES PRENDES



Merceditas Prendes, una de nuestras artistas jóvenes de talento dramático más acusado, que ha entrado a formar parte de la compañía Mora-Españoleón en calidad de coempresaria y primera actriz.

lo chabacano, es una decisión que, desgraciadamente, son muy pocos los dispuestos a llevarla a cabo. Y una de ellos ha sido D. Manuel Abril, y la obra, una comedia dramática titulada «El Doctor Prometeo».

—Lea usted ahora el final de esa misma crónica:

«Una obra que marca el camino que deberían seguir todos los que se dedican a escribir comedias.»

—Pues en nuestra segunda entrevista verá usted seis elogios como ése, algunos mayores que ése. ¿Puede decirse que no sea de recibo una obra de la que se escriben tales cosas?





## elecciones gráficas de la fiesta nacional

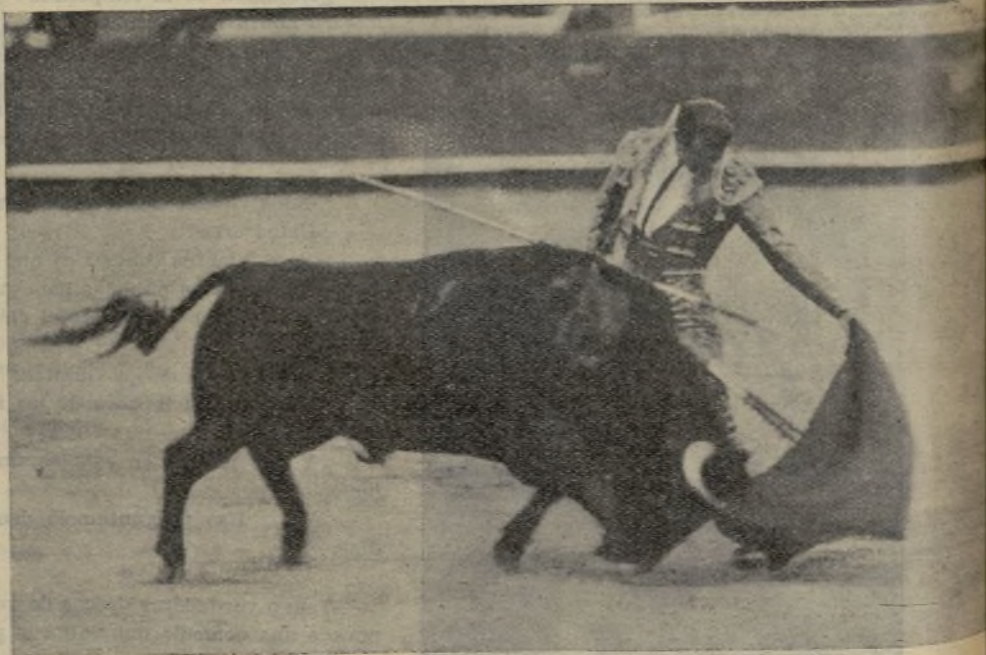
Domingo Ortega es un enamorado del pase natural, que es, o, mejor, que debiera ser eje sobre el que girase, solemne y clásico, el toreo. El pase natural es para Ortega como el resumen de todas sus inquietudes artísticas. En el salón de su casa, en el campo de entrenamiento, en la plaza de toros, la mano izquierda de este torero excepcional simula o ejecuta el pase natural con absoluta preferencia a ningún otro...

Es, como si dijéramos, la obsesión del artista que quiere pulirlo, que quiere estilizarlo, que quiere elevar a su más alta perfección.

Hemos pedido a Ortega una «foto» para esta selección. Ha podido enviarnos una instantánea de uno de esos pases tan suyos, tan absolutamente suyos, que ningún otro artista logra no ya mejorar, que ni siquiera igualar. Y nos remite, sin embargo, dos «fotos» del pase natural, uno por los terrenos de dentro, y el otro, por los terrenos de fuera. Los dos magníficos, incopiables. Como de Domingo Ortega.

Son de Méjico, del Tetuán del romancero taurino que, nuevo Prim, ha batido y tomado heroicamente en un asombroso alarde del valor indómito de la raza.

Domingo Ortega, después de pasear las galas emocionadas de su arte y de su valor por los cosos mejicanos—¡bien puesto dejaste el pabellón de tu heroicidad en tierra de héroes, Domingo Ortega!—, quiso vivir horas de prócer de la fortuna en el mundo gigantesco de lo extraordinario: Nueva York. Su inquietud lo hundió en las noches borrachas de electricidad de Broadway, de donde quiso traer a España el testimonio gráfico de esta foto, hecha en «The Davart Company». En ella, Ortega ensaya un gesto de elegancia cosmopolita. Pero el trazo firme de su abolengo racial le traiciona con un grito: ¡España, tierra de sol, tierra de vino y tierra de toros, donde tú, Domingo Ortega, labraste con arriesgos de valentía, con admiraciones de arte, el glorioso pedestal de tu justa fama, de esta fama que hoy paseas por las noches luminosas de Broadway!...





# ¿PUEDE SER HUMANO TORTURARSE SIN PADECER?

Por JULIO MARTINEZ



En esta fotografía puede apreciarse a un fakir hindú de las fiestas del Thaipusam, en la ciudad de Singapur, donde anualmente se realizan curiosísimas fiestas religiosas de los fakires.

**El enigma de los fakires. - Los misterios de la India. Los hombres que se clavan pinchos y caminan por el fuego sin dolores aparentes. - De los charlatanes de feria a los profesionales que recorren el mundo.**

Hemos encontrado muchas veces por los caminos de España a curiosos charlatanes que, de pueblo en pueblo, iban luciendo en las ferias sus «prodigiosas condiciones para resistir al dolor». Fakires se titulaban ellos, y para justificar el exótico apodo, que reunía en torno de ellos a la chiquillería, con los ojos abiertos de asombro, ante el misterioso hombre de la barba y el turbante, decían palabras raras, se contorsionaban en grotescas reverencias y comenzaban a desarrollar sus aptitudes de resistencia al dolor.

Los fakires de las ferias no van más allá de tres o cuatro pruebas ingenuas a base de viejos trucos. Por eso la misión de ellos es recolectar perras chicas y andar entre pueblo y pueblo.

Pero del otro lado de esta pantomima, existen los fakires que se presentan en los mejores escenarios del mundo; que se ofrecen a experiencias médicas y realizan ante auditorios científicos las exhibiciones que determinarán si es o no un cuentero de categoría. Grandes carteles en colores anuncian su paso por las ciudades; carteles en los cuales el fakir, siempre con barba y larga melena, luciendo vistoso traje de la India, aparece en una de sus atractivas pruebas. Y el público, siempre a la pesca de emociones, hace cola en la taquilla y llena luego la sala, para asistir al espectáculo sugestionante del hombre que se tortura sin padecer.

## EL ENIGMA DE LOS FAKIRES

Los fakires siguen siendo un enigma para la ciencia.

Médicos de fama universal se han esforzado en revelar las cualidades ocultas de esta gente, de procedencia ignorada, que no vacilan en atravesar sus labios con largos pinchos, o acostarse sobre afiladas cuchillas, o andar sobre el fuego o vidrios cortados, sin demostrar en su semblante la más mínima expresión de sufrimiento.

Los más eminentes fisiólogos que han estudiado en los últimos años tales de-



Sobre el fuego y vidrios cortados, los fakires caminan haciendo alarde de su capacidad desconocida para aguantar al dolor.

mostraciones, y especialmente un Comité de científicos norteamericanos que actuó largos meses en la India en procura del secreto de los fakires, ofreció, de regreso a los Estados Unidos, un extenso informe, en que se daban como razones de semejantes hazañas lo siguiente:

Aseguraban que la ausencia de sensación de dolor se debe a una ruptura o suspensión en la acción del sistema nervioso, primer centro receptor del dolor para luego transmitirlo al cerebro. Por lo general, la unión de los haces de nervios es tan maravillosa, que apenas los de la periferia perciben alguna sensación, la transmiten al cerebro, para tener entonces el sujeto cabal conciencia de la misma. Pero, según los médicos norteamericanos, es factible, mediante un severo entrenamiento de largos años, con prácticas físicas y morales, llegar a un dominio de esa comunicación, cortando o deteniendo la transmisión de sensaciones, suspender el flujo de la sangre y hasta paralizar al corazón, formas todas ellas por las que se consiguen que no suban hasta el cerebro las sensaciones sufridas por la epidermis, nervios o capas exteriores del organismo.

En lo referente a los vasos sanguíneos, se ha comprobado que éstos se contraen o dilatan en relación directa a la voluntad negativa o positiva de los nervios. Estos actúan independientemente de la voluntad por largas experiencias de concentración, que llevan a la obtención de tan singular dominio.

Sólo las razas orientales, de un misticismo extático, sin fundamento de vida activa como las occidentales, caídas en la práctica de religiones de negación y



Dos extraordinarios ejemplos ofrecidos en las fiestas del Thaipusam por los fakires de la India que acuden a reunirse en Singapur.

privaciones, pueden tener cuerpo y espíritu a merced de esos entrenamientos. De ahí dependen—según el informe de los científicos norteamericanos—que los más célebres fakires sean siempre orientales, especialmente de la India, en donde es milenario este ejercicio para afrontar sin muecas el dolor.

## LOS FAKIRES DE LA INDIA

En el célebre libro de la escritora norteamericana Katherine Mayo, *Madre India*, se puede leer que, según cálculos oficiales, más de cinco millones de individuos viven como fakires, haciendo pública su condición de seres especiales que pueden burlarse del dolor. Los viajeros que han recorrido las orillas del Ganges cuentan escenas extraordinarias de los millares de fakires que permanecen sentados siempre sobre el mismo sitio, flagelándose, para obtener puñados de arroz o miserias rupias, con las cuales atienden a sus necesidades.

Todos los años en la región de Bengala se reúnen millares de fakires o santones para purificarse ante el Dios Kanhoba por medio de ritos llamados «charak».

Se clavan a sus espaldas grandes ganchos, de los cuales penden sogas, a cuyo extremo colocan pesos, generalmente discos giratorios que, al evolucionar, van entrando más y más en la carne de los fakires las puntas de los ganchos. Marchan al compás de campanillas atadas en los tobillos y entonando cánticos sagrados ante la callada admiración de las multitudes.

En la península malaya, en la ciudad de Singapur, refugio de todas las razas orientales, también existen todos los años festividades religiosas de las sectas de fakires. A ellas responden las fotografías que ilustran esta nota. El lector podrá apreciar por ellas la calidad excepcional de tales individuos, que se atraviesan la carne con pinchos, flechas, ganchos; caminan por el fuego y los vidrios, y luego, como burla, piden tan sólo un puñado de granitos de arroz.



# POR QUE HAGO LOS DIBUJOS "DESDE ARRIBA"

Por ANTEQUERA AZPIRI

ESPECIAL PARA "CIUDAD"



El primer dibujo "público" mío, visto "desde arriba". Hecho con pluma "de escribir" y firmado con toda la ampulosidad adolescente que el caso requería. (De "El Imparcial", octubre de 1912.)

Hay sugestiones irresistibles. CIUDAD, en pena idem, allá arriba, rascando el ámbito celeste. Un proyecto en honor de un argentino ilustre; un Mitre el primero. Blanco-Amor—gentileza, distinción y solera española—; Muñiz Lavalle—simpatía, efusión y temperamento artístico totalizador—. Revelaciones y confidencias; un proyecto circunstancialmente abandonado, de unas disertaciones ilustradas en América del Sur, entre las cuales el título que encabeza esta crónica propendría uno de los temas. ¿Por qué no dice usted algo de eso en CIUDAD?, me proponen estos dos hombres tan cordiales. La cosa es tan natural... ¡Es verdad!... Pues bien...

Cuando yo era chiquitito—no me robaron unos moros, no—, al decir de las «crónicas» familiares, solía pasarme las horas en el balcón. Las «crónicas» dicen más; por ejemplo: que, tanto miraba para abajo, que esa manifestación mucosa, tan frecuente en los niños era en mí constante, obligándome a una absorción recogedora continua, con el consiguiente sonido característico. Esto, que parece a primera vista de poco interés, indica mi ensimismamiento observador, desde aquel balcón del alto piso, frente al Ayuntamiento de esta Villa, y corte por entonces.



Uno de los dibujos de mi viaje a Marruecos, sin salir de San Sebastián, publicado por "Buen Humor", la mejor revista humorística que en España ha sido, gracias al veterano y formidable Sileno.

El balcón se hallaba orientado al Mediodía, y aunque podía abarcar un espléndido paisaje de torres y tejados—Las Carboneras, San Justo, Santa María, San Pedro... y las vibraciones, tan plásticas, de las campanas de San Francisco el Grande—; con los primeros términos de la oficina frontera, con sus figuras sedentes, rampantes, leyentes, legajos, baldiques, etc., y el tejado entretorreado, por uno de cuyos tragaluces asomaban, con mecánica de caja de sorpresa, las cabecitas de los familiares del portero mayor municipal, y aun de este mismo, yo prefería lanzar miradas exométricas y oblicuas hacia toda la zona pavimentada de la calle. Esta preferencia tenía una primordial razón práctica, cual era la de conocer a los «sablistas» que aguardaban a mi buen padre, al filo de las dos, cuando regresaba de su despacho oficial. Aunque yo no podía impedir este abuso de aquella tropa sobre la bondad paterna, no les quitaba ojo ni perdía de ellos el menor movimiento. Primero era el apoyarse sobre los sillares del muro, bien envueltos en la caricia solar; luego, el cambio de actitud de algunos, para recibir el calor resbaladizo por la espalda. Después, todos formaban, a lo largo del muro, apoyados en él, y de frente al sol; esto era ya cuando se acercaban las dos. Hacía las dos y cuarto realizaban una especie de movimiento militar de «oblicuo izquierda», con la mano derecha extendida y la izquierda en ademán de saludar: era la señal de que llegaba el santo varón de mi padre. Ustedes creerán por lo expuesto que nos encontrábamos en la opulencia. ¡Ni mucho menos! En fin, de algo sirvió aquel continuo y familiar desembolso dadivoso, porque fué como mi curso preparatorio para el estudio de mis dibujos «desde arriba».

Iniciado ya, fuí extendiendo la visión y el estudio a la puerta del Gobierno civil, analizando a los guardias minuciosamente. Luego amplí el campo de acción analítica; ahora eran ya el vendedor de flores: «¡Buenos tiestoos de-é geráneos-s-s!»... El del requesón: «¡Y-al buen reéque-e-son... de-e... Mira-añó-res y-a pruebaa!» Y la herbolaria curandera: «¿Queréis p'al dolor de muelaas...? No queréis pa las almo...? ¿Queréis o no queréis?» Y también el pobre Santiago, nuestro verdulero.

Ya un poco más experimentado—nueve años, quizá menos—redactaba, confeccionaba y tiraba a mano—y tan a mano—una revista llamada *Ciudad*. Aquí debieron aparecer todos estos personajes que tenía bien archivados en mi compartimento cerebral correspondiente.



Ilustración de mi libro "Corremundo". Aquí, "Corremundo" es aprovisionado de nafta, en pleno vuelo, por mí. Es de noche. Véase cómo fosforescen los peces.

La revista la vendía a perra gorda entre mi madre, mis dos hermanas mayores y Adela, la costurera, tan bajeta y resentada siempre, repasando el carro de ropa.

El acervo se fué acrecentando. Ya me aventuré con los carros y los coches de punto, y el coche del alcalde, y aun el del gobernador, y con los obreros que iban a pedir trabajo—también había parados entonces—al Ayuntamiento, y con los «municipales» de teresiana, cartera, y el «pinchavuas» gastándose la contera de la vaina contra el suelo.

Las comitivas reales, las entradas de soberanos extranjeros; Loubet, Poincaré, entre los jefes de Estado poco deslumbrantes, pero simpáticamente reidores, lanzando las «palomas blancas» de sus adioses enguantados. La promulgación de la Bula, con los caballeros—a caballo, auténticos caballeros—enlevitados y tocados con sus bicornios negros, uno de ellos con el pendón morado, y todos precedidos de alguacillos y atabaleros reales. El Dios chico—tilin, tilin, talán, talán—. El Dios grande. La procesión del Viernes Santo: «¡Aleluyas finas, aleluyas! ¡Que va a pasar Dios; las aleluyas!»

Andando el tiempo había yo de autoverme, desde el balcón de la calle Mayor, desfilando en la escolta procesional, con el ros emplumado y ladeado, el pico a la espalda y el fusil al hombro. ¡Ras, ras, ras, ras! ¡Ti-ti-tiri-ti...!

La bomba de Mateo Morral, en la calle Mayor, me saturó de «pathos» inspirador. No perdí ripio, y hasta me olvidé que había parientes lejanos en el comedor, esperando con toda la familia, alrededor de la mesa puesta. Nada, yo a mi faena, sin quitar ojo a los heridos, a los muertos, a los desgraciados sospechosos, que eran conducidos, sangrantes, al Gobierno civil, entre intentos de linchamiento... La Guardia civil acordonando el barrio... El desfile del regimiento de Wad-Ras, diezclado.

Mi excelente amigo Xavier Dusuet, después de largos años de separación, me ha revelado tener en su poder un dibujo a vista de pájaro de la explosión, que hirió gravemente a su señor padre, y a él mismo en un brazo, cuando contemplaban el desfile desde un balcón de la



casa de la bomba, en que vivían. ¿Cómo será este dibujo, del que no tengo la más remota idea? Un día próximo asistiré a esta resurrección de una obra infantil, para mí muerta y olvidada, y que va a revivir gracias al cariño y simpatía de una bonísima amistad.

¿Y aquel balcón de la calle de Calderón de la Barca—el de la derecha del comedor—, desde el que observaba a los transeúntes obligados por la angostura de la calle a ponerse en la verticalidad de mi visual preferida? Desde allí veía al buen Tomás, el carbonero, con el blanco de sus ojos siempre vueltos hacia arriba, sobre su cara carbonífera, en espera incansable de un pedido, a voces, de la vecindad o de las pantorrillas macizas de alguna fámula limpiadora de cristales.

El País Vasco. Euzkaleria. Montañas. Hitos de observación cumbreira. La romería de Santa Eufemia, con su ascensión, que todavía prolongaba yo hasta las nubes, tumbado sobre la hierba, y con los ojos entornados, contemplando el animado conjunto desde arriba. El Jaizkibel, el Chindoki, las Dos Hermanas...

El paseo de Higuer, con sus «chingueros» furtivos y hundidos en el agua, allá abajo. El Monte Urgull, mirador incomparable para las regatas de traineras, balandros y gaviotas, y

para el oteo de la pesca, prometedora, sobre las cubiertas de los vaporcitos de normal arribada.

Elevaciones de la tierra vasca, estimulantes de ojeos aéreos.

Habría que dejar ya la péñola templada y artificial, porque, si no, ¿qué va a quedar para mi proyectada conferencia «gráfica», la de más «altura» de entre las planeadas? Creo dicho lo pertinente para complacer a «la» CIUDAD, y dar una idea del porqué siento debilidad por los dibujos «desde arriba». A las razones innatas, originarias, podrían añadirse preferencias fraguadas en la madurez, como cierto remanso aliviador que le permite a uno «disponer de la gente a su antojo», y sin que «ella» se dé cuenta.

Yo mismo me suelo encajar en mis dibujos «desde arriba», y me divierte «hacerme des-envolver» entre mis semejantes de «allí abajo». Claro es que—para eso «mando» yo—procuro que resulte mi *doble* con todos los pronunciamientos favorables en lo posible.

Y para concluir. Cuando veo a una persona, recibo su impresión desde su plano y por encima de ella, sin que esto tenga doble sentido jactancioso y metafórico. Como si digo que trato de huir de todo mimetismo profesional; tampoco tiene la menor duplicidad alusiva en la intención.

## CIRCO

# Una escuela técnica para los payasos, los acróbatas, los malabaristas...

Por CEFERINO R. AVECILLA

Esto está muy bien.

Al fin hay un pueblo decidido a dar a los payasos, y a los acróbatas, y a los domadores de animales, y a todos los hijos de la pista su verdadera importancia. Felicitémonos. ¡Oh! Nosotros, los verdaderos amantes del circo, nunca agradeceremos lo bastante la magnífica determinación a ese país. Y con nosotros, cuantos gustan de la alegría ingenua. Que son sin cuento ni número, aunque sea de la U. R. S. S. de donde llegue tal vivificación, como ocurre en este caso.

Sí, señor, sí.

Va a acabarse finalmente la profesión de payaso como ejercicio libre. Para hacer reír en los circos de cualquier rincón del mundo será indispensable un título académico.

A los circos de toda Europa, y en particular a los de París, les faltará tiem-

ello, se preguntaban todos los aficionados a estas cosas: «¿Pero por dónde diablos anda *Cocó*?» «¿Usted sabe de *Cocó*?» «¿Qué será de *Cocó*?»

Realmente, no se ha sabido de *Cocó* hasta ahora. Hasta ahora, que se nos descubre reintegrado a su país... para ocuparse en crear generaciones de payasos que, como el propio *Cocó*, nos divertirán algún tiempo, hasta desaparecer, no se sabe cómo ni por dónde, un día «entre los días».

*Cocó* es de seguro irremplazable en esta Escuela inesperada. *Cocó* enseña a los payasos jóvenes unos secretos para borrar de sus rostros y de sus cuerpos la juventud. En cuanto a los que la han perdido, no podrán ser nunca ni discípulos de *Cocó* ni hombres de circo.

*Cocó* enseñará a los payasos nuevos aún más que a falsificarse a sí mismos. Les enseñará cómo se aprovecha la disposición benevolente de unos públicos



Los futuros malabaristas se adiestran en la Escuela de Artistas de Circo de Moscú.

po para acogerse a esta inesperada innovación. Ahora bien: los Fratellini, por ejemplo, habrán de plantearse un problema gravísimo. A menos que, a pesar de su madurez, determinen su ingreso en la «Escuela Técnica de Moscú para Artistas de Circo», que así es como se denomina la nueva institución. Claro que a los Fratellini los coloca en mala postura su condición de súbditos del «duce». Pero de seguro que hallarán algún modo de transigencia. Al fin y a la postre, los payasos, y más aún los payasos que, como les ocurre a éstos, han hecho reír a más de un Continente, son los hombres más graves del mundo.

### Noticias de la Escuela:

Está instalada en un caserón viejo y destartado, que no tiene nada de común con los edificios que ahora se construyen allí. Es medio gimnasio, medio escuela. En las paredes hay grandes retratos de los más famosos artistas de circo del mundo. Realmente, no podrían aspirar a mayor gloria. Con estos retratos alternan los de Lenin, y los de Stalin, y los de Vorochilov.

### Más noticias:

El número de mujeres que allí se adiestran es superior al de hombres justamente en el entrenamiento de los ejercicios que han menester de organismos hercúleos. Esto puede parecernos todo lo extraño que se nos antoje, pero es así. El sexo débil se reconstituye.

Pero lo verdaderamente magnífico de todo esto es la enseñanza de las clowneries. La Escuela disfruta de un gran maestro: *Cocó*. El clown *Cocó*. Este *Cocó* es un payaso ruso que ha recorrido, con la cara pringada de humo, toda la superficie de la tierra. Yo le recuerdo en sus últimos años de los circos de París. Hace ya muchos que desapareció del Occidente. A raíz de



El director de la Escuela, el veterano clown «Cocó»—a la derecha—, dando una lección de mímica a un discípulo.

que están siempre dispuestos a reír, porque no han perdido la frescura interior de la vida.

Pues, ¿y la magia de los funámbulos? A quienes tienen vocación de ello es preciso hacerles aprender el modo de burlarse de las leyes del equilibrio. Se ejercita primero bajo la tutela de un balancín sobre un alambre tendido tan bajo, que parece el primer peldaño de una escalera inexistente. Pero después este alambre ascenderá cada día un escalón. En este punto el nuevo acróbata ha de desembarazarse de los balancines. Entonces ya vuela con los brazos abiertos, como dos alas torpes, y advierte que el filo del alambre se ha dulcificado y ya no le muerde las plantas de los pies. A las pocas semanas de esto, se sienten todos capaces de cruzar la Plaza Roja sobre uno de estos puentes invisibles.

Todo ello significa que también el circo emprende en la U. R. S. S. un camino nuevo. Los occidentales, malevolentes, insinuaban, antes de conocer esta realidad optimista, que la U. R. S. S. desdeñaba el circo porque constituye un espectáculo determinadamente burgués y sin posible proletarización. Pues estaban equivocados. Tan equivocados, que es muy posible que esta Escuela transforme el circo en todo el mundo.

En realidad, sería una lástima. En el circo no caben ni modificaciones ni rectificaciones. El circo es perfecto. Y es, por otra parte, la verdad. Todo en él tiene las mismas dimensiones de la vida. Nadie ha pretendido aún transformarle en una cosa plana, como lo habría de ser si se instalase en un escenario, por ejemplo. No. Del teatro es posible tener un concepto pictórico. En cuanto al del circo, es pura y simplemente escultórico, y no puede ser de otra manera. Un escenario es un emplazamiento liso. En él todo se deshumaniza. Para producir buena impresión se finge, al modo pictórico, perspectivas que no existen. En la pista no es posible nada de eso. Está como puesta sobre el caballete de un escultor, que la hace girar.



# COMO SE HACE UNA PELICULA EN ESPAÑA

Por GABRIEL GARCIA ESPINA

APUNTES DEL NATURAL POR ARTECHE



Puede parecer el título de esta crónica un poco pueril y otro poco ambicioso. Su puerilidad nace de que, lógicamente, se hará una película en España como en cualquiera otra parte, poniéndonos en un optimista lugar comparativo con relación al nivel cinematográfico del resto del mundo. Y el carácter ambicioso de nuestro propósito estribaría en la pretensión de atribuir a este reportaje un alcance técnico y una profundidad profesional que estamos muy lejos de poseer y cuyo conocimiento tampoco nos inquieta por ahora. Se trata, pues, simplemente, de decir algo a propósito de nuestro cinema, y algo también, todo lo mejor que podamos, alrededor de algún film nacional actualmente en rodaje: por ejemplo, "Rumbo al Cairo".

La historia del cine en España, con ser tan considerable en años de experiencia, es bien corta en resultados positivos. No vamos a engañarnos ahora sobre los frutos estéticamente puros de nuestra producción. Nada hay que decir sobre ello. O casi nada. Callarse y buscarle salida, hallarle un escape recto y decoroso, un cauce limpio y hondo, al contenido cinematográfico de nuestro espíritu meridional y soleado que aún no encontró el hueco propicio por donde romper.

En alguna ocasión hemos opinado que el problema fundamental de nuestro cinema no era precisamente una cuestión económica, sino de técnica. Y de este matiz esencial para la vida de un arte nuevo no se han ocupado con la atención imprescindible que merecía los productores españoles. El feliz resultado pecuniario de casi todos los films nacionales, algunos de los cuales se han traducido en una euforia monetaria verdaderamente desproporcionada a sus merecimientos y

## EL RUSO KRAF, EN SU TRABAJO



hasta a los pronósticos más vertiginosos de sus fabricantes, relegó a un segundo término aquel factor esencial, que ya no volvió a contar casi nunca con el carácter ilustre que le correspondía en el ánimo de las empresas productoras. Una novela insigne o populachera, una comedia de análogos calificativos o un zarzuelón pegadizo hacían el milagro de dar dinero transformados en una cosa que llamaban cinema.

Dirigir un film, controlarle; extraer médula cinematográfica de cualquier argumento, por cerrado que sea a las posibilidades del cinema; analizar hasta un extremo insospechado los movimientos de los intérpretes; contar sus pasos; medir las sílabas que deben pronunciar, escatimándolas con verdadera avaricia; repetir las escenas sin limitaciones de tiempo ni de cansancio hasta dar con la visión exacta del momento fotográfico y acústico; irle dando, en fin, a la película, minuciosamente y metro a metro, todas sus dimensiones estéticas hasta conseguir su armonía definitiva, es algo que no parece muy de acuerdo con la manera de



El director y la estrella: Benito Perojo y María del Carmen Merino. (Foto Cifesa.)

hacer española. Y colabora con este desacuerdo, acaso ingenuamente, pero con una fuerza que no se ha podido contener aún, el sistema de trabajo de nuestros actores, casi todos procedentes de los escenarios teatrales y con vicios de origen y puntillos de sabiduría escénica, en pugna victoriosa casi siempre con las menegadas energías del director.

Esperemos mejores tiempos para nuestro cinema y vamos a ver cómo se hace una película en España. Benito Perojo, realizador de "Rumbo al Cairo", nos aguarda.

En los Estudios de la CEA, en la Ciudad Lineal, se está rodando una película española. Estas galerías cinematográficas, fundadas no hace mucho en la periferia madrileña, tienen ya un sólido prestigio alrededor de sus inmejorables instalaciones materiales. Y las desnudas paredes de su gran nave de trabajo están constantemente—nos dicen también que para mucho tiempo—prestando su abrigo y su complicado mecanismo técnico para el logro de casi toda la producción nacional. Si lo que de allí sale no es precisamente muy bueno en la mayoría de los casos, no tienen la culpa los Estudios por defecto de sus instalaciones. Verdad es que al contemplar cualquier film español, con el clásico desencanto consiguiente, ya no cabe ni aquel fácil recurso de hacer recaer el peso de un fracaso en los defectos materiales de una máquina o en la pobreza



de un escenario. Casi todas las películas hispanas resultan admirables de arquitectura, de fotografía y de sonido. No hay peros por este lado. Por eso son mucho más dolorosas y evidentes las repetidas incapacidades de otro tipo.

En fin; henos aquí en el silencio del Estudio—problemático silencio muchas veces—dispuestos a revolver en esta complicada maraña cinematográfica en honor del curioso ciudadano que nos lea.

Benito Perojo, joven y ya ilustre oficiante en estas sutiles ceremonias de la cinematografía, acude cortésmente en auxilio de los reporteros, un poco estupefactos sobre una tarima, ante aquella baraúnda que se nos presentaba por delante. Con su fácil guía caminamos confiados entre un bosque de vigorosos aparatos luminicos y tropezando en el suelo con una abrumadora cantidad de cordones que, sin saber por qué, y en aquel momento, nos sugirieron cierta semejanza entre aquel piso y la temblorosa cubierta de un buen velero.

—Háganme el favor de sentarse... como puedan—dice, sonriente, ante la imposibilidad de hallar dos sillas de la misma especie—. Y perdónenme un momento hasta que rodemos esta escena. Vean ustedes lo que gusten de por aquí, sin el menor reparo.

Eso es lo que queremos. Arteché, que es, naturalmente, el elemento más valioso de esta visita, mira hacia todos lados buscando materiales gráficos para su ilustre carboncillo. Requiere, al fin, el cuaderno, desenvaina una porción de lápices, y ya no volveremos a saber nada de él. Le veremos, sí, de cuando en cuando y en

## CARLOS DIAZ DE MENDOZA



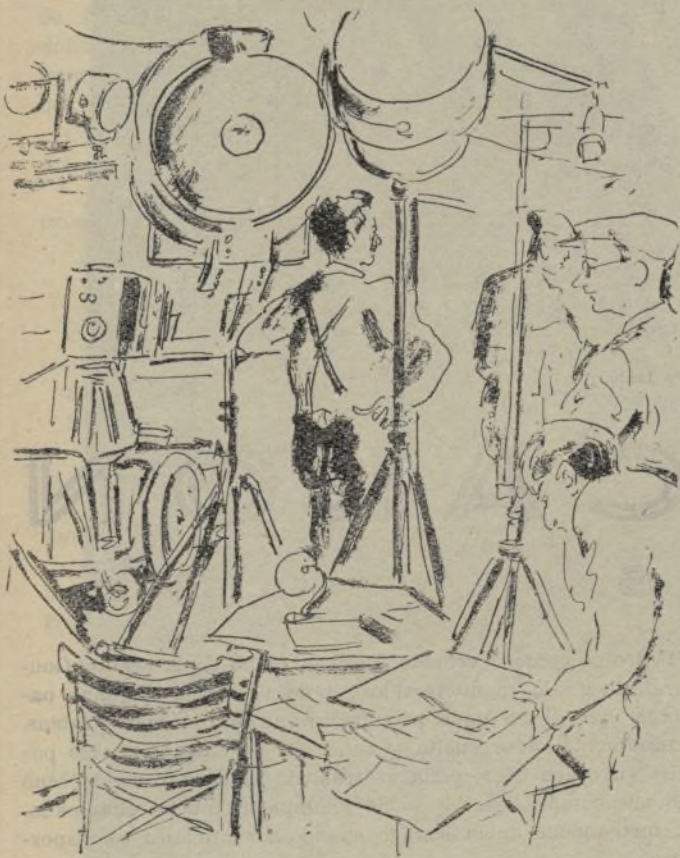


diferentes sitios, a la caza de distintas perspectivas, haciendo visajes concienzudamente y quemando con admirable contumacia unos indecentes cigarrillos de la Tabacalera.

Mignone, el escenógrafo de "Rumbo al Cairo", película cuya realización estamos presenciando, nos sitúa en estas escenas ante un establecimiento donde se venden discos de gramófono y "similares". Volvemos a ratificarnos en el concepto excelente que nos merece la arquitectura de nuestros films. Aquí no falta nada y todo es bello y exacto. Dos lindas dependientas detrás del mostrador: dos "extras". Y en una cabina aneja utilizable para prueba de discos, la estrella y el galán. El galán, mozo y simpático, ya le conocíamos: es Ricardo Núñez. A la estrella la conoceremos después.

A todo esto Perojo no para un momento. Va y viene. Se echa la visera hacia atrás; sitúa a la pareja en un posición conveniente; vuelve hasta la cámara; pide luz. Y antes de comenzar el ensayo de la escena, ya con todos los focos en un brutal estallido luminoso, aplica un ojo al tomavistas y purifica a través de los

## UN RINCON DEL ESTUDIO



nobles cristales del aparato aquel concepto cinematográfico que se va a dibujar en el celuloide.

Se ensaya la situación dos o tres veces, hasta que a juicio del director—sentado en una banqueta en primer término—sale todo como es debido. Una voz de silencio después, suspende hasta el resuello de los circunstantes, y otro grito oportuno previene al ingeniero de sonido, encerrado en su cámara neumática y atento a la mágica escritura de la voz humana sobre la tenue banda de la película. —¡Estupenda maravilla para la que no hemos tenido aún, con el reposo necesario, el recogido homenaje de nuestra admiración!— A popa del tomavistas, los dos operadores, Fred Mandell y Tom Fred, manipulan en aquella caja negra de simple apariencia geométrica, pero llena "por dentro" de intrincados y sutiles prodigios mecánicos.

Pasado el momento del rodaje, apagados los focos y dueño el rumor nuevamente de la vasta capacidad del estudio, Benito Perojo se acerca hasta nosotros, sorteando cables y bambalinas y acompañado de una criatura saltarina y gentilísima, que es nada menos que la estrella. Se llama María del Carmen Merino, y tiene dieciséis años.

Saluda toda alborozada de sonrisas y se sienta a posar para Arteché, con un número de CIUDAD entre las manos, como es de rigor.

—Me acordé de esta muchacha—dice el joven director español—cuando buscaba con afán un tipo femenino para "Rumbo al Cairo". Ya antes de la realización de "Crisis Mundial" le hicimos una prueba con resultados poco definidos. Más tarde comprendí que mucha culpa de aquel fracaso la tuvo el maquillaje. Ahora, antes de empezar esta película, cuando desesperaba de encontrar lo que quería, me acordé de ella... y aquí la tienen ustedes con unas aptitudes excelentes para el trabajo.



María del Carmen Merino, Ricardo Núñez y Miguel Ligeró, trío interpretativo de "Rumbo al Cairo".

(Foto Cifesa.)

La señora de Perojo interviene en nuestro diálogo, para aclarar, con su fina sensibilidad femenina, algunos conceptos laudatorios para la joven actriz, que acaso se escaparan a la perspicacia solamente varonil y profesional de su marido.

—A pesar de su juventud extremada—asegura—tiene un enorme aplomo ante la cámara. Cualquiera en su lugar sentiría ese encogimiento inevitable ante un camino nuevo como éste y, generalmente, deslumbrador. Y no es así en este caso. María del Carmen, apenas salida de la niñez, se mueve en el Estudio con una soltura envidiable y da de sí los matices interpretativos más complejos e inesperados con una sorprendente facilidad.

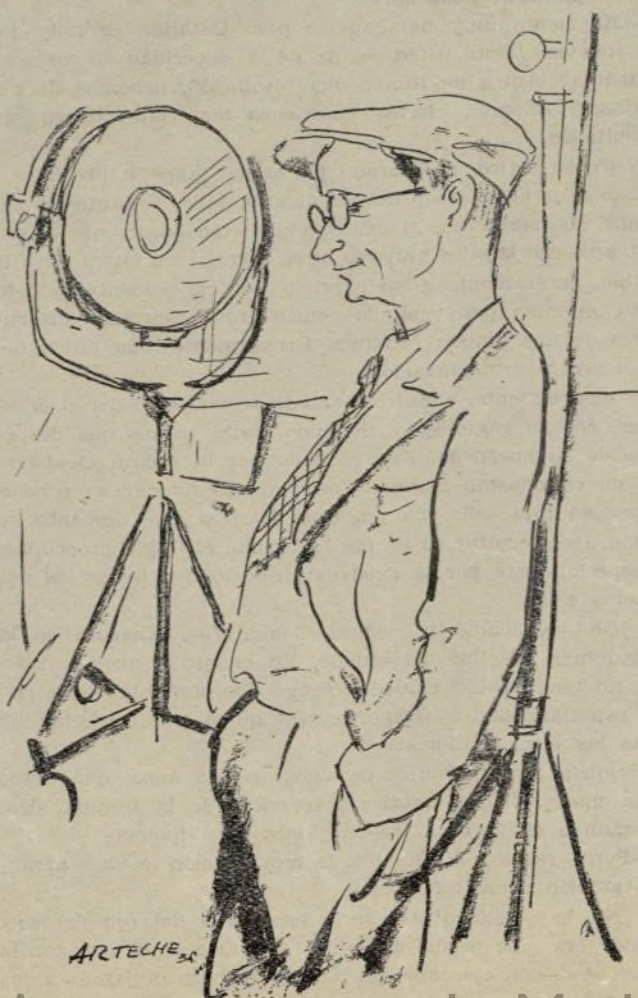
Nos volvemos insensiblemente hacia el sujeto de aquellas alabanzas, que sigue con paciencia bajo la dictadura del lápiz de nuestro compañero. El rostro de Arteché acentúa su movilidad, cosa que sucede únicamente ante motivos trascendentales, y hasta le asoma la lengua entre los labios a curiosear con reverencia la gracia y la juventud de aquel modelo.

A María del Carmen no hace falta preguntarle nada. Ella lo dice todo con una encantadora ingenuidad, que Dios le conserve muchos años.

—No se imaginan ustedes los disgustos y las contrariedades que he padecido hasta llegar aquí—dice muy de prisa, con un afán enorme de hablar—. En mi casa no toleraban de ninguna manera esta pasión mía por el cine. Querían que estudiara taquigrafía y mecanografía, y cultura general... Pero yo me escapaba y hacía lo imposible por darme a conocer en los Estudios. ¡Si vieran los cachetes que me ha costado el dichoso cine!...

Y se ríe con toda su linda figura, desde los breves piececillos inquietos, y a través de su cuerpo liviano,

## BENITO PEROJO



apenas insinuado, hasta su cara perfecta de armonía y maquillaje—esta vez acertaron—coronada por una melena rubia de oro viejo.

María del Carmen Merino admira a Lilian Harvey y a Anny Ondra, y no quiere ir a Hollywood.

—Es decir, si quiero—continúa—. Bueno. Quiero y no quiero. Me gustaría estar allí y aquí al mismo tiempo. Pero en España... ¡Yo quiero trabajar mucho en España!

Una galería cinematográfica reúne fácilmente, bajo sus focos, a gentes de varias nacionalidades. Aquí, en los Estudios de la CEA, se habla en estos momentos hasta ruso. Kraf, el hombre del maquillaje, que hoy nos ha dado muestras de su habilidad y de su arte, es un buen ruso, que ha pasado por las actividades más desconcertantes hasta llegar a su delicada profesión actual. Desde comandante de un submarino hasta "maquilleur", imagínense ustedes la órbita descrita. Hombre modesto, no quiere hablar de sí mismo, a pesar del

## LOS «CAMERAMEN» EN FUNCIONES



indudable interés periodístico que tendrían sus relatos, o acaso por eso mismo.

Vuelve Perojo hasta nosotros aprovechando algún momento de reposo escénico, y nos habla de su trabajo.

—De aquí salimos algunas veces de madrugada—dice con cierto aire de cansancio, efectivamente—. Llevamos adelantado casi la mitad del rodaje de los interiores, y a fines de este mes saldremos para Mallorca a trabajar al aire libre bajo aquella luz admirable del Mediterráneo.

—¿Y después?

—Después—replica—a seguir mi labor para el cine nacional con el mejor esfuerzo, como siempre lo hice. Al terminar "Rumbo al Cairo" comenzaré la realización sonora de "La Verbena"....

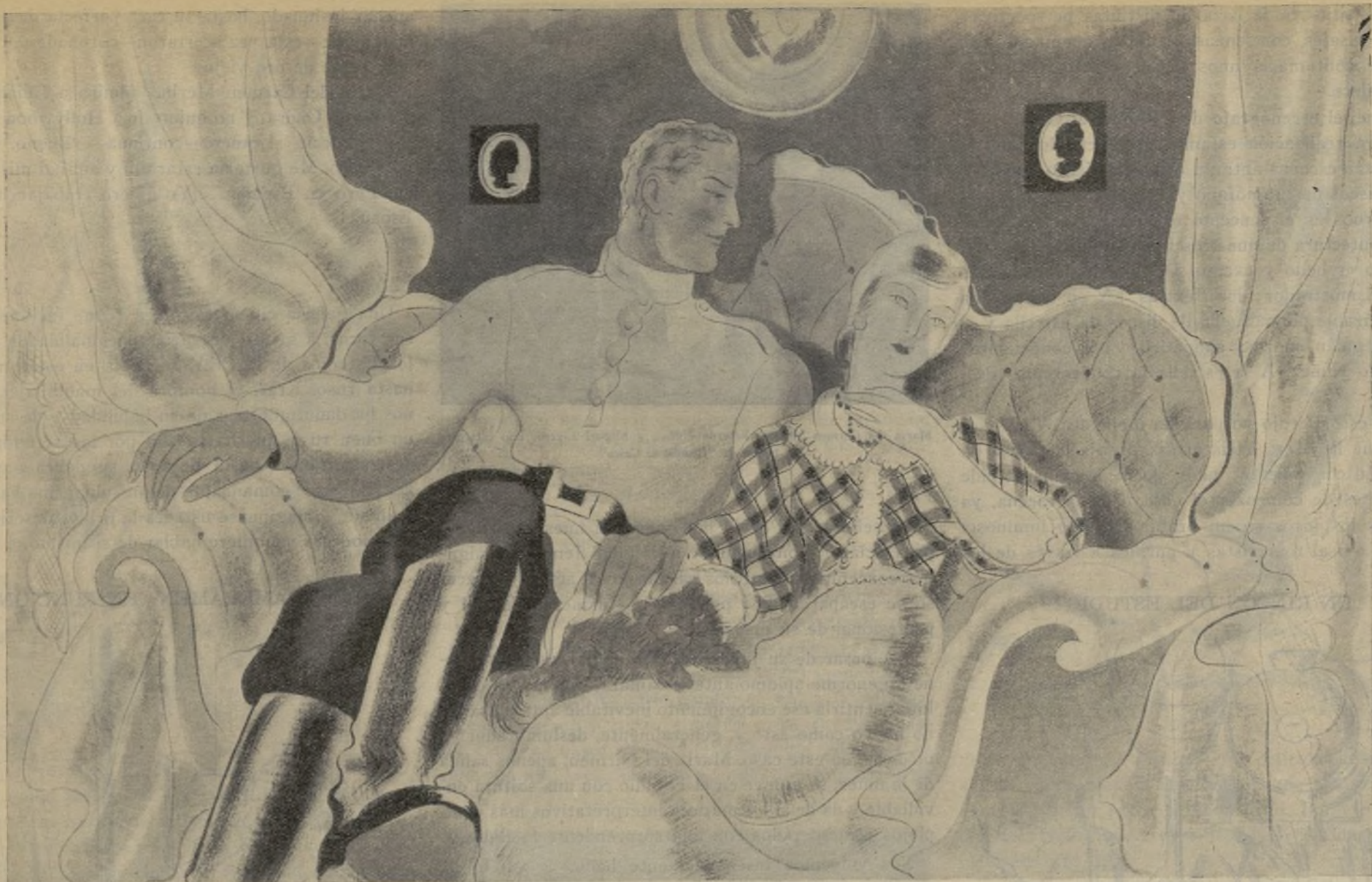
Benito Perojo, el nombre más representativo de toda nuestra historia cinematográfica, preside en estos días la realización de un film nacional en unos excelentes estudios madrileños. A su alrededor se agrupa un conjunto de figuras conocidas de nuestra escena y un puñado de extranjeros, técnicos en labores cinematográficas, hasta hoy no muy populares en España.

Miguel Ligeró, una especie de Georges Milton hispano. Ricardo Núñez, galán de "Rumbo al Cairo", hombre simpático y excelente conocedor de escondidos figones, donde se come bien y por poco dinero. Carlos Díaz de Mendoza, de figura expresiva y nerviosa, y con un apellido que nos trae al recuerdo viejos esplendores inmarcesibles. Pepe Calle...

Y Mignone, Fred Mandell, Tom Fred, Kraf...

Gente toda que trabaja, en fin, alrededor de una obra española, sirviendo a un arte nuevo todavía, y para la cual rendimos aquí, en cualquier caso, nuestra gratitud y nuestro aplauso.





Mientras la mano de Catalina acariciaba el espinazo suave de la bestia, la mano de Pedro hacía otro tanto.

# EL SEXTO ESCALON

Por ROGER REGIS

He aquí, señor, lo que nos ocurrió... Durante el transcurso de un breve veraneo en un pequeño pueblo de provincia, el azar me hizo entrar en relaciones con refugiados rusos. Un hombre y dos mujeres: él, Pedro Salakine, tendría unos cuarenta años y trabajaba como obrero en un aserradero. Catalina parecía un poco más joven que su marido y había conservado su belleza conmovedora, en cuya rubicundez sobresalían sus cabellos rojos, sus ojos de malva y sus labios sanguíneos; desde luego, siempre vestida humildemente, sin mucha más coquetería que su madre, la vieja señora Goubaref, pequeña y redonda como un trompo zumbador.

Los tres parecían haber olvidado su situación social de otros tiempos, bien diferente, se adivinaba, de la en que ahora tenían en Francia. Los tres parecían felices.

Después de un período de desconfianza para conmigo, me dispensaron a menudo su amistad. Un día, en torno a la llama azul de un samovar, se pusieron a hablar. Los tres juntos, o casi juntos. Hube de poner mucha atención para no perder el hilo de sus relatos. Y con la cabeza descansada, pude reconstruir aquel caos de confidencias, así comenzadas:

—He aquí, señor, lo que nos ocurrió...

Es necesario remontarnos a los trágicos días de 1914. En el momento en que estalló la Gran Guerra, la señora Goubaref, que era viuda, vivía con su hija en Kherson, una ciudad del sur de Rusia, que, por su calma y por sus tradiciones, se parecía a una de nuestras villas de provincia. Allí habitaba una antigua casa situada cerca de una plaza poblada de tilos, y de la cual ella era la propietaria, ocupando el único piso alto. La planta baja la alquilaba a un joven oficial de la Marina, el lugarteniente Pedro Salakine.

Catalina tenía entonces dieciocho años, y, de una gracia precoz y de una belleza ya esplendorosa, mostraba todas las seducciones de una mujer. El joven lugarteniente no tardó en conmoverse ante tan turbadora vecindad. En ocasión de hacerle un servicio a la señora Goubaref, fué admitido bien pronto para poder presentarles sus homenajes a las dos mujeres, por quienes era recibido con una cordialidad cada vez más creciente. Creyó enseguida haber conquistado la plaza, tanto más—no lo dudaba—cuanto que su juventud y su buen humor obraban rápidamente sobre el corazón de Catalina. Y no tardó en ser amado como él lo anhelaba.

Un día, Pedro Salakine se presentó en casa de la señora Goubaref llevando una canasta de mimbre. Esta canasta contenía una gatita persa que el oficial quería ofrecer a la joven, una gatita de pelo sedoso como un plumón, y de un color gris, casi azul, de paloma. Catalina estaba sola. Al ver al lindo animalito salir de su prisión, batió las manos como una chiquilla; luego se apoderó de la gatita y la cubrió de besos.

—¿Cómo la llamaré?—preguntó.

—No tendrá usted más remedio que darle un nombre de princesa persa!

—¿Leila por ejemplo?

—Leila, eso es; me atrevo a decir que le irá como un guante ese nombre.

Se sentaron en un diván y pusieron entre ambos a la gatita, que se encogió como una bola. Mientras la mano de Catalina acariciaba el espinazo suave de la bestia, la mano de Pedro hacía otro tanto. Las dos manos terminaron por encontrarse. Se estrecharon, y el joven murmuró:

—Catalina, ¡la amo!

Ella no respondió, pero dejó caer su cabeza sobre el hombro próximo, y, con los ojos cerrados, la boca sellada, misteriosa y débil, tendió como una ofrenda su rostro hacia los labios de Pedro Salakine.

Al día siguiente, el oficial no vaciló en cumplir una misión que le parecía apremiante. Pidió a la señora Goubaref la mano de Catalina. Entonces, ante el asombro del hombre, aquella no respondió aceptando inmediatamente, sino con palabras dudosas:

—Me siento muy halagada..., pero Catalina es muy joven todavía. ¿Está usted seguro de la sinceridad de sus sentimientos? Antes de tomar una resolución, debemos de reflexionar. Además, ciertas cuestiones materiales deben ser consultadas.

Pedro se retiró, asombrado por aquel golpe imprevisto.

Esto ocurría en los primeros días de julio. Durante las semanas que siguieron, el oficial evitó cuidadosamente el encontrarse con las dos mujeres, y se entregó, en cuanto le fué posible, enteramente a su servicio. No experimentó, por lo tanto, ninguna pena cuando comenzaron a circular los rumores de una guerra próxima. Bruscamente, una orden del zar decretó la movilización.

El lugarteniente, que debía embarcarse al otro día al amanecer, con su regimiento, no pudo hacer menos que despedirse de su huésped. Fué recibido por la señora Goubaref con un entusiasmo caluroso, que le hizo olvidar su rencor, y, por su hija, con una emoción dolorosa que aumentó su pasión. Para ocultar su propia turbación, él fingía preocuparse especialmente por la existencia que iban a llevar las dos mujeres solas.

—¡Oh!—respondió la señora Goubaref—, Kherson es la ciudad más apacible del mundo. En cuanto a nuestra soledad, no tenga usted cuidado. Tengo dos sirvientes muy fieles, especialmente a Gregorio, con quien puedo contar en todas las circunstancias.

Gregorio era un mujik de unos treinta años, que desde hacía mucho tiempo estaba al servicio de la familia, desempeñando en la casa las funciones más diversas.

—Pero—recalcó el oficial—, la movilización le va a arrancar también a ese muchacho.

—¡No hay peligro! Gregorio es tuerto del ojo derecho. Cuando era niño perdió ese ojo al entrarle en él una astilla de madera. Los ejércitos del zar no reclutarán jamás a los tuertos.

Pedro se confesó vencido. Besó la mano de la señora Goubaref, luego la mano temblorosa de Catalina. Algunas palabras, que él no pudo pronunciar, asomaron a sus labios. Bruscamente dióse vuelta y salió. En su casa, puso los papeles en orden. Enseguida se trasladó al casino, donde cenó con sus compañeros. Se bebió champaña, mucho champaña. La medianoche había sonado cuando los oficiales se dispersaron.

Al llegar al sitio poblado de tilos, Pedro observó con sorpresa que una ventana del primer piso estaba aún iluminada, y, aproximándose a ella, vió que una sombra, detrás del vidrio, espiaba a los transeúntes nocturnos. Reconoció la débil silueta de Catalina. Apenas en el vestíbulo de la casa, él oyó que se abría una puerta y que unos pasos atenuados descendían la larga escalera de madera, cubierta con una espesa alfombra. Y unos pasos más fuertes crujieron en el silencio nocturno. La joven ya estaba allí, con los brazos tendidos y balbuciente:

—No he querido dejarle partir sin otro adiós que la fría entrevista de hace un rato. Pedro, ¡yo le amo, le amo!...

El la abrazó, y sus labios se unieron.

Ella estaba pálida entre los bucles rojizos de su cabellera suelta; sus grandes ojos de malva, más agrandados aún por la angustia, y su boca sangrante como una herida; más tentadora también, bajo la suave ropa interior que cubría su cuerpo.

—¡Esto no está bien!—murmuró el joven—. Vuelva usted a subir, pronto. Podría sorprendernos su mamá...

Abrazándose a él, ella replicó:

—¡Nada me importa si debo perderle! No quiero abandonarle aún.

La puerta que daba al departamento de Pedro estaba abierta. Resueltamente, ella se adelantó y entró en la habitación. Y no salió hasta despuntar el alba.

Pasaron tres años, llenos de infortunios de todas clases para los ejércitos del zar, pero con una suerte constante para Pedro Salakine, que pasó, sin ninguna herida, por las peores pruebas. Cada vez que obtenía licencia, iba a Kherson. Y allí encontraba a Catalina prosiguiendo, junto a su madre, su vida sin cambio alguno.

Para el licenciado, los días transcurrían con una melancolía penetrante. No le quedaba más consuelo que la alegría secreta de sus noches.

Una mañana—algunas horas antes de que Pedro volviera a partir para el frente—, Catalina abandonó la habitación del joven más tarde que de costumbre: el alba comenzaba a blanquear los vidrios. Pedro la había conducido hasta la puerta. Y la miró subir los escalones. Apenas la joven cerró la puerta de su departamento tras de sí, en el piso superior, el de los sirvientes, apareció una sombra inclinándose sobre la baranda de la escalera. El oficial reconoció a Gregorio, y Gregorio percibió enseguida al oficial. Este último creyó como recurso hábil el bromear:



—¿Te he sorprendido, bribón! ¿Te has levantado temprano porque deseas venir a batirte conmigo? ¿Pues bien! ¿Haz tus paquetes y ven! ¡Allá abajo hay lugar para todo el mundo!

Sólo un gruñido respondió, y el sirviente desapareció.

Pedro no volvió a verlo hasta el momento de la partida, cuando fué a despedirse de la señora Goubaref y de Catalina. Gregorio estaba de pie detrás de ellas: fijaba sobre el oficial su único ojo, extraño en su ancho rostro de Kalmuco, y aquel ojo parecía cargado de odio.

—¡Esperemos—dijo la señora Goubaref como último adiós—, esperemos, que pronto nos traerá usted la victoria! La victoria, en Rusia, no estaba ya en manos de nadie: 1917, ¡la revolución!

En Kherson se irguió el espectro del miedo.

La señora Goubaref propuso a su hija huir, como lo habían hecho ya la mayor parte de las familias burguesas de la ciudad. Catalina estuvo a punto de aceptar. Pero, ¿cómo abandonar a Pedro Salakine? Y postergó para más adelante toda decisión.

Durante la época de mayor intensidad de la lucha en el frente, el joven oficial recibió una herida en el hombro, que le permitió ir a pasar su convalecencia en Kherson.

—¡Ahora, no nos separaremos jamás!—exclamaba Catalina.

En su egoísmo amoroso, ella olvidaba los nuevos deberes que se le imponían al antiguo oficial del zar. Este tomó parte primero en la vanguardia, después en la retaguardia del ejército blanco. Y aun cuando se cansaba un poco más cada día, seguía luchando, pero cerca de aquella a quien amaba. En el palacio del antiguo gobernador de Kherson, Pedro Salakine, con algunos camaradas, desempeñaba un rol de organizador voluntario y se esforzaba en poner un poco de orden en la retirada.

Cuando Catalina le hablaba de los proyectos de su madre, él respondía:

—La señora Goubaref tiene razón. ¡Váyanse, váyanse pronto!

—¿Y usted?—preguntaba la joven.

—Yo me quedo, desde luego.

—¡En ese caso, yo me quedo también!—replicaba ella.

En vano él procuraba convencer a su amante. Ella se encaprichaba.

Pasaron dos semanas.

En la ciudad, todos los almacenes estaban cerrados ahora, las calles desiertas, las casas vacías o poco menos. Cerca de la plaza de los tilos, la casa de la señora Goubaref parecía tan muerta como las demás. Ante la aproximación del peligro, los dos sirvientes, en efecto, habían huido. En cuanto a Gregorio, también había desaparecido no menos misteriosamente. Así fué como Catalina y su madre se encontraron de pronto solas.

Una mañana, el oficial salió a una hora desacostumbrada. Parecía más febril que lo corriente. Desde el umbral de la puerta gritó:

—¡Antes de dos días estarán aquí!

No tuvo necesidad de dar más detalles. Las dos mujeres palidecieron. Pedro se percató enseguida de que a ellas les faltaba sangre fría, y continuó, con una voz pausada:

—¡No tengan miedo! Ya he pensado la manera de salvarlas. Todo está listo para nuestra fuga. Sí, yo también. ¿Qué podría intentar yo contra lo inevitable? Con mis compañeros hemos luchado para formar una barrera ante la invasión de los rojos. Pero ya no podemos más...

Y, después de un corto silencio, agregó:

—Así, pues, huiémoslos juntos. Me he asegurado un automóvil, que nos esperará mañana, a pocos pasos de la plaza. Yo vendré a buscarlas al mediodía, exactamente...

Por fin, mostrando un envoltorio de papeles cuidadosamente atado, declaró:

—He sido encargado de ocultar estos documentos, que son muy importantes. Los llevaré en el auto mañana, con ustedes; pero, de aquí a mañana, es necesario que los coloquen en un lugar seguro.

La señora Goubaref y su hija propusieron sucesivamente diversos escondites. Conociendo bien las dependencias de la casa, Pedro decidió:

—Simplemente, voy a colocarlos allá arriba, en la habitación de los sirvientes... ¡A propósito, no brilla por su coraje aquel pobre Gregorio! ¿Qué puede haberle ocurrido? Los esconderé debajo de algún mueble.

Le dieron la llave de una buhardilla situada en lo alto del departamento. Y luego partió, renovando sus incitaciones a la confianza y a la esperanza.

Al día siguiente, a primera hora, Catalina salió de compras por la ciudad. Pedro le había indicado una cooperativa militar que liquidaba sus existencias de conservas, y la joven había creído prudente aprovisionarse antes de huir hacia lo desconocido. La señora Goubaref, emocionada frente a una partida que bien podía ser definitiva, vagaba de una pieza a la otra, deteniéndose delante de cada mueble, de cada objeto familiar que le recordaba su pasado. Y mientras estaba así soñando frente a una vieja imagen, algunos golpes discretos sonaron en la puerta del vestíbulo.

Corrió a abrir y lanzó un grito de feliz sorpresa:

—¡Gregorio! ¿Es posible que seas tú?

El antiguo mujik estaba en el umbral con aquella misma actitud, a la vez indiferente y fiera, que le era habitual desde que servía a la familia Goubaref.

—¡Sí, soy yo!—respondió en voz baja.

Su ojo sano pestañeaba bajo un espeso gorro de piel, y su ancha cara se iluminó con una sonrisa. Fué esta sonrisa

únicamente lo que observó la señora Goubaref, no prestando atención ni a su capote de soldado, ni al sable, ni a las fundas de las pistolas, ni a las cartucheras.

—Yo sabía que tú no podrías abandonarnos—continuó ella—; tú, a quien yo conozco desde tu infancia; tú, que eres, por así decirlo, de nuestra familia. ¡Yo sabía que tú volverías!

El sonrió de nuevo, y respondió:

—Me siento feliz al ver que la señora Goubaref goza de buena salud... ¿La señorita Catalina está bien también?

—A Dios gracias, se encuentra bien. Pero, como yo, vive en medio de una loca inquietud... ¡Ah, mi pobre Gregorio, qué mala época la nuestra! ¡Después de la guerra, la revolución! Un poco más y no nos hubieras hallado aquí. Debemos partir, partir no sé adónde. Al mediodía, un amigo vendrá a buscarnos para llevarnos en automóvil.

—¡Ah!... ¡Yo hubiera deseado, sin embargo, ver a la señorita Catalina!

—No ha de tardar en volver. Pasa, y espérala.

El uno siguiendo a la otra, penetraron ambos en el salón. Era una pieza soleada, cuyas ventanas daban, por detrás de la casa, hacia un pequeño jardín abandonado, y no se había creído necesario cerrar sus postigos.

Leila, que dormía sobre una silla, entreabrió sus ojos. Reconoció al recién llegado, saltó a tierra y fué a restregar su espinazo contra las botas de aquél. Como Gregorio se inclinara para acariciar a la gata, la arena crujió sobre el piso. Fué entonces cuando la señora Goubaref observó el capote del uniforme, las cartucheras, los revólveres en sus estuches.

—¿Cómo es eso! ¿Eres soldado ahora?—preguntó ella.

—¡Sí, soy soldado... a mi modo!

—¿De los nuestros?

El miró a su antigua ama con una especie de orgullo o de desconfianza:

—¡No!—respondió—; ¡de los otros!

Con el aliento cortado por la sorpresa y el miedo, la señora Goubaref balbuceó:

—¡Tú, Gregorio, eres de esos infames rojos que...!

—¡Los rojos, como usted dice, no son lo que usted cree! La prueba: yo he sido de los primeros en deslizarme hasta Kherson para llevarlas, para socorrerlas a ustedes, si es necesario.

—¡No necesitamos de ti! Hace ya tiempo que Pedro Salakine nos ha ofrecido venir en nuestra ayuda.

La cólera y el odio modelaron bien pronto el rostro de Gregorio, que respondió:

—¡Comprendo!... ¡Pedro Salakine está en la ciudad! ¿Es él quien va a venir de un momento a otro a buscarlas para huir?

—Sí, es él. Todo está previsto. ¡El nos salvará!

—No es seguro eso.

—¿Quién podrá impedirlo?

—¿Desconoce usted, entonces, lo que ha ocurrido esta mañana en Kherson?

—Creo que lo mismo que otros días.

—No. Nuestras tropas, las que luchan por la liberación de Rusia, han avanzado ya sobre las dos orillas del Dnieper y han invadido los suburbios. Ante nosotros no hemos hallado sino el vacío. Del ejército blanco no quedan más que unos borrachos retardados. La ciudad entera será ocupada antes de mediodía.

La señora Goubaref no pareció turbarse por esta predicción. Con un encaprichamiento tenaz, respondió:

—Pedro Salakine encontrará la manera de ponernos a salvo.

—No—dijo el otro.

—¿Por qué?

El soldado rojo levantó el cierre de los dos estuches que tenía adheridos a su cinturón, y con cada una de sus manos extrajo de ellos un revólver.

—¡Porque yo lo impediré!—declaró el hombre.

En ese momento, la puerta del salón se abrió y apareció Catalina. Igual que su madre, hizo una exclamación de asombro feliz al reconocer a su antiguo sirviente, pero, ante la expresión extrañamente convulsionada de éste y ante las miradas preñadas de angustia de la señora Goubaref, adivinó el peligro, sin comprender aún su gravedad real. Turbada a su vez, la joven preguntó:

—¿Qué es lo que sucede?

Fué su madre quien respondió. Con palabras débiles, refirió la llegada imprevista del hombre, explicó su sorpresa, repitió algunas frases cambiadas entre ambos y las amenazas profetizadas. Durante este tiempo, Gregorio permanecía en silencio y miraba a Catalina. La miraba con su único ojo, por el que pasaban sucesivamente la admiración, la pasión por aquella belleza de mujer joven que, para su mayor turbación, hallaba ahora mucho más bella, y después pasaba también una especie de furor contenido, de rabia secreta que alteraba los rasgos duros de su rostro.

(Continúa en la página siguiente.)



Catalina abandonó la habitación del joven más tarde que de costumbre.





Bajo la amenaza de sus revólveres, obligó a las dos mujeres a retroceder hacia un ángulo del salón...

Catalina intentó ablandar al enemigo así revelado.

—¡Veamos!—le dijo, procurando asir la mano de Gregorio—, tú no eres tan malo como quieres parecerlo. ¿Por qué has de hacernos mal a nosotros, que siempre te hemos tratado y te consideramos como a uno de los nuestros?

Con el cañón de su arma, él rechazó dulcemente, sin brutalidad, la mano que se había posado sobre su puño.

—¿Por qué—continuó la joven—vas a hacerle daño a Pedro Salakine, que te quiere también?

Gregorio se puso a reír maliciosamente.

—¡Ah! ¡El me quiere!—dijo—. ¿Que Dios le pague su amistad! Pues yo le odio. ¿Comprende usted? Y tengo mis buenas razones para odiarlo. Escúcheme bien: ¡O soy yo quien las saque de Kherson, o los haré perder a los tres!

Catalina no comprendía aún. Insistió:

—¿Por qué quieres salvarnos tú, y por qué quieres perder a quien está apasionado de mí?

El hombre movió los labios como si quisiera responder, pero ni una palabra salió de su garganta.

Ella adivinó, por fin, la verdad. Gregorio la amaba, la había amado siempre con un amor que el respeto había hecho tener oculto hasta entonces, pero las circunstancias excepcionales lo liberaban ahora de toda limitación: él la amaba salvajemente, celosamente, y la deseaba.

Menos perspicaz, la señora Goubaref, ante aquel silencio, creyó que el antiguo sirviente había cambiado de resolución. Y unió su voz a la de su hija para suplicar a Gregorio y conmovérle.

Siempre mudo, balanceaba él la cabeza de derecha a izquierda. De pronto, gritó:

—¡Hemos hablado demasiado! ¡Puesto que ustedes rehusan seguirme, nos quedaremos aquí!

Bajo la amenaza de sus revólveres, obligó a las dos mujeres a retroceder hacia un ángulo del salón y a sentarse cerca de una ventana que se abría sobre el jardín. Desde allí no era posible lanzar ni siquiera un grito de auxilio. Enseguida, Gregorio abrió de par en par la puerta que daba al vestíbulo, y lo mismo hizo con la puerta que daba sobre el descanso de la escalera, y como Leira viniera de nuevo a frotar su espinazo contra las botas del hombre, le dió un puntapié y la echó rodando afuera. La gata huyó, y el intruso se volvió hacia sus prisioneras:

—¡Ni un grito ni un gesto—les dijo—, o haré fuego! Vámonos a esperar al hermoso oficial. No tardará en venir. En cuanto aparezca sobre el umbral, dispararé sobre él.

Catalina hizo un esfuerzo para murmurar:

—¡Siempre que él no tire antes sobre ti!

—¡Yo tiraré primero!—replicó el otro—, pues él no sospechará nada. ¡Lo espiaré! ¡Le oíré subir la escalera!

—Olvidas la espesa alfombra, que apagará el ruido de sus pasos.

—Y tú, palomita, olvidas el sexto escalón.

—¡El sexto escalón! No comprendo.

—¡Ah! ¡Ah! Conozco muy bien el sexto escalón de la escalera. Está más carcomido que los otros. Cuando quería salir sin ser oído o cuando quería volver a mi habitación a escondidas, saltaba siempre el sexto escalón, pues cruje bajo los pies y chilla como una bestia herida.

La señora Goubaref había cerrado los ojos y juntado las manos: oraba. Catalina, no teniendo más que este sólo recurso para advertir al oficial del peligro que corría y para invitarlo a desconfiar, ensayó seguir hablando, levantando la voz cada vez más. Pero Gregorio, con el arma apuntando sobre ella, la hizo callar.

Un pesado silencio llenó el salón.

El hombre volvía la cabeza, bien hacia las dos mujeres sentadas, para amenazarlas, o bien hacia la puerta del vestíbulo, donde debía aparecer aquel a quien él esperaba. Aparte de aquel monótono balanceo, efectuado sin cesar por la gruesa cabeza con uno ojo tuerto, nada se movía. La señora Goubaref continuaba orando. Catalina seguía con sus ojos, en el reloj de la estufa, la marcha inexorable de las agujas avanzando hacia el mediodía. Por momentos se sentía tentada de arriesgar su vida levantándose bruscamente, lanzando gritos,

## TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

**CASA HERNANDO**

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

arrojándose sobre su adversario y ligándole los brazos con sus débiles fuerzas. Por momentos, abandonando toda esperanza, se resignaba a aguardar, repitiendo en voz baja:

—¡No, no es posible! Pedro es demasiado hábil, demasiado inteligente para dejarse abatir como un perro por este bruto. El cielo lo protegerá. ¡Se producirá algún acontecimiento inesperado que lo salvará!

Las doce menos cinco.

El tuerto no había levantado la mano...

De pronto, se le vió vacilar, agitar el aire con sus brazos, con la cabeza hacia adelante, y desplomarse con un ruido sordo sobre el piso.

Detrás de él una puerta se había abierto silenciosamente y un tiro había sonado, más rápido que el chasquido de un látigo, confundiendo enseguida con la caída del cuerpo.

Empuñando aún el revólver, Pedro Salakine apareció entre la pieza vecina y el salón. Con mucha calma, les dijo:

—¡Vengan! ¡Vengan pronto! La ruta está libre. Un automóvil nos espera. ¡No hay tiempo que perder!

Como si fueran seres sin pensamiento y sin voluntad, la señora Goubaref y su hija obedecieron. Cogieron las maletas, preparadas con anterioridad, y siguieron al oficial. Al bajar la escalera, los fugitivos hicieron crujir bajo sus pies el sexto escalón.

Sólo cuando el automóvil salió de Kherson y empezó a marchar rápidamente hacia el sur, camino de la libertad, Catalina se dispuso a demandar explicaciones.

Le confió a Pedro lo que había pasado momentos antes entre Gregorio, su madre y ella, y agregó:

—El lo esperaba a usted. Lo espiaba, para matarlo. ¿Cómo pudo usted franquear el sexto escalón sin provocar el crujido denunciador de su llegada?

—¡El sexto escalón!—respondió Pedro, asombrado—. No sé lo que usted quiere decir. Lo que yo puedo decirle es esto: Desde luego, no esperaba encontrar a Gregorio allí, y, por lo tanto, no desconfiaba de nada. Solamente cuando subí la escalera para reunirme con ustedes, vi a Leila, que nunca la abandona, tendida cuan larga es sobre un escalón. ¿Cuál? Yo no lo conté, pero debió ser el sexto, ciertamente. Para no incomodar a la gata, levanté el pie, pasando sobre ella, sin pisar la tabla donde estaba echada.

—¡Azar providencial!—murmuró Catalina—. ¿Y luego?—preguntó aún.

—Luego, continué subiendo. Por la puerta abierta vi a un soldado que, con la cabeza inclinada sobre ustedes, les apuntaba con su arma. Sin hacer ruido, me metí en la buhardilla, donde recogí los documentos que allí había escondido. Volví a bajar entonces, no por la gran escalera, sino por la escalera de los sirvientes. Entré en el departamento por la cocina. Tomé mi revólver. Ustedes saben lo demás...

—¡Pobre Leila!—suspiró la joven—. A ella le debemos los tres el tener la vida a salvo... ¡Y la hemos abandonado!...

Sin quitar las manos del volante, Pedro Salakine hizo una señal.

—¡Yo no la abandoné!—replicó—. Al huir nosotros, estaba todavía en la escalera, y la recogí al pasar. ¡Véanla! ¡Está aquí, a mis pies, hecha una bola!

RADIOTELEFONIA  
**EMERSON**

REPRESENTANTE DE  
**Y COLONIAL**

MARCA

REGIST.

CHURRUCA, 1  
TELEF. 17825

**DIANA**

MADRID

**ISAAC MARTIN**

Ayuntamiento de Madrid



## El próximo film de Greta Garbo

El próximo film de Greta Garbo será una versión hablada de *Ana Karenina*. Se había asegurado que en la realización de este film trabajaría George Cukor, que tanto éxito consiguió con *Little Women* y *David Copperfield*, pero de pronto ha sido substituido por Clarence Brown. ¿Cómo es posible que el encargo haya recaído sobre Brown, a quien la Garbo no ha dirigido la palabra durante cuatro años?

Clarence Brown ha querido borrar todo equívoco.

«El motivo de nuestra ruptura—ha dicho—fué que Greta se negaba a aprender el inglés. El film hablado había hecho su aparición, y yo quería que ella hablase corrientemente. Hoy he cambiado de opinión. Greta Garbo tiene un acento agradable, y a mi regreso de Europa he comprendido que es la artista más formidable del mundo.

»Además, *Ana Karenina* es una obra digna de ser estudiada. De todos los films de Greta Garbo, el que más dinero dió fué la versión muda de esta misma película. Si nos aplicamos, la versión sonora puede tener el mismo éxito.»

Así, pues, la Garbo y Brown vuelven a trabajar juntos: sólo faltaba John Gilbert, pero parece ser que su anterior papel en *Ana Karenina* será representado esta vez por Frederic March.

## Marlene Dietrich y Joseph von Sternberg se separan

Marlene Dietrich, descubierta en Alemania por Joseph von Sternberg, debutó en un film de este director, «El ángel azul». Sternberg la llamó después a América y allí la hizo famosa.

Ahora parece que se rompe la colaboración profesional de estos dos artistas.

Aún no se sabe quién será el nuevo director de Marlene Dietrich, pero en las líneas siguientes explica la estrella alemana su separación

## M A L A C A

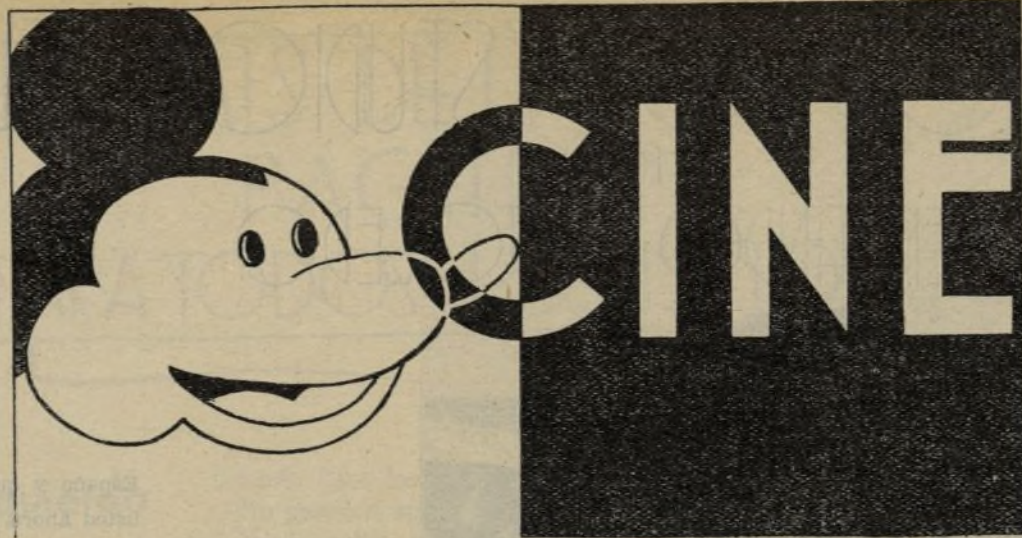


Una escena de la película documental próxima a estrenarse.

de von Sternberg y nos habla de cómo ve su porvenir cinematográfico.

«Ya no soy más la colaboradora de Von Sternberg. Voy a empezar un nuevo experimento. Antes había dejado siempre todas las iniciativas a la discreción de Sternberg, y no sé cuáles serán ahora los resultados artísticos de esta nueva era. Es von Sternberg el que ha querido que separásemos nuestras carreras, y no yo, que hubiese preferido continuar como hasta aquí. Quisiera hacer en lo sucesivo algo moderno y esperaba que Lubitsch se hubiese encargado de dirigir mis películas, pero desde que le han nombrado director de la Paramount he perdido toda esperanza. Aún no sé, pues, lo que haré, pero estoy segura de decirlo todo a mi vuelta de New York, a donde voy a despedir a mi marido, que marcha a Europa. Contrariamente a lo que se ha dicho, no he firmado ningún contrato de dos años con la Paramount, y si solamente para realizar dos films de dicha casa. Uno lo empezaré enseguida y el otro antes de finalizar el año. Entre los dos es posible que haga un viaje a Europa, y ése es el motivo de querer estar en libertad.

»Mucho se ha hablado de mi último film, «El diablo es mujer», y mucho se le ha criticado



P o r G A B R I E L G A R C I A E S P I N A

sin conocerle. Sternberg ensayó en él una técnica muy original.

»Vuelvo a repetir que es von Sternberg el que ha preferido nuestra separación, juzgándola necesaria, y quisiera que haya acertado. Estoy contenta de haber firmado un contrato que me concede privilegios extraordinarios, y es natural que el porvenir se me presente bajo los colores más gratos.»



CONTROL  
CINEMATOGRAFICO

- «ALTO» Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ «CUIDADO» Un film con determinadas debilidades artísticas.
- «SIGA» Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

⊕ *As de ases.*—Nada nuevo en films de aviación, donde ya se llegó antes de ahora a un límite difícilmente superable. Película bien realizada materialmente, a pesar de lo manido del tema, pero falsa de concepto y desagradable en su desarrollo íntimo. Richard Dix es lo mejor de la película, a pesar de lo ingrato y falso de su papel.

○ *María Luisa de Austria.*—Excelente film que nos trae de nuevo a la pantalla el arte inolvidable de Paula Wessey. Willy Forst, que fué su director en «Mascarada», la acompaña aquí como intérprete magnífico. Los decorados y el vestuario son de una admirable suntuosidad evocadora. Un solo pero: alguna lentitud en determinados momentos, bien disculpable ante la calidad total del film. Ha sido dirigido por Karl Hart.

● *En Capri nació un amor.*—Película mediocre en todas sus dimensiones. Es raro que Fitzmaurice, hombre de personalidad destacada en el campo de los realizadores norteamericanos, haya sufrido este tropezón en su carrera.

⊕ *Yo no quiero irme a la cama.*—Una película inglesa, cómica y regularcilla, toda ella desde el principio hasta el fin. Stanley Lupino y Polly Walker—sobre todo él—procuran por todos los medios hacer reír a la gente, y en algunas ocasiones lo consiguen.

⊕ *Se necesita un protector.*—Otro film de tono humorístico y con mejores perspectivas cinematográficas que el anterior. Se trata de un asunto desenvuelto y alegre que da lugar a situaciones de vodevil recogidas por la cámara con elogiada habilidad. Edmund Lowe es la figura principal de esta película, que sin grandes aciertos definitivos se ve con agrado.

○ *La familia lo desea.*—Renata Müller, la admirable estrella de «Guerra de Valses», trabaja en este film alemán acompañada de Adolf Wohlbruck, también intérprete de aquel gran film musical. El argumento de «La fa-

milia lo desea» es original y gracioso, y con sus ribetes de sátira para ciertas esferas encopetadas de la sociedad inglesa. Admirablemente reconstruidos los tipos—siempre vistos a través del prisma irónico—y bien llevada, en general, la película por Reinhold Lcheneusel, su realizador, el film es agradable de ver y divertido.

⊕ *Aprendió de los marinos.*—La marina norteamericana, una vez más sirviendo de vehículo espiritual a otro film «marinero» y entretenido, como casi todos sus predecesores del mismo tipo. Bien realizada la película por G. Marshall y bien interpretada por Alice Faye y Lew Ayres, y por Harry Green y Frank Mitchell—excelente pareja cómica—; la película es recomendable por su dinamismo y comicidad.

## NOTICIAS DE HOLLYWOOD

May Robson ha sido contratada para interpretar el papel principal de *Strangers All*, que Charles Vidor debe empezar a rodar en breve. En el resto de la distribución toman parte Preston Foster, Florine Mc Kinney y William Bakewell.

*Village Tale*, novela de Phil Strong, se está filmando actualmente. John Cromwell dirige la toma de vistas, con Kay Johnson y Randolph Scott en los papeles principales.

*Star of midnight*, el nuevo film que William Powell rueda actualmente bajo la dirección de Stephen Roberts, tiene la siguiente distribución: Ginger Rogers, Leslie Fenton, Gene Lockhart, Ralph Morgan y Russell Hopton.

## El mejor artista de New York

En un concurso—;cuanto les gustan los concursos a los americanos!—los críticos dramáticos de New York han designado los actores más notables de esta temporada teatral. Por unanimidad ha sido elegida Elisabeth Bergner. Katharine Cornell figura en segundo lugar. Pierre Fresnay va a la cabeza de todos sus compañeros del sexo masculino.

## El cinema en Alemania

Con gran reserva se están rodando actualmente los dos grandes films del año: *Juana de Arco* y *Mazurca*, ambos de Willy Forst. Algela Salloker, que hace el papel de la Doncella de Orleans, era desconocida por completo hace unos meses.

Igualmente en *Mazurca* veremos al lado de Pola Negri, en un papel muy importante, a Ingelberg Theek, una joven de diecisiete años que hasta ahora no había hecho cine.

El film del Congreso nazi de Nuremberg, realizado bajo la dirección de Leni Riefenthal, la heroína de *La luz azul* y amiga de Hitler, se presentará en breve en Berlín bajo el título: *El triunfo de la voluntad*. La cinta, llevada a cabo con el mayor esmero (sólo han conser-

vado 3.200 metros de película de 128.000). es esperada con impaciencia como la primera obra importante de propaganda hitleriana.

## El "Napoleón", de Abel Gance

No hacer más que una cosa, pero hacerla bien... Esa es la divisa de Abel Gance, que está terminando su versión sonora de *Napoleón*. Como todos saben, Abel Gance ha trabajado mucho en nuevos experimentos alrededor de la sonoridad cinematográfica y ha tenido la amabilidad de explicar en qué consistirá lo que él llama relieve sonoro.

—A fin de conseguir en ciertos casos efectos sonoros nuevos—nos dice—, introduciendo a los espectadores en la acción misma del film y creando de este modo una atmósfera que aumente su valor espectacular, haciéndole más verídico, es interesante asegurar la reproducción sonora por medios materiales que se añadan a las instalaciones normales existentes.

»Esto se consigue con el empleo de diferentes altavoces, situados en diversos sitios de la sala: por ejemplo, detrás de la pantalla, a los lados de la sala, sobre la pared del fondo, en el techo y en el suelo.

»Esos aparatos pueden funcionar individualmente, en series o simultáneamente. Tomemos como ejemplo un avión visible sobre la pantalla, que viene desde el infinito hasta un primer plano y que debe dar la impresión de que vuela sobre los espectadores. El ruido del motor, primero poco perceptible, se va amplificando hasta que el avión esté en primer término; luego el altavoz del techo reemplazará al de la pantalla y, finalmente, el de la pared del fondo substituirá al del techo. La sensación sonora del avión pasando por encima de la cabeza de los espectadores será entonces exacta a la realidad.

»El mando mecánico de este procedimiento es relativamente sencillo, y tengo una confianza absoluta en esta nueva perspectiva sonora; ciertos planos serán sugestivos únicamente por

## M A L A C A



Una escena de la película documental próxima a estrenarse.

el sonido y lejos de la imagen, que sólo servirá como punto de apoyo.»

## El film en colores

Hasta ahora el film en colores había sido intentado pocas veces y con gran discreción. Pero se ha creído bastante adelantado ya el nuevo procedimiento para ser probado en un film de envergadura, y aquí tenemos a «Becky Sharp», realizado desde el principio al fin en technicolor.

En realidad, los centros cinematográficos se sienten todavía escépticos y no demuestran un entusiasmo desbordante por el nuevo procedimiento. Primero, porque es mucho más caro. Los gastos de «Becky Sharp» alcanzan aproximadamente la suma de ochocientos mil dólares. Y, además, porque el nuevo sistema prohíbe casi por completo el trabajo en exteriores.

«Becky Sharp» ha sido cineografiado por entero en el estudio. Próximamente se ensayará el procedimiento al aire libre, pero es casi seguro que se necesitará reforzar la luz natural con ayuda de poderosos medios artificiales.

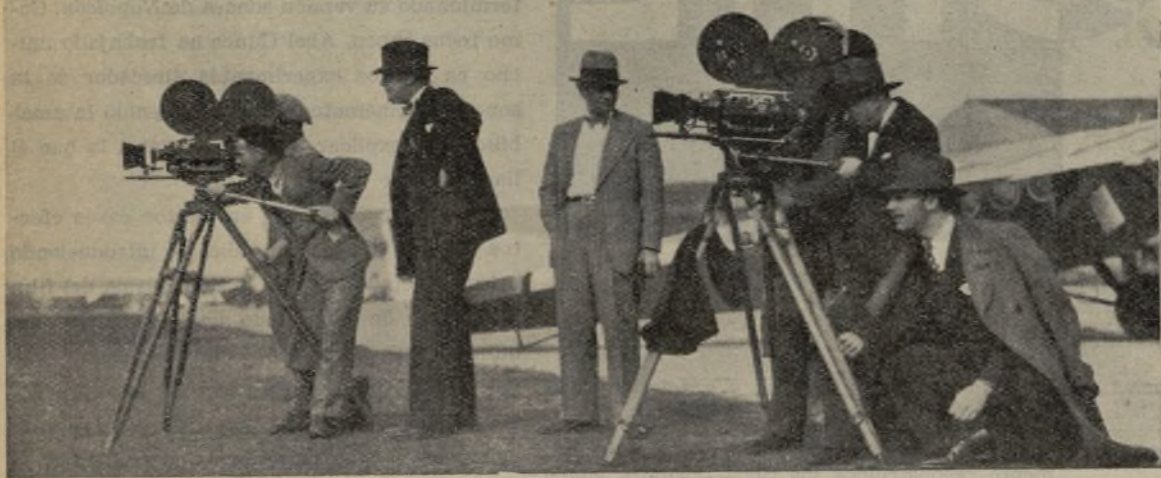
Rouben Mamoulian ha puesto la película en escena, lo que ya es una garantía.



# LUIS ALVAREZ POR LOS ESTUDIOS DEL MUNDO

## POR FERNANDO G. TOLEDO

EXCLUSIVO  
PARA "CIUDAD"



## LA ESCALERA AMOROSA

Son las siete de la mañana de un día típico de invierno parisino. Las calles, rezumando agua, reflejan la claridad gris de un cielo que no ha de brillantarse. La humedad invade implacable los miembros de la multitud de «extras» que se apretujan, en una mezcla de sensualidad y protección mutua contra el frío, a las puertas de los estudios de Pathé Nathan en Joinville.

Ellas son mujercitas jóvenes con fuertes colores naturales y restos en los ojos de los artificiales que usaron la noche anterior. El madrugón no les dejó tiempo para efectuar

las distintas compañías que se hallan en producción. Alvarez se ha quedado solo, desorientado, al encontrarse sin los amigos españoles que le proporcionaron el trabajo. No sabe qué es lo que debe de hacer ni dónde empezar a «maquillarse».

Se aventura por uno de los corredores y encuentra a su paso una mujercita de rasgos muy suaves y atrayentes, que le dirige una sonrisa. Animado por el gesto de ella, se acerca y repara en el traje que lleva de gitanilla andaluza. Los ojos de la mujer y los de Luis, en una larga mirada, se declaran sinceros su mutua simpatía y, entonces, Alvarez rompe el silencio y ruega:

—¿Podría usted decirme, señorita, en dónde se hallan los camerinos para los «extras»?

—¿Trabaja usted en la película española? Pues lo primero que debe hacer es recoger un traje español y luego yo le llevaré adonde pueda usted vestirse y pintarse.

—Este traje que llevo está hecho precisamente en Madrid. ¿No cree usted que podría pasar?

—¡Oh, no. *Mais non!* Tiene que ser verdaderamente español, como el que yo llevo... ¿Sabe usted?

—Sí, sí. Ya entiendo.

Con gran agradecimiento por parte de Alvarez, la señorita simpática le lleva al departamento de sastrería e inmediatamente se ve atendido por una gruesa mujer, que saluda con gran deferencia a su acompañante. Allí recogen un sombrero cordobés, una guayabera y unos pantalones muy estrechos. Firma un recibo por todo ello y regresan al punto de partida recorriendo los mismos complicados corredores, suben una escalera de caracol y, por fin, se detienen a la puerta de una magnífica habitación:

—¿Le gustaría a usted este camerino?

—Me parece que estos camerinos son, nada más, para las «vedettes». A mí no me corresponde esto...

—No sea usted niño. Entre y llámeme cuando se haya cambiado de ropa. Yo le ayudaré a «maquillarse»...

Ni corto ni perezoso, el español se despoja de su traje, lo dobla cuidadosamente y se viste con el traje andaluz campero. Seguidamente llama a su nueva amiga y la consulta...

—Usted perdone. ¿Cómo se llama usted?

—Gaby...

—Yo me llamo Luis. Pues bien, Gaby, ¿qué le parece mi traje?

—Encantador... Cuántas veces he soñado que estaba en

España y que un hombre moreno y ardiente, vestido como usted ahora, me declaraba su amor a la luz de la luna cantándome dulces sonatinas a la guitarra...

Gaby, entusiasmándose a sí misma, se acercaba a Luis con la esperanza de que la comprendiera mejor. Este contempló a la francesita romántica, de cuerpo chiquitín y blanquísimo, que tan espontáneamente declaraba su entusiasmo. Salvó lentamente la distancia que los separaba para acariciar con sus labios aquellos otros jugosos y gordezuelos, que parecían pronunciar una eterna «u».

El resto de los «extras» españoles se hallaba en el patio esperando órdenes y comentando el retraso de Alvarez, que no había sido visto en el camerino «general» de figurantes. La intranquilidad de los compañeros llegaba al límite, cuando le vieron llegar muy ufano y sonriente, perfectamente vestido y pintado a pesar de su inexperiencia.

—Pero, ¿de dónde sales?

—¡Pues ya lo veis..., del camerino!

—¿Qué camerino?

—Ah, no sé. Una muchachita, llamada Gaby, me dijo que podía utilizar su camerino, y así lo hice. Tenía teléfono, baño y, sobre todo, calefacción...



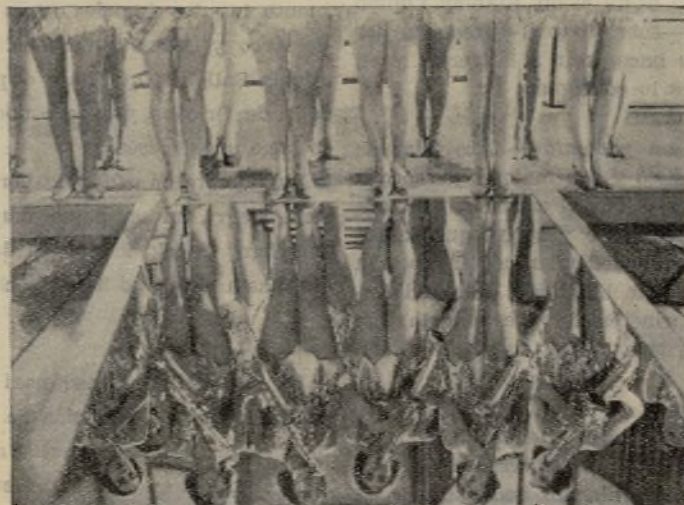
...un patio inmenso en el que desembocan incontables corredores...

un lavado a conciencia. La vaselina que más tarde emplearán en el estudio sabrá borrar el rimel y las sombras que fueron usados el día antes. Los vestidos semiabrochados al costado, y las medias en retorcimiento de columnas churriguerescas, reflejan claramente los pocos minutos que se utilizaron para su arreglo.

Los hombres, con las caras llenas de desolladuras—huella sangrienta de la máquina de afeitar—y los cordones de los zapatos arrastrando, apuran con ansia los cigarrillos que encendieron después del rápido café con «croissants», que fué su desayuno.

En Pathé Nathan se necesita un gran número de «extras» para una cinta de ambiente español. Luis Alvarez se encuentra entre ellos.

Después de media hora de espera en las verjas de aquel palacio de las ilusiones, se abre una pequeña puerta y, mediante la exhibición de los despachos que les citaron a trabajar, se les da acceso, uno a uno, al patio inmenso, en donde desembocan incontables corredores y por los que van desapareciendo, algunos rápidamente, otros con lentitud, en dirección a los diferentes departamentos correspondientes a



...a cuál de ellas ayudaría a triunfar?



—Tiene que ser un traje verdaderamente español, como el mío... ¿Sabe usted?

—¡Anda! ¿Tú sabes en dónde te has metido? ¡Pues en el camerino de Gaby Dally, amigueta del director Benoist y estrella de la cinta! De modo que si éste ve algo sospechoso has terminado de entrar por Pathé Nathan...

Pero no sucedió así. Durante todo el día Gaby no apartaba su mirada de Luis, y el director no quitó la vista de ella. Era una cadena de miradas, porque Luis no quitó sus ojos del director. Al finalizar el trabajo, Luis fué presentado y recomendado cálidamente a la sección correspondiente. Su trabajo en Pathé estaba bien garantizado.

Horas después, pensando en su habitación, creyó descifrar una terrible verdad—base del triunfo en el cine, y vió los peldaños, alegres o amargos, que debían escalar—muchas veces—para llegar a la meta codiciada. En ellos quedaban adheridas—casi siempre—las mejores cualidades morales de cada uno...

Gaby llegó a estrella protegida por Benoist...

Alvarez trabajaría mucho gracias a Gaby...

Aspiró Luis alegremente la última bocanada de su pipa y, soltando una carcajada, pleno de euforia, pensó a cuál de sus amiguitas ayudaría a subir...



# EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



## Se necesita un extremo izquierdo

Por EDUARDO DALE

(Continuación)

Estaba poniéndose el cuello, cuando González apareció en la puerta con la pelota bajo el brazo.

—Peralta—dijo—, ¿no perteneciste al equipo de Estudiantes?

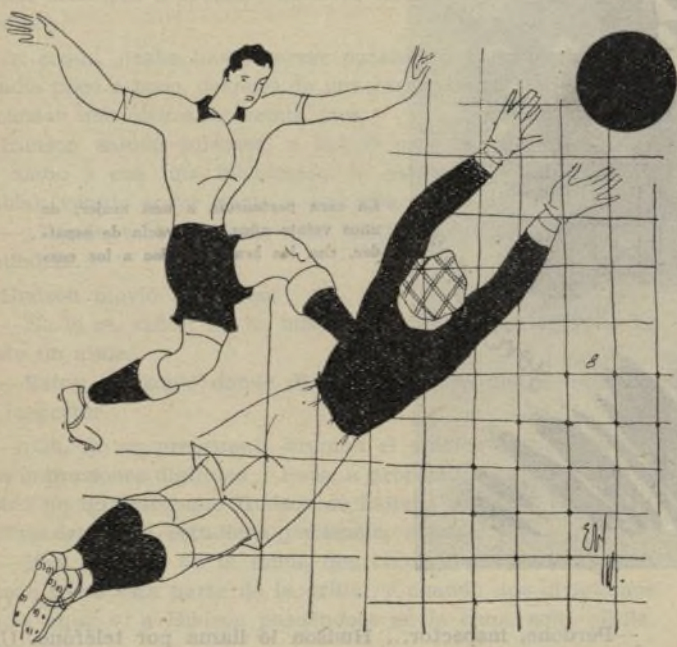
Paco asintió con la cabeza.

—Les falta un hombre. ¿Quieres reemplazarle? Total, es un partido amistoso y no hay inconveniente en que lo hagas. Necesitan un extremo izquierdo.

Francisco sólo dudó un segundo.

—Sí—repuso—. Jugaré con ellos.

Moreno y Rojo cambiaron una mirada de desesperación. Tuvieron el presentimiento de que su broma



de Inocentes no alcanzaría el éxito que habían esperado.

### Triunfo.

No cabía duda de que el plan de Moreno se venía abajo. Había enviado la tarjeta para burlarse de Paco; pero ahora, en el campo, éste se burlaba de él, haciendo pasar la pelota bajo sus propias narices cuantas veces quería.

Los Estudiantes, al ver la habilidad de su extremo izquierdo, le mandaban el balón en todas las oportunidades posibles, y Francisco realizaba tales maravillas, que aunque en el primer tiempo no se marcó ningún gol, la pelota estuvo más cerca del marco de los Azuleños que de los pies de sus delanteros.

Vino el descanso, después de fatigosos cuarenta y cinco minutos de juego, y el único tema de conversación entre los Azuleños era el magnífico extremo que habían prestado al "team" opuesto.

González se volvió a Moreno con una expresión de cólera:

—Si ese es el concepto que tienes de un muchacho egoísta, vanidoso y chambón, preferiría que no volvieres a opinar en el Comité.

—¡Oh!—repuso el otro—. Déjale por mi cuenta. Como es de los nuestros, no he querido avergonzarle; pero ahora verás.

Sonó el pito del "referee", y mientras los jugadores ocupaban sus posiciones, Valentín se acercó a su compañero:

—La hemos hecho buena—dijo.

—¿Cómo iba yo a imaginarme que les faltaría un hombre a los Estudiantes?

—Bueno, por amor de Dios, haz algo. Todo el tiempo ha estado paseándose alrededor tuyo. Si no anulas su juego le pondrán en el equipo del sábado, y yo tendré que irme al África.

—No te preocupes; ya le quitaré las ganas de presumir.

Cuando Paco los vió juntos se sonrió interiormente.

—No parecen muy alegres—murmuró entre sí—. El tiro les ha salido por la culata.

Volvió a sonar el pito, y la pelota fué puesta en movimiento. El delantero centro la pasó al extremo izquierdo. De acuerdo con las instrucciones recibidas durante el descanso, los Estudiantes tendrán que facilitar el juego de Peralta. Este se lanzó tras el balón como una flecha. Moreno corrió a interponerse y Paco alargó el paso. Cuando el primero llegó a la pelota, el pie de Paco surgió no se sabe de dónde, y el hercúleo puntapié de aquél fué a dar en el vacío.

—¡Bien jugado, Paco!—gritó el capitán de su equipo.

Peralta corría mientras tanto hacia el córner. Iba tan rápido, que había dejado atrás a sus propios delanteros. El zaguero se precipitó a su encuentro. Paco balanceó la pierna izquierda como para centrar, pero antes de que el zaguero pudiera alcanzarlo, apoyó la izquierda en el suelo, y con el pie derecho llevó la pelota varios metros más adelante.

—¡Chuta, hombre, chuta ahora!—gritó su capitán.

Pero Peralta tenía tiempo. El gol era ya inevitable, y quería llevar la pelota más cerca del marco, para que el ángulo de su "shot" no fuese tan agudo.

De súbito oyó un grito:

—¡Cuidado!

Con el raballo del ojo vió que Moreno corría detrás de él, el rostro todo convulsionado de rabia.

Tranquilamente se detuvo, y ¡paf!, la pelota partió como una bala de cañón. El portero trató de detenerla. La rozó con los dedos, pero el balón, que venía muy alto, hundiéndose en la red con la velocidad de un tren expreso. Se oyó una salva de aplausos, y en el mismo momento el hombro de Moreno le pegó en la espalda y le arrojó al suelo, falto de respiración. Lo vió todo negro, y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí oyó la voz del "referee":

—Moreno, váyase del campo enseguida. Jamás he visto un "foul" más intencionado. A consecuencia del "foul", Peralta quedó anulado para el resto del juego, y el "match" terminó empatado a uno.

Después, en el cuarto de vestir, González se aproximó a Peralta.

—¿Qué tal ese hombro?—le preguntó ansiosamente.

—Está mejor. No me hizo mucho daño.

—Trata de curarte para el sábado. Serás nuestro extremo izquierdo en el "match" de la Liga.

Los ojos de Paco brillaron de alegría:

—¿Será posible? ¿Crees que sirvo?

—¿Si sirves? Hace tiempo ya que deberías estar en primera división.

El "futballer" sentía ganas de cantar. Había triunfado en toda la línea. Podría intervenir en un partido de la categoría máxima.

### La lucha por el campeonato.

—Oye, Valentín, fastídiame todo lo que puedas. No le facilites el juego. Mira que es nuestra última oportunidad.

Era el sábado a la tarde. Rojo llevaba su camiseta a rayas, pero Moreno estaba en traje de calle. Hoy sería un simple espectador. A causa del "foul" le habían suspendido por un mes.

Ensombrecido y furioso dirigióse hacia las tribunas. Allí se encontró con el padre de Peralta.

—¡Hola, Moreno! ¿No juega? ¿Qué le pasa?

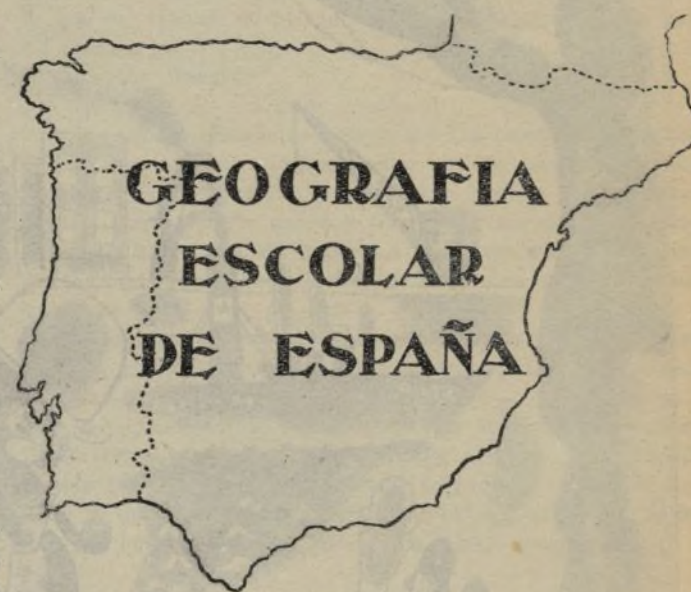
—Me lastimé en la rodilla el jueves—mintió el interpelado.

En el Club no se divulgaban los castigos impuestos a sus miembros. De ahí que Moreno pudiese mentir a sus anchas.

—¿Por qué no ganaron a los Estudiantes?—siguió el señor Peralta—. ¿Cómo jugó Paco?

Moreno dudó un momento. Una sonrisa astuta dilató sus labios.

—Para decirle la verdad, señor Peralta, si no hubiera sido por él hubiéramos ganado. ¿Pero no le hablé Paco del "match"?



(Continuación)

### León

León es una provincia cuya parte occidental es montañosa y muy fértil; cosecha cereales, vino, aceite en abundancia; la parte meridional tiene extensas y feraces planicies que rinden gran cantidad de cereales y legumbres, lino y vinos; en el centro posee fértiles vegas. Sus principales poblaciones son: la capital, con magníficos monumentos; Astorga, Ponferrada, Sahagún, Villafranca del Bierzo, etc.

### Zamora

Zamora es provincia muy montañosa y de las más fértiles, pues produce vino abundante y superior, muchos cereales, lino, patatas, los mejores garbanzos y muchísimos pastos. Sus principales poblaciones son: la capital, la monumental y bella ciudad de Toro, Benavente, Alcañices, Fuentesaúco, célebre por sus garbanzos, etc.

### Salamanca

Salamanca es provincia de suelo muy feraz y abundante en aguas medicinales; posee bastante industria, como las bayetas, mantas y jergas de Ledesma y los celebrados paños de Béjar; cosecha abundantes vinos, aceites y cereales. Son poblaciones notables: la capital, notable por sus monumentos, antigua Universidad y bella plaza Mayor; Ciudad Rodrigo, Béjar, Alba de Tormes, con el sepulcro de Santa Teresa, etc.

### Valladolid

Valladolid es una provincia constituida por una gran llanura de tierras feracísimas, apta para toda clase de cereales, legumbres, lino, cáñamo, vinos, numerosos ganados; también desarrolla industrias importantes. Sus principales poblaciones son: la capital, notable por numerosos y valiosos monumentos, entre ellos el patio de San Gregorio; Medina del Campo, Medina de Ríoseco, Peñafiel, Simancas, Tordesillas, etc.

### Palencia

Palencia es una provincia agrícola que tiene una parte montañosa y otra de extensa planicie muy fértil, llamadas Tierras de Campos, verdadero granero de Castilla, regado por el Canal de Castilla. Sus industrias principales son la fabricación de harina y mantas de lana; tiene como poblaciones notables: la capital, Dueñas, Saldaña, Carrión de los Condes, Paredes de Nava, etc.

León.—*Notas históricas.*—En tiempos de Fernando III se unen las Coronas de León y Castilla (1230). Alfonso III, en 883, conquista a los moros la ciudad de Zamora, Alfonso IX (1188-1230) funda la Universidad de Salamanca. En 1521, en el pueblecito de Villalar (Valladolid) son vencidos y decapitados los patriotas castellanos Padilla, Bravo y Maldonado. En 1506, Cristóbal Colón muere pobremente en Valladolid.

(Continuará)

Ayuntamiento de Madrid

(Concluirá en el número próximo)





ILUSTRACIONES

DE

GORI MUÑOZ

La cara pertenecía a una mujer, de unos veinte años, que yacía de espaldas, con los brazos caídos a los costados.

## EL CRIMEN DEL PUENTE

Por W. ENGLISH

El timbre del teléfono quebró de pronto el silencio; el inspector Saunders descolgó el receptor:

—¡Hola!...—llamó, colocando ante él un lápiz y una hoja del bloc.

—¿Con la estación de Policía?—dijo la voz.

—Sí. Habla el inspector Saunders. ¿Con quién hablo yo?

—Le llamo desde el teléfono público de Moss Lane, cerca del paseo de Bodden—fué la respuesta.

El inspector dedujo que aquella voz pertenecía a una persona débil y joven. Las palabras llegaban entrecortadas, y había pánico en el acento, cuando la voz gritó:

—¡Por amor de Dios! ¡Envíen a alguien!

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó el inspector.

—Yo... yo... no lo sé con certeza..., pero debe ser suicidio o crimen.

—¿Y dónde?

—Aquí mismo, en la orilla del río, por el puente Bodden. ¡Oh Dios mío! ¡Qué espectáculo!

—¿Usted ha visto el cadáver?—urgió el inspector, como su interlocutor hiciese una pausa.

La única respuesta fué un gemido.

—Vamos—dijo el inspector severamente—. Haga un esfuerzo, y dígame todo lo que sabe. ¿Quién es usted y qué ha visto?

—Bueno... Yo iba hace pocos minutos por el paseo de Bodden—comenzó la voz, hablando con esfuerzo—, y al llegar al río, comencé a trepar por la barranca.

Nuevo silencio.

—¿Y qué más?—preguntó el inspector.

—Me... me hallaba a mitad del camino—prosiguió el otro—, cuando... cuando vi, surgiendo del césped, en lo más alto de la barranca... ¡una cara!... Una cara horrible, blanca, muerta, que me miraba con fijeza. ¡Espantosa!...

La voz hizo otra pausa, y todo lo que pudo oír el inspector fué una respiración entrecortada y otros ruidos, como si hubiese una lucha en el puesto telefónico.

—¡Hola, hola!... ¿Está usted allí?

No recibió respuesta.

—¡Hola!—llamó nuevamente—. Oiga: estaremos con usted dentro de pocos minutos. Espérenos en la casilla del teléfono.

Tuvo la impresión de que alguien trataba de hablar; pero sólo oyó una serie de gemidos. De pronto, varios ruidos, en rápida sucesión, y luego, un silencio completo.

—¡Hola, hola! ¿Central? ¿Qué ocurre en el extremo de esta línea? No recibo contestación.

El operador repuso:

—Estoy llamando, pero no contestan. El receptor está descolgado.

—Me imaginé eso. ¿Puede usted comunicarme de nuevo, si llegan a llamar?

Y echando una mirada a la hoja del bloc, exclamó:

—¡Diablos! Después de todo, no conseguí el nombre de ese tipo...

Apretó un botón y, casi inmediatamente, entró un sargento.

—Barnés, dígame a Williams que traiga el coche enseguida. Telefónele después al doctor Mac Crae y dígame que pasará a buscarle dentro de dos minutos para un asunto de suicidio o crimen cerca de Moss Lane. Llame a la ambulancia y avísele que recorra Moss Lane hasta el paseo de Bodden. Haré que alguien la espere allí.

El sargento abandonó la habitación. El inspector volvió a tomar el receptor.

—¿Central? ¿Sigue descolgado el tubo, eh? Bueno. Si llegan a hablar, tome nota, por favor, y me avisa inmediatamente. Hasta luego.

Colgó el tubo, y medio minuto después volvió a llamar:

—¿Johnson? Habla Saunders. ¿Puede estar listo dentro de cinco minutos con la cámara fotográfica? Bien. ¿Magnesio? No; al aire libre... Pasaré a buscarle. Cuando nos veamos le daré más detalles.

Poco después el inspector Saunders trepaba al coche policiaco ante la estación. En ese momento, Barnes se le acercó corriendo:

—Perdone, inspector... Hudson lo llama por teléfono. Urgente, señor...

Saunders volvió a entrar en su despacho.

—¡Hola!...—y oyó la voz de Hudson, el policeman.

—¿Es usted, inspector? Acabo de recibir un mensaje de que ha sido encontrado el cuerpo de una mujer cerca del puente Bodden.

—¿Quién se lo dijo?

—Una muchacha, señor... Jennie Hall. Me encontraba yo en la parada y ella se acercó en su bicicleta. Me dijo que acababa de ver a un hombre joven, desmayado, cerca del paseo de Bodden. Cuando ella lo interrogó, el joven le dijo no sé qué respecto de un cadáver cerca del puente de Bodden. Le hablo desde un café, señor, y le rogaría que viniese lo más pronto posible. Me dirijo inmediatamente al lugar del hecho.

—Bien, Hudson. Estaré allí dentro de pocos minutos. En realidad, ya he oído algo sobre lo que me dice. Me avisaron por teléfono... y supongo que será el mismo tipo a quien vió la muchacha ésa. Apúrese, Hudson, y trate de ver a ese joven. No toque nada hasta que yo llegue, y no deje acercarse a nadie.

Faltaba poco para las nueve de la mañana, cuando el coche policiaco se detuvo ante la casilla telefónica de Moss Lane. La calle estaba desierta. A uno y otro lado, setos y campos. La casilla había sido instalada en aquel lugar solitario no sólo para el servicio de las casas que podían verse por allí, junto al camino, sino también para algunas viviendas más alejadas.

El inspector Saunders consultó su reloj al bajar del vehículo.

—Han transcurrido justamente doce minutos desde que recibí esa llamada telefónica.

Examinaron la casilla. La puerta hallábase abierta y el receptor estaba descolgado aún. El inspector volvió al chofer.

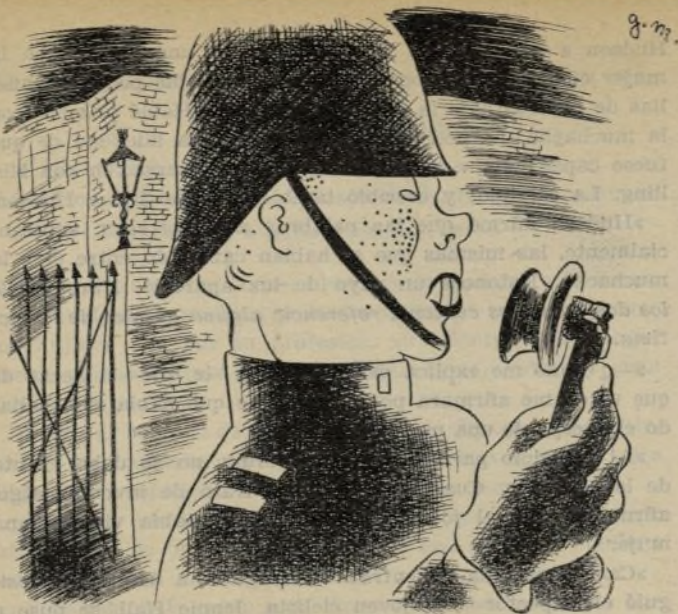
—Quédese aquí, Williams, y no permita que se acerque nadie. Quiero tomar algunas impresiones digitales.

—Bien, señor.

—¿Y para qué necesita usted impresiones digitales de su informante?—preguntó el doctor. Mac Crae y Saunders eran viejos amigos y habían trabajado juntos en muchos casos del distrito. El doctor gustaba, sobre todo, de contrariar los razonamientos y las deducciones de Saunders.

—Porque—replicó el inspector—, cuando no doy con un hombre, trato de conseguir sus impresiones digitales.





—Pero ese hombre estará con Hudson... Usted me dijo que Hudson pudo encontrarse aquí antes que usted.

—Nada indica que esté con Hudson—repuso el inspector—. Y hasta que yo no me cerciore de eso, prefiero conservar las impresiones digitales.

El médico esperó que su amigo le dijese las razones que tenía para suponer que el misterioso informante había desaparecido. Pero Saunders calló.

Volvieron a ponerse en marcha, seguidos por el fotógrafo, a través de un campo desnudo, hacia el río, cuyas altas barrancas podían divisarse desde allí.

Cuando se acercaban al río, notaron que la senda formaba una curva junto a un bosquecillo y que éste obstruía la visibilidad de una porción de la ribera. Fué en ese mismo lugar donde divisaron a Hudson, inmóvil, contra el cielo azul de la mañana.

La senda giraba hasta correr paralela a la orilla, que ascendía poco a poco, después de una escarpadura inicial, hasta alcanzar una altura de veinte pies.

Hudson saludó solemne, e indicó con un movimiento de la mano y con una inclinación de cabeza que lo que ellos habían venido a ver yacía a sus pies.

—¿Dónde está el joven que halló el cuerpo?—preguntó Saunders.

Hudson movió la cabeza.

—No lo sé, señor. Le he buscado por todas partes y no he visto un alma.

—Estoy pensando dónde diablos se habrá metido—musitó el inspector.

—¡Oh, no se preocupe!—bromeó el médico—. Usted tiene sus impresiones digitales... Pero, a propósito... Apostaría que usted no ignoraba que Hudson se hallaba solo...

Saunders, con estudiada paciencia, repuso:

—Hay un sitio de la senda que recorrimos, desde el cual puede verse esta parte de la orilla; y cuando nos dirigíamos hacia aquí, vi a Hudson paseándose en la cima, solo. ¡Hola, mire!

E indicó unas huellas de pasos en la arcilla del terraplén.

—Son recientes—indicó—. Toda la arcilla alrededor está seca y dura, mientras que estas marcas aparecen húmedas.

Junto a las pisadas del inspector, las otras parecían pequeñas y estrechas; pero todas mostraban la humedad de la arcilla.

—Esto aclara el asunto del joven que le telefoneó a usted—observó el médico.

Saunders asintió. Luego comenzó a subir por el terraplén, a una yarda a la izquierda de las huellas. De pronto se detuvo, y los dos hombres que estaban abajo le vieron ponerse rígido.

—¡Dios mío!—exclamó, respirando con dificultad y conservando la cara vuelta a la cima de la barranca.

El doctor se le acercó corriendo y miró también.

Desde la senda de abajo no habían podido ver la loma que formaba la cúspide del terraplén; pero después de haber ascendido por lo más escarpado de la pendiente, el doctor pudo observar que la loma estaba cubierta con un césped alto que terminaba en un lugar donde la orilla parecía haber sido desmontada recientemente.

Surgiendo del césped alto y suspendida sobre la orilla había una cara humana.

La impresión de Saunders y el médico se intensificó por la circunstancia de que, en la posición en que se hallaban, el objeto se les aparecía como una cabeza sin cuerpo. La barba de aquella cara estaba vuelta hacia arriba, formando un punto inmóvil, en contraste con la movediza superficie del césped.

Pero lo más extraordinario de aquel rostro era la expresión. Tenía la boca entreabierta y los ojos, fijos, enormes. El cutis mostraba unas manchas raras, y los cabellos formaban una mancha negra en la arcilla.

El doctor Mac Crea fué el primero en hablar:

—¿Qué cosa horrible! Así se explica que el joven estuviese nervioso...

Saunders no contestó. Contemplaba, abstraído, las huellas de pasos en el terraplén. El doctor, ágilmente, ascendió hasta la cúspide y se arrodilló junto a la cara. Desde allí, el *policeman*, en lo más alto, se les aparecía como un gigante.

Saunders siguió con lentitud al doctor y llamó a Johnson.

para que subiese con su cámara. El fotógrafo resolvió seguir la pendiente más suave, de la senda al puente, para llegar desde allí a la cima de la ribera.

Al alcanzar la cúspide, Saunders echó una rápida mirada a la cara, medio escondida entre el césped. Luego examinó cuidadosamente el terreno circundante. Por fin, contempló todo el paisaje.

La orilla descendía gradualmente hasta el agua unos treinta pies. A la derecha estaba el puente Bodden, una desvencijada construcción de madera; a la izquierda, el río hacía una curva, desapareciendo. La ribera opuesta también se elevaba sobre la región vecina.

Saunders volvió al *policeman*, que permanecía de pie junto al cadáver:

—¿Encontró algo, Hudson?—le preguntó.

—No, señor, nada. Ni señales de lucha. El césped no está pisoteado.

—Es cierto—dijo Saunders—. Y si el asesino llegó a la ribera por el puente y se volvió de la misma manera, no hay esperanzas de encontrar huellas de pasos en ninguna parte por aquí. ¿Y, doctor...?

—Estrangulación. ¿Ve estas marcas en el cuello? Producidas por los dedos.

Y Saunders observó:

—Con el peso de la cabeza, se ha desprendido de la orilla un poco de tierra. Por eso, la cabeza cuelga al revés.

La cara pertenecía a una mujer, de unos veinte años, que yacía de espaldas, con los brazos caídos a los costados. Llevaba un vestido negro. No había rastros de bolso ni de sombrero. Encontraron una bolsita en un bolsillo con algunas monedas y un pañuelo.

Ni anillos ni joyas de ninguna clase. Las manos, muy descuidadas... Afirmaría que era una sirvienta... Oiga, Johnson, tome una *foto* directa, otra de cada lado y, por fin, una del rostro, invertido, tal cual puede verlo quien suba por la pendiente.

En ese momento, una figura apareció. Era el hombre de la ambulancia.

—Cuando Johnson termine—ordenó Saunders—, arregle el cuerpo, Hudson, para que se lo lleven.

—Bien, señor—repuso el *policeman*.

Saunders volvió entonces al río, mirando primero en una dirección y luego en otra.

—¿Dónde se habrá metido nuestro informante?—murmuró—. ¿Qué le parece, doctor?

—Diría que es un tipo nervioso—contestó Mac Crea—. Apparently, sufrió un ataque en la casilla, mientras hablaba con usted; luego se repuso, y ahora estará por ahí, con un susto hábralo.

—¿Y si alguien le dió un golpe en la cabeza mientras telefoneaba? No olvide que oí un ruido raro...

—Si hubiese sido atacado, se lo hubiera dicho a esa muchacha ciclista cuando ésta le encontró.

—Posiblemente—admitió Saunders—. Hay además otra alternativa: que el joven sea el criminal y que, con toda sencillez, se haya fugado.

—¿Avisando primero a la Policía? ¡Vamos!—observó el doctor.

—No sería la primera vez que un criminal informa a la Policía del descubrimiento del cadáver—dijo Saunders con un tono de leve superioridad en la voz—. Es una treta para que no les sigan el rastro enseguida, por lo menos. El joven pudo abrigar esa idea; y, en el momento de telefonear, le dió miedo. De todos modos, sea él el asesino o no, sabemos bastante a su respecto. Se trata de un hombre pequeño, de constitución débil. Así lo indican las pisadas, chicas y poco acentuadas, y, en cuanto a la estatura, la disposición del teléfono en la casilla...

Saunders miró una vez más la lejanía. Luego volvió los ojos hacia el río, que corría debajo.

—Vamos, doctor—dijo de pronto—. A lo mejor encontramos algo allí. Vea. Apenas hay agua en ese cauce, que en verano parece un torrente.

Al llegar al borde del agua, Saunders comenzó por examinar el terreno, siguiendo el lecho del río en ambas direcciones en un corto trecho.

—¿Buscando impresiones de pies, inspector?

Saunders asintió:

—¿Notó usted esas decoloraciones en el rostro de la mujer?—preguntó.

—Sí. Han sido causadas por el polvo, la pintura de los labios y cosas por el estilo, que le embadurnaron el rostro.

—¿Y cómo se lo embadurnaron?—preguntó Saunders—. Anoche no llovió; ni siquiera hubo rocío... Las ropas están enteramente secas. Hay una sola explicación: esas manchas han sido producidas por alguien que trató de hacer revivir a la muchacha mojóndole la cara con un trapo... probablemente con un pañuelo. Y el que lo hizo, bajó hasta aquí en busca de agua, porque en el rostro había un poco de arena.

—¿Y quién se imagina usted que trató de reanimarla?—interrogó el médico.

—El criminal. El ataque debió ser repentino..., un impulso, un acceso de rabia... seguido de la súbita comprensión del hecho consumado y de desesperados esfuerzos para salvar a la víctima. ¡Mire! Aquí tiene mi pisada. Estas arenas son especiales para conservar las huellas.

Y, mientras examinaban el rastro, Saunders lanzó una exclamación:

—¿Qué significa eso?

Y señaló una piedra redondeada, medio hundida en la arena,

a un paso de la huella que Saunders había hecho con sus zapatos, enormes.

—¿Ve esa piedra, doctor? Está mojada. ¿Y cómo está mojada? Le dije ya que no llovió anoche ni hubo rocío siquiera. Todas las demás piedras están secas.

—¿Y usted supone—preguntó Mac Crea, con asombro—que alguien sacó esa piedra del río y la puso aquí... hace menos de media hora?

—Esta piedra—declaró Saunders con gravedad—fué puesta aquí para cubrir la huella que estamos buscando. Mire.

Levantó la piedra cuidadosamente, dejando al descubierto una impresión en la arena que no era la que correspondía a una piedra.

—Está más claro que el agua—prosiguió el inspector—. Alguien creyó poder borrar rápidamente la huella mojando la piedra en el agua y apretándola contra el suelo. Se dió cuenta de que ese trabajo no podría realizarlo alisando la arena con las manos.

El doctor observó:

—La huella no era muy grande...

—Sí—agregó Saunders—. Sé lo que iba usted a decir. Esta piedra podría cubrir perfectamente una de esas huellas que vimos antes en la ribera, y que fueron hechas, según presumimos, por el joven que me telefoneó—Saunders hizo una pausa—. Si yo pudiera hacerle a ese joven una o dos preguntas nada más, pronto descubriría si estas huellas son suyas o no...

Al doctor le pareció absurda semejante afirmación, y se disponía a hablar, cuando el inspector le tomó de un brazo.

—Hay alguien en el puente—murmuró—. No, no mire... Por los signos, se me ocurre que es el joven que buscamos. Puedo verle bien... Parece nervioso y agitado. Tiene arcilla en los pantalones. Acérquemonos despacio... o lo perdemos. Y quiero pedirle un favor, doctor... Cuando yo hable con ese hombre, no me interrumpa... ¿De acuerdo?

Comenzaron a recorrer la ribera diagonalmente hacia el puente; y cuando estuvieron cerca, el médico notó que el desconocido era un hombre joven, muy delgado, pálido y con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Buenos días—le dijo el inspector al llegar—. Soy Saunders, de la Policía. Usted me telefoneó a la estación hace una media hora, ¿verdad?

El otro asintió.

—¿Cómo se llama usted?

—John Melling.

—¿Dirección?

—Cannon Street, 47.

—Bien. ¿Por qué dejó usted el teléfono tan... repentinamente?

—Estaba a punto de desmayarme.

—¿Y dónde se hallaba usted hasta ese momento?

—No sabría decírselo, señor. Creo que andaba paseando... por cualquier parte.

—¿Pero no recuerda nada de lo que hizo o de lo que ocurrió?

—No mucho. Me veo sentado en el camino; llega una muchacha y me pregunta qué me pasa. Trato de decírselo, y luego, todas las cosas se me confunden, como si estuviera soñando.

—¿Qué más?

—Me levanto y, poco a poco, se me aclara la cabeza. Me acuerdo de telefonear a la Policía...

Se estremeció violentamente:

—¡Pero yo no quiero ver esa cara otra vez!

—Ni hace falta, Melling—respondió Saunders—. Pero, dígame: cuando usted vió la cara, ¿se volvió atrás enseguida?

—Sí.

—¿No llegó hasta la cima de la barranca?

—¿De ninguna manera! Salí corriendo a toda marcha.

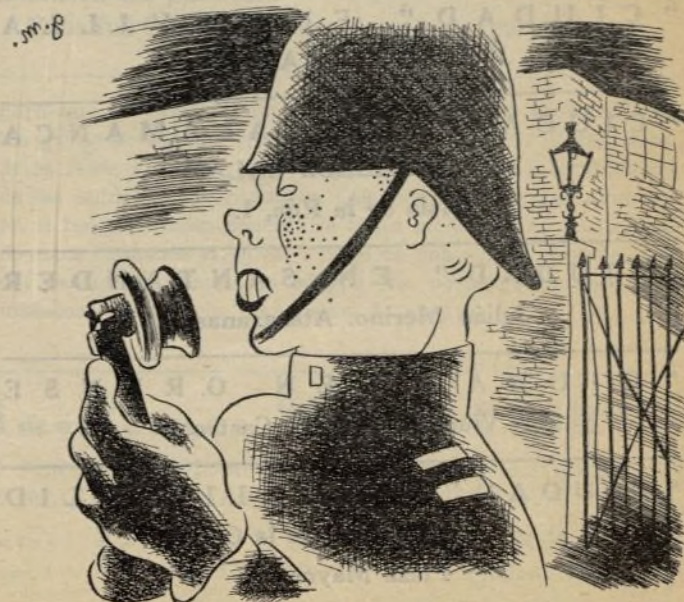
—¿Y adónde se dirigía usted por estos lugares?

—Me levanté temprano para buscar trabajo en Tipton. Leí un anuncio, y temía perderlo si llegaba tarde.

—Poca suerte ha tenido, Melling... Ya veremos lo que se puede hacer por usted más adelante. Y dígame..., ¿usted tiene buena memoria?

El joven se quedó perplejo ante aquella pregunta inesperada:

(Continúa en la página siguiente.)





—Regular—repuso, poniéndose en guardia.  
—Y entonces, ¿por qué ha hecho un nudo en su pañuelo?  
—insistió el inspector.  
—Yo... yo...—y comenzó a buscar su pañuelo, lanzando exclamaciones de impaciencia al no encontrarlo en los distintos bolsillos. Por fin, movió la cabeza y miró a Saunders:  
—No llevo pañuelo, señor. Me he olvidado de sacar uno esta mañana...  
—¿Está usted seguro, Melling?—preguntó el inspector con severidad.  
—Ya me ha visto buscándolo, señor... Por otra parte, si usted dice que tiene un nudo hecho por mí, dígame en qué bolsillo lo he puesto. Y le advierto que en mi vida he hecho un nudo en un pañuelo.

—Usted llevaba un pañuelo la noche pasada, ¿verdad?—interrogó Saunders—. ¿Qué hizo de él?  
—Sí... Reconozco que tenía uno...—y mirando, desafiante, al inspector—: ¿A qué vienen esas preguntas? No pretenderá usted que yo..., yo fui...

E indicó el grupo de figuras a la distancia. Saunders creyó ver un cambio en los ojos azules del muchacho.

—Ni se me ocurre semejante cosa—aseguró el inspector—. Dígame, ahora... ¿Conoce usted a la persona que yace muerta allá arriba?

Melling movió la cabeza, un poco dubitativamente, al parecer:

—No—repuso—. Creo que no... Pero no podría jurarlo, porque, como ya se lo he dicho, la cara estaba vuelta hacia atrás cuando yo la vi.

La siguiente pregunta de Saunders asombró tanto al doctor Mac Crae, que estuvo a punto de olvidarse de la advertencia preliminar que le había hecho Saunders.

—De manera, Melling, que usted no puede decirnos si ha visto a ese hombre antes... No puede asegurar, por ejemplo, si es un hombre de por aquí...

—No—repuso el joven—. No puedo decir con seguridad si he visto antes a ese hombre o no.

El médico examinaba a los dos interlocutores con asombro. Saunders no pareció sorprendido de la respuesta y no había cambio alguno en la expresión del joven. Este tomó la pregunta, extraña y todo, como una pregunta normal, y le dió, en apariencia, una respuesta también normal.

De pronto, la expresión de Melling cambió. Mac Crae se dió vuelta. Tres hombres se acercaban a ellos con lentitud. Hudson al frente; el hombre de la ambulancia, después, y, entre los dos, el cuerpo en la angarilla. El fotógrafo los seguía.

—Dije ya...—balbució Melling—que no quería ver de nuevo esa cara...

—Y no la verá, Melling—repuso Saunders—. Está cubierta. La pequeña procesión se acercó, y ellos se apartaron para dejarla pasar. El cadáver estaba cubierto con una sábana, y sólo se veían los tobillos y el borde de la falda.

De pronto, Melling lanzó un grito.

—¡Dios mío!—gritó—. Es...

—¡Silencio!—ordenó el inspector.

La procesión se perdió de vista y, de pronto, entonces, Saunders volvióse al joven, que permanecía apartado, con la boca abierta.

—¡Dígame ahora!—ordenó Saunders, mirando al joven interrogativamente.

Melling se llevó una mano temblona a la boca y murmuró: —¡Dios mío!... ¿Qué significa esto? ¿Era una mujer?

♦

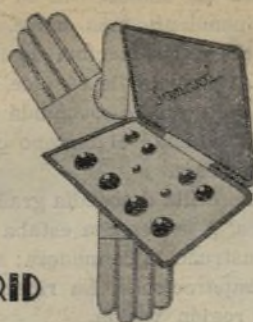
—Mire, Saunders—dijo el doctor—. Yo no entiendo. ¿Fueron dos los asesinados? Si es así, ¿dónde está el cuerpo del hombre? ¿Y quién es el matador?

El inspector movió la cabeza, sonriendo. Hallábase en su despacho, varias horas más tarde, y el médico acababa de entrar.

## CAMISERIA Y NOVEDADES

# "Samaral"

C. Peñalver, 16  
MADRID



—Síntese, Mac Crae, y yo le explicaré. Pero ante todo, ¿ha descubierto algo más?

—No mucho—replicó el otro—. Estrangulación, como dije al principio. Ella murió entre las diez y las doce de la noche; el golpe que sufrió antes de la estrangulación demuestra que el asaltante no intentó matarla, sino darle un susto, posiblemente. Esa fué su teoría, Saunders, y me parece muy acertada.

—¿Se refiere usted a lo que le dije sobre el propósito del criminal de reanimar a su víctima? Habrá sido una de mis habituales rarezas...

—¿Cómo? ¿Afirma usted que su teoría es equivocada?

Saunders asintió, y antes de que el otro pudiese formularle más preguntas, le dijo:

—¿Ha descubierto usted algo más..., algún indicio?

—No... ¿Y usted?

—Pocas cosas interesantes. Se llamaba Marta Grey. Era sirvienta (¿Yo tenía razón, doctor!) y se hallaba en esta ciudad desde cinco semanas atrás solamente. No tenía amigos, con la sola excepción del criminal, quizás. Carecía de parientes, fuera de una vieja tía que vive en Shropshire. Tenía libres una o dos noches por semana, que utilizaba en cortos paseos, sola, según creen sus patrones. La noche pasada salió para no regresar.

—¿Ha descubierto usted si la joven y Melling se conocían?

—Creo que ni de vista—afirmó Saunders—. De todos modos, puedo asegurarle que Melling no mató a la muchacha, ni tuvo nada que ver con el crimen hasta después de descubrir el cuerpo.

—¡Oh!—exclamó el médico—. ¿Y cómo ha descubierto usted eso?

—Lo sabía antes de que abandonáramos el puente de Bodden esta mañana...

El doctor Mac Crae no se ahorró una frase irónica:

—No puedo seguir sus razonamientos, Saunders... Dentro de poco me va a salir diciendo que ya sabe quién mató a Marta Grey.

La respuesta le dejó helado.

—Y lo sé. Y más que eso... Ya lo tenemos.

—¡Oooh! Entonces...

Saunders le interrumpió:

—Sólo tres personas pudieron cometer ese crimen. Me di cuenta de eso pocos minutos después de nuestra llegada al lugar del hecho. Cuando Melling quedó descartado de mis cálculos, pude concentrarme en los otros dos.

—¿Y quiénes son esos otros dos, y cómo sabe usted que son sólo dos?

—¿Y si empezamos por el principio, doctor? Escuche... Mi hipótesis comenzó cuando vi la cara echada hacia atrás. ¿Usted no vió nada raro en esa cara?

—¿Raro? No. Señales de estrangulación... Los granos de arena..., en fin, las manchas de colorete...

—¿Y nada más? Bueno... Debe ser porque le dije a usted de antemano que se trataba de una mujer. Pero supongamos que usted no lo hubiese sabido...

—Ya veo adónde quiere llegar, Saunders. Comprendo que, desde la posición en que nos hallábamos, no podíamos distinguir si la víctima era hombre o mujer.

—Más que eso—agregó Saunders—. Con los cabellos cortos, negros, la boca agrandada en una mueca horrible, más parecía un hombre. Teniendo en cuenta la situación de las huellas y conociendo a nuestro informante como a un hombre de baja estatura, me di cuenta de que no había visto otra cosa que la cara.

—Yo había sido informado ya por Hudson de que la víctima era una mujer. Además, yo estaba seguro de que Melling no mencionó para nada el sexo en su conversación. La cuestión era, pues, la siguiente: Si Melling no sabía que había visto una cara de mujer, ¿cómo lo sabía Hudson? Pude corroborar mi teoría hablando con Melling, antes de que él tuviese oportunidad de ver el cuerpo o de encontrarse con alguien que pudiese referirse a la víctima como a un hombre.

—Empiezo a comprender—replicó el doctor—. Pero recuerdo que usted trató de ver el pañuelo de Melling...

—Sí. Intenté eso primero—admitió Saunders—. Existía la posibilidad de que él fuese el asesino, y si hubiera tratado de reanimar a la muchacha, llevaría el pañuelo mojado.

—Sospeché usted de él cuando no encontró el pañuelo, ¿verdad?

—Sí. Pero sólo hasta que se refirió a la víctima como si se tratase de un hombre. Y ahora, doctor, ¿quiere tener la gentileza de enumerarme las otras posibilidades?... Bueno. Lo haré yo mismo. Las únicas personas que pudieron inducir a

Hudson a hablar de la víctima como de una mujer son la mujer ciclista y Hudson mismo. Recuerde las pequeñas huellas de pisadas bajo la piedra de la orilla. Hablé primero con la muchacha. Le pedí que me diera, con la fidelidad de que fuese capaz, una versión escrita de su conversación con Melling. La escribió; y escribió también lo que dijo a Hudson.

»Hudson afirmó que las palabras aquellas eran, substancialmente, las mismas que se habían cambiado entre él y la muchacha. Entonces un rayo de luz apareció. Ninguno de los dos mensajes contenía referencia alguna al sexo de la víctima.

»—¿Cómo me explica usted, Hudson—le dije—el hecho de que usted me afirmara por teléfono de que había sido hallado el cuerpo de una mujer?

»Al principio pareció perplejo, porque no se daba cuenta de la situación. Cuando se recobró, trató de inventar algo, afirmando que el joven debió decir que había visto a una mujer...

»Casi enseguida, mientras interrogaba a Hudson—prosiguió el inspector—, la joven ciclista, Jennie Hall, se puso a llorar y empezó a decirle cosas a Hudson. Me di cuenta entonces, por primera vez, que se conocían, y me enteré de que, en realidad, se amaban. Gradualmente, la historia se aclaró por completo. En una palabra, parece que Hudson jugaba con las dos mujeres. La noche pasada, Marta Grey vió a Hudson paseando, en compañía de Jennie, y los siguió hasta el puente de Bodden. Allí los enfrentó, dirigiéndole a Hudson una cantidad de reproches. Parece que llegó a amenazar a la otra muchacha, en un rapto de histeria. Para evitar un escándalo y proteger a Jennie, Hudson quiso asustar a Marta, tomándola del cuello. Ella luchó y supongo que Hudson aprendió más de lo debido.

»De pronto, la muchacha cae. Tratan de levantarla y se atemorizan al no conseguirlo. Todo esto ocurre en el puente, lo que explica la ausencia de huellas en el césped, en el lugar donde hallamos el cuerpo. Más tarde, para evitar que algún transeúnte los vea, Hudson lleva el cuerpo a lo largo de la ribera. Tratan de reanimarla nuevamente, y Jennie baja hasta el agua, moja su pañuelo y vuelve para empapar el rostro de Marta. Esto explica la huella debajo de la piedra, que Hudson quiso disimular mientras esperaba nuestra llegada. Por fin descubren que la muchacha ha muerto y deciden llevarla hasta la cumbre, en la esperanza de que, como nadie ha visto a Marta con ellos, podrían hallarse a cubierto de toda sospecha.

El médico reflexionó un instante:

—¿Y por qué representó la muchacha esa farsa de revelar el crimen al joven y de informar al mismo Hudson, como si no supiese nada? ¿Por qué no se alejó del lugar sin decir a nadie una palabra?

—La interrogué sobre el punto—aclaró Saunders—y ella me explicó que había resuelto proceder como si no supiera una palabra del asunto. Creyó que eso era lo más seguro. Deteniendo la bicicleta y hablando con el joven, ofrecía la impresión de un transeúnte casual y, por supuesto, ajeno a lo sucedido. Hudson, por su parte, tomó la iniciativa de comunicarme el crimen, por razones parecidas, y al mismo tiempo para aprovechar la oportunidad de acercarse al lugar del hecho antes que nadie y proceder a borrar las huellas que hubiesen podido quedar.

—Supongamos que tuviesen razón en teoría—observó el doctor—. Pero el procedimiento, en la práctica, se ha demostrado poco eficaz.

Saunders se recostó en su asiento:

—En este caso—dijo—ha sido una suerte que el criminal confesara la verdad antes de tiempo. De otro modo, acaso no hubiéramos imaginado jamás que él tenía algo que ver en el asunto. Nadie conocía su vinculación con la víctima. Bien, doctor... Nuestro caso ha concluido. Y ahora, una buena noticia: ya he encontrado una colocación para Melling.

## Corresponsales administrativos de "Ciudad" en provincias

"CIUDAD" EN VALENCIA  
G. Molina Gómez. Ballesteros, 4.

"CIUDAD" EN EL FERROL  
ANTONIO HERMIDA  
Quiosco frente al INSTITUTO.

"CIUDAD" EN SEVILLA  
JOSE MANTECA ORTIZ

"CIUDAD" EN SALAMANCA  
JOSE PABLOS GALAN  
Isla de la Rúa, 1.

"CIUDAD" EN SANTANDER  
Julián Merino. Atarazanas, 7.

"CIUDAD" EN ORENSE  
Viuda de Lisardo Castro.

"CIUDAD" EN VALLADOLID  
Juana Torres de la Cal.  
Plaza Mayor, 11.

## Corresponsales administrativos de "Ciudad" en provincias

"CIUDAD" EN BILBAO  
Teresa Irala de Simón.  
Plaza Nueva, 1.

"CIUDAD" EN SAN SEBASTIAN  
LIBRERIA BARBA  
Vergara, 9.

"CIUDAD" EN BARCELONA  
Unión Distribuidora de Ediciones.  
Calle de la Unión, 19.

"CIUDAD" EN MURCIA  
José Rodríguez Sánchez.  
Torre de Romo, 4.

"CIUDAD" EN CADIZ  
Matilde Calzada.  
Duque de Tetuán, 9.

"CIUDAD" EN PALMA DE MALLORCA  
Margarita Cifre.  
ANTIQUO QUIOSCO LIROLA

## FRUTAS ARGENTINAS

PERAS DE AGUA, MELOCOTONES Y CIRUELAS — ESPARRAGOS DE ARANJUEZ

MUÑOZ

BARQUILLO, 20 TELÉFONO 10506

Ayuntamiento de Madrid



## Sacha Guitry explica cómo emplea un día de su existencia

El famoso intérprete aspira a que nadie le quite ni un minuto de vida a la hora de la muerte

Es interesante saber cómo viven, de la mañana a la noche, y a menudo de la noche a la mañana, ciertos hombres y ciertas mujeres que por su profesión, su talento y notoriedad atraen y monopolizan constantemente la atención del gran público.

Hay en el hotelito de Sacha Guitry los objetos más preciosos, los cuadros más raros, las alfombras más mullidas y los sillones más confidenciales que podáis imaginar.

¿Quién no envidiaría a Sacha el poseer esta impresionante bata de tisú de oro, bordada en azul, que Gustavo Flaubert llevó los últimos años de su vida?

¿Y este saco de cuero rojo, ligeramente deslucido, que Bonaparte llevaba en su berlina de campaña?

¿Y estas veinticuatro cartas autógrafas de Enrique IV?

¿Y este manuscrito de «Poil de Carotte», escrito por la propia mano de Jules Renard?

Es muy difícil someter a Sacha a un interrogatorio.

El responde a su manera, es decir, habla de todo menos de lo que se le pregunta.

Si le preguntáis a qué hora se levanta, os hablará sin vacilar de Voltaire. Las preguntas que se le hacen le sirven de pretexto para perseguir en voz alta las sugerencias de un espíritu.

—Me levanto entre nueve y media y diez y media.

—¿Nunca a una hora fija?

—No.

—¿Por qué?

—Porque nunca me acuesto a una hora fija.

—¿De qué depende la hora?

—Del libro que leo... Cuanto más me apasiona el libro que leo, menos duermo.

—¿A qué hora se pone usted a trabajar?

—Con el último bocado de mi desayuno entro en mi despacho.

—¿Y la comida se prolonga mucho?

—A veces sí, porque yo padezco de un terrible mal hereditario. Me levanto constantemente de la mesa para buscar libros en mi biblioteca.

—¿Libros?

—Sí; para apoyar las cosas que digo. Mi abuelo tenía la misma manía. El llevaba atlas y diccionarios, y al final de sus comidas no había encima de la mesa más que libros.

—¿Cuáles son sus horas de placer?

—Las de los grandes encuentros. Así, esta semana he pasado hora y media de conversación con M. Bergson. Su conversación me produjo la sensación de una luz constante que se hiciera más luminosa por momentos. Es una obsesión que tengo; me parece ver luz alrededor de ciertas frentes.

—¿Le gusta a usted la música?

—Respondo como Mozart: La amo. La música es la lengua universal. Cuando Risler tocaba sentía la impresión de que me confiaba un secreto. Un día, después de la ejecución de la «Appassionata», de Beethoven, me incliné a su oído y le dije: «No lo diré nunca, se lo prometo».

—¿...?

—Tengo dos clases de días: los normales y los otros. Tres horas de trabajo por la mañana, de dos a seis ensayo, a las siete ceno y después teatro hasta media noche. Nada me parece más natural que trabajar. No recuerdo nunca haberme sentado en un sillón para no hacer nada.

—¿Y los otros?

—Cuando recibo por las mañanas a ocho o diez personas distintas y cada una por una razón diferente. Mi mayor placer, la compañía de un amigo íntimo, que no tenga nada que decirme y se convierta en espectador de todo. Amo la vida. Quisiera morir de viejo. Que nadie me quite un solo minuto de vida a la hora de mi muerte.

## LA DIOSA KALI

En el Asia, en el golfo de Bengala, donde desemboca el Ganges, se encuentra Caligath, que es el templo de mayor importancia en la India, dedicado a la diosa Kali. Esta es la diosa de la destrucción y de la fecundidad. Esposa de Visnú, cuenta la mitología indostánica que en una lucha entre genios y gigantes vió flaquear a su marido, por lo cual se lanzó en la pelea y venció a sus enemigos. Sobre el cuerpo de su esposo, que imploraba perdón, bailó frenéticamente de alegría, haciendo temblar la Tierra. Kali tiene cuatro brazos. Está representada con un pie sobre el pecho de Visnú. En una mano enarbolaba el cuchillo con que mató al gigante, y en la otra sostiene la cabeza del vencido. Esta diosa de rostro negro, de ojos feroces, es, en una palabra, inclemente. Los adoradores de esta divinidad son los únicos indostánicos que comen carne. Es carne de cabrito la que se sacrifica en el templo, y el animal debe tener más de tres años, ha de ser sano, carecer de todo defecto. Los cabritos que se sacrifican a la diosa Kali han substituido a las víctimas humanas, cuyo sacrificio fué prohibido por las autoridades británicas. Hasta hace pocos años, las víctimas que se sacrificaban a Kali eran niñas entre cinco meses y doce años. En las afueras del templo hay un gran cobertizo donde los fieles compran los cabritos que quieren sacrificar. Conducido el animal hasta el sacerdote de Kali, la víctima propiciatoria se purifica en las aguas del Ganges. El ayudante del sacrificador toma el cabrito por

# FIESTA DE ESPAÑA



Victoriano de la Serna toma una cornada en los aledaños de Madrid

Por FEDERICO MORENA



El sábado se celebró en la plaza de los Carabanchales un *mano a mano* entre Vicente Barrera y Victoriano de la Serna. Una corrida gris, que a estas horas estaría perfectamente olvidada, a no ser por la cogida, por la grave cogida, de Victoriano de la Serna.

Esto merece un comentario. No comprendo, fran-

el sábado, con una corrida de toros hecha y derecha me parece sencillamente absurdo.

Victoriano de la Serna puso decidido empeño en triunfar en Carabanchel y en triunfar con el toro. Y este empeño le ha costado una cornada.

Urge la rectificación. La cornada, que, milagrosamente, no fué mortal, curará pronto. Y en cuanto Victoriano de la Serna se haya repuesto, debe presentarse en Madrid. Trazado tiene el camino. Si no lo sigue, su paso por el toreo será rápido, como un meteoro. Y Victoriano de la Serna es, o debe ser, en el cielo taurino, estrella de primera magnitud.



## MANTILLAS

## VESTIDOS

## SEDAS

## Eleuterio FUENCARRAL.14

camente, cómo un torero de tan excelentes cualidades como Victoriano de la Serna puede oponer tan firme resistencia a su presentación en la plaza de Madrid, que, como suele decirse con frase gráfica, es la que da y quita. Pocos toreros se han presentado a la afición madrileña tan hechos, artísticamente, como Victoriano de la Serna. ¿Qué le contiene? ¿Por qué levanta sus tiendas en los aledaños de Madrid sin decidirse a pasar el Rubicón?

Inexplicable. Hombre comprensivo, me explicaría que el gran torero fuera a los Carabanchales en busca de un triunfo fácil en las puertas mismas de Madrid. Pero encerrarse en Vista Alegre, como lo hizo

## La corrida goyesca

Fué organizada para conmemorar el cuarto aniversario de la proclamación de la República. El escenario, magnífico. Costosos tapices, reposteros, flores, guirnalda de laurel, bellas mujeres en clásicas calesas, caballeros rejoneadores, pajes, criados... En el palco principal, el Presidente de la República. Himno de Riego. Emoción popular...

Una fiesta al estilo de las grandes corridas históricas del siglo XVIII. Una fiesta evocadora de los tiempos de la realeza. Los reyes se interesaron siempre por la fiesta española. Carlos V lidió toros en Valladolid, con motivo del nacimiento de Felipe II, el austero monarca que desoyó las peticiones que el reino, junto en las Cortes, le dirigiera en solicitud de que fueran abolidas las corridas de toros. A Fernando VII no hubo manolo que le aventajara en competencia taurina. El mismo Amadeo gustaba extraordinariamente de arrojar la llave del toril...

Pero no se trataba ciertamente de una exaltación de la realeza. En el ruedo, diametralmente, campeaba esta inscripción: «¡Viva la República!» Evocábamos la realeza por puro accidente, como puro accidente fué, sin duda, la adquisición de la corrida portuguesa. Todo el mundo sabe que, aunque los toros se lidiaban a nombre del duque de Braganza, pertenecían a la casa real portuguesa.

Por lo demás, la corrida no constituyó un éxito artístico. Desde luego, nuestro rejoneador Antonio Cañero triunfó plenamente sobre el portugués Mascarenhas.

Los toros, poderosos, pero de mal estilo. Chicuelo no pudo destapar el «tarro de las esencias». Se limitó a bordar un magnífico quite por chicuelinas. Cagancho estuvo a dos dedos del triunfo apoteósico, pero le faltaron los dos dedos. En cuanto a Lorenzo Garza, que refrendaba la alternativa, supo dar emoción a sus faenas y disputó al gitano, en buena lid, los aplausos del público.

Esto fué todo. Y no merece ni una línea más.

las cuatro patas y coloca el cuello del animal en una horquilla de madera vercosa. Cuando el sacrificio ha sido consumado, los fieles recogen cuidadosamente el tronco y la cabeza inanimada del cabrito, mientras los perros lamen las losas, agotando la sangre derramada. Otro animal sufre la misma suerte. Los sacrificadores se relevan entre ruidos misteriosos y estridentes, que crean una atmósfera de locura.

Hay quien dice que aquellos ruidos, eternamente cultivados

para que no cesen ni un instante, acallan con su intensidad los gritos de alguna víctima humana que, junto al santuario de la diosa negra, se inmola quizá, a pesar de la prohibición de las autoridades británicas. Las pobres niñas, que abundan en el templo, hacen pensar, de todos modos, en la posibilidad de estos crímenes rituales. Y más de una vez se observa, que del santuario misterioso surgen los perros vampiros relamiéndose los hocicos manchados de sangre.



### Lubrificantes Americanos "KLIFF-LAND"

ACEITE PURO MINERAL 100 POR 100 SUPER-REFINADO PARA AUTOMOVILES Y TODA CLASE DE MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL

Exclusiva Región Centro: FERNANDO GUTIERREZ  
Paseo de Santa María de la Cabeza, 1 - MADRID - Teléfono 71670

Ayuntamiento de Madrid



# LAS LETRAS Y SU MUNDO

Un diario no absolutamente íntimo

Por MIGUEL PEREZ FERRERO

No tratemos de hacer averiguaciones inoportunas. Nuestra curiosidad—y la tuya, lector—debe quedar prendida a la interrogante ¿quién es Esther?... En cambio, su mentor puede salir—como sale—con toda libertad a la luz. Se trata de un escritor sobradamente conocido: Benjamín Jarnés. Con mano hábil, habilísima, tras la representación—mimetismo del gusto inglés—de la cubierta, nos va dando este «retrato», que «vino elaborándose a pinceladas sueltas, sin gran pretensión de componer un cuadro...» Así que ya se sabe, puesto que se previene que, «por miedo a cualquier profanación, quedan sin abrir muchas ventanas» y que «quizá puedan abrirse—aunque no todas—algún día».

Hoy por hoy, esas ventanas: «¡a piedra y lodo!» Lo que perdáis de intimidad lo vais a ganar de gestiones literarias, intelectuales; de fino, finísimo—acaso excesivamente fino—intelectualismo literario.

Esther tiene un amigo—profesor inútil—dispuesto a escribir muy bellos capítulos sobre su persona, acerca de su vida y de la vida de sus sensaciones; ¿qué más puede pedir Esther! Pero el amigo, pese a la intimidad, íntima amistad, que con Esther le une, tiene, a su vez, carácter de educador y, en cuanto a él, debe ser discreto, sumamente discreto y ponderado. Por eso nos quedamos, os quedáis—o te quedas, lector—sin saber tal vez lo mejor, o, tal vez, lo más malo de la joven, de la muchacha en flor que conoce el hombre a un tiempo—a un tiempo, sí—sentimental y escéptico.

De la madeja buena se saca el buen hilo. En cuanto a la creación literaria, se puede decir que de un hilo de autobiografía puede lograrse una buena madeja de sucesos en los cuales la imaginación juegue un papel muy principal. La imaginación bien pudiera servir aquí para dar a personaje ajeno las propias aficiones, los gustos propios y las lecturas predilectas de uno mismo. Claro que hay otro camino, el pedagógico: ejercer la pedagogía—o una especie de pedagogía—, que coloca cerca de Dios, puesto que permite crear seres a nuestra imagen y semejanza, o a imagen y semejanza de esos pedagogos, mejor dicho.

Leyendo este libro, el flamante *Libro de Esther*, nos entran verdaderas ganas de gritarle a Jarnés a pleno pulmón: «¡Que lea esa chica más a Balzac; que se adentre en nuestro Galdós!» O en otros instantes: «¡Quítele de la cabeza que Espronceda y el Tenorio son insoportables!» Y aun en distintas ocasiones: «¡Puesto que esa muchacha tendrá, si no hoy, algún día que preparar su canastilla de novia, déle un par de escenas de Lawrence, en lugar de las coliflores de Max Aub, que no estaría de más!... Pero



## CASA SAMARAL

APUNTE DEL NATURAL POR ARTECHE

De un tiempo a esta parte se nota entre los comerciantes de Madrid una verdadera emulación por hacer de sus locales una exposición del buen gusto y de lo «chic». A la Casa SAMARAL le corresponde en este sentido un puesto de vanguardia entre sus similares, no solamente por la calidad de los artículos que vende cuanto por la presentación de los mismos. El lápiz de Arteché ha sorprendido una escena del lujoso local de la Avenida del Conde de Peñalver, número 16, en donde todos los artículos están exhibidos en la forma más artística posible. Bien es cierto que la índole misma de la mercadería en que se ha especializado la Casa SAMARAL facilita esta tarea de hacer de los escaparates un regalo para los ojos. En efecto, la totalidad de los artículos para hombre y señora son de procedencia extranjera. Hace apenas unos días, el propietario de la Casa SAMARAL acaba de regresar de uno de sus frecuentes viajes a Londres, París, Viena, etc., adonde acude para renovar sus existencias.

Y es así cómo la Casa SAMARAL cuenta entre su clientela al público de gustos más refinados de Madrid. A cualquier hora que se la visite ha de encontrarse siempre el local concurrido por personas que tienen el placer y el hábito de vestir elegantemente. Confesemos que no hay en este placer un afán baladí, sino que se trata de una prueba de refinamiento innata en todo hombre civilizado.

cada maestrillo tiene su librillo; y nosotros, ni siquiera eso, que nunca maestros ni maestrillos hemos sido.

En cambio, Benjamín Jarnés—no estamos acostumbrados a que nos duelan prendas—despierta en Esther un laudable afán por muy nobles mundos de la literatura y el pensamiento. Y si nosotros señalamos algunas ventanas por abrir—que no son, ciertamente, las aludidas en el prólogo—, tampoco es que aspiremos a que sea la muchacha una enciclopedia abreviada.

Respecto al miedo que el autor tiene a la profanación, no nos queda sino respetarlo y escribir al margen nuestra anotación: «Un diario no absolutamente íntimo.»

En *El profesor inútil* la intimidad salía más a flor de libro, la intimidad, que, en este tipo de obras, es siempre el conjunto de las verdaderas esencias que pudiéramos llamar vitales—o más directamente vitales, si se nos permite—del trabajo. Hay otro lado, además del de las aficiones estéticas y literarias, en el personaje—sobre todo, si éste es un personaje femenino en la edad de su juventud—de sumo interés, de tan extraordinario interés, el cual sirve para revelarnosle más concretamente, y en él puede reducirse a sobriedad el lujo de la presentación.

Pero, habremos de repetirlo, nuestro respeto está identificado, en esta ocasión y por tratarse del escritor, con el de Jarnés. La bella anécdota, el exquisito

relato, el nombre no disonante en la cita, nos muestran un aspecto de la escena, y con él nos hemos de contentar.

¿Será necesario decir que el estilo de Benjamín Jarnés aparece perfecto—estilo de extraordinario estilista—en las páginas de *El libro de Esther*?

## CENTENARIOS

El de Guillermo Humboldt

Se ha celebrado en Madrid una fiesta en memoria del barón Guillermo Humboldt, precisamente en la fecha—día 8—en que se cumplía su centenario. El acto conmemorativo tuvo lugar en el local de la Unión Ibero-Americana, y la iniciativa partió de la Agrupación de la Cultura Vasca. Tomaron parte en el homenaje, junto al representante de la Embajada de Alemania, don Antonio García del Real, D. Antonio Odriozola, D. José Luis de Lombana, el marqués de Dos Fuentes y Fernando de la Quadra Salcedo.

Disertaron estos cuatro últimos sobre los siguientes temas: «Guillermo de Humboldt a través de los eruditos vascos y poetas». El Sr. Lombana habló de «Los buenos vascos vistos por quien, además de fundador de la filología comparada, fué el hombre más cultivado de su tiempo». El marqués de Dos Fuentes trató de «Humboldt y los primitivos habitantes de España», y Fernando de la Quadra Salcedo hizo una brillantísima intervención acerca de «Humboldt y sus relaciones con la nobleza del país vasco».

Para terminar, hizo el resumen del acto, con gran acierto, el Dr. García del Real.

## REVISTAS

«Cruz y raya»

La «revista de afirmación y negación», que dirige José Bergamín, ofrece los siguientes trabajos en el número XXII, que acaba de publicarse:

Ensayos: «Visión de Ezequiel», por el padre R. de Pinedo, y que es un interesantísimo artículo acerca de la pintura de un ábside del siglo VI de la necrópolis de Baouit, Egipto. «Derrotero de la novela», por Miguel Pérez Ferrero.

Antología: «Imperio y milicia», selección y notas de José María Cossío.

Criba: a cargo de José Antonio Maraval, José A. Muñoz Rojas y Vicente Salas.

Viu, que escribe una nota interesantísima: «El periodismo al servicio del público, y la libertad de Prensa al margen de la Historia.»

Y en las hojas finales, un ensayo de «Arte bélico», «La supremacía en el aire», por Carlos Martínez de Campos.

## CASA FELIX



ESPECIALIDAD EN COCIDOS  
COCINA CASERA  
PRECIOS ECONOMICOS  
SE SIRVEN ENCARGOS

SAN ROQUE, 4

Teléfono 21577



¿Quiere usted restaurar su coche, su motocicleta, su bicicleta, o bien sus muebles de bronce? Pruebe solamente una vez y quedará convencido de lo que es el baño de cromo: deja toda clase de metales mejor que nuevos

TALLER DE CROMADO Y NIQUELADO  
LAMBAS Y BARRERO

Barbieri, 3 - MADRID - Teléfono 25386

Ayuntamiento de Madrid



# MOTIVOS DE LA CIUDAD

## POR MAESE BUSCON

### Un precursor

HE aquí un «Motivo de la Ciudad» ocurrido hace veinte años y que me llega de viva voz, mediante la gracia viva de D. Antonio Asenjo, que es la historia viva del madrileñismo. ¡Y que viva!

Estos días relató la Prensa que en un pueblo de extranjería un caballero ha conseguido mantenerse en el aire con una especie de alas ortopédicas. D. Antonio jura por sus sainetes, que allá por el año 17 andaba por los cafés heroicos de la bohemia un tal Bermichón, que era un tío muy largo, muy flemático y «to-ca» de la manía inventora. Un día llegó a la «peña» habitual y dijo:

—Ya está.

—¿Ya está qué?

—Ya está resuelto el problema de que el hombre vuele sin motor y casi sin máquina.

—Bueno, pues a verlo. Aquí con camelancias, no...

—El caso es que me hace falta un auxiliar que se meta en el aparato y que haga el experimento. Yo no estoy ya lo suficientemente ágil para esos trotes...

—¡Ah, vamos!...

DEL corro de los escamones surgió la voz del héroe desconocido:

—Si la cosa es en serio, yo me ofrezco...

Cargaron con el artillero y se fueron a un pueblo vecino, donde había un terraplén propio para el despegue. El inventor desfundó un oxidado bicicleta provisto de dos alas como medios paraguas. El héroe cabalgó en el sillín, al borde del modesto abismo. El precursor extendió la mano como un Colón de estatua y, señalando con el índice el remoto horizonte, ordenó con voz potente:

—¡A Valencia!—Y dió el empujón. Efectivamente, después de aletear como un murciélago desesperado por toda la rampa, el aparato dió con su jinete en el fondo del terraplén. Corren todos a auxiliarle. El héroe se queja con palabras muchísimo menos retóricas que sus colegas de «La Ilíada». El inventor, desentendido de la pequeña anécdota del trazo, examina los restos del bicicleta y concluye, con aire de gran suficiencia:

—¿Sabéis lo que ocurre? Que le faltó «columna de aire». El héroe saca de entre sus molidas entrañas una exclamación:

—¡Lo que le falta a usted es vergüenza, so «chiflao»!—; pero el genio no puede dar oídos a bajas especies y continúa:

—Mira, el domingo que viene solitaré licencia del arzobispo y tendrás el honor de probar de nuevo el aparato desde San Francisco el Grande. Desde la cornisa podrás tirarte con toda tranquilidad. Allí habrá «columna de aire».

—Pues que se tire su señor padre...

¡TRISTE destino el de los genios incomprensidos! Ahora, a los veinte años de distancia, Bermichón se consagra, «post mortem», como un genio de calidad, ya que es posible volar dos horas con un bicicleta viejo y dos mitades de paraguas. Otro invento que nos roba el mundo. Y todo porque un escéptico no quiso tirarse desde la cornisa de San Francisco. Esto me trae a mientes otro invento de un amigo

mío que descubrió la forma de anular la ley de la gravedad, pero que no puede ensayar su aparato por falta de experimentadores voluntarios. Se trata de arrojarlo desde la Telefónica. Ahí queda la iniciativa en espera del héroe. Yo cumplo con mi deber dándole a publicidad. No vaya a ser que Europa nos robe otro invento genial.

### Una queja en busca de un alcalde

A QUI, al lado mismo de esta casa donde trabajamos, hay otras casas donde otras personas trabajan. Y en frente a donde nosotros trabajamos hay otras personas que están frente a nosotros y que también trabajan en otras casas. Somos en esta gran arteria de Madrid, en este codo de aorta que en la actividad de Madrid es la plaza del Callao, una excepción laboriosa en la desleída vagancia de la Villa, puesto que en este barrio no hay Ministerios ni dependencias oficiales. Casas de películas, agencias de periódicos, oficinas de negociantes, lugares de tra-

testable embudo el empresario del establecimiento aludido; respetamos los derechos del amor y los de la empresa. Pero a nosotros, ¿quién nos respeta? ¿Quién respeta nuestro trabajo?

Señor Alcalde: Desde estos «Motivos» hemos señalado a usted muchas cosas defectuosas de Madrid, que pueden ser fácilmente corregidas. Esta de hoy es una de ellas. Si se empeña usted en seguir sin hacernos caso, nos obligará a que acudamos con nuestras quejas a D. Pedro Rico. ¡Y a ver después qué pasa!

### El 14 de abril y las banderas

SEÑORES: Da vergüenza, patriótica vergüenza, pasear por las calles el día 14 de Abril y ver con qué escaso entusiasmo los vecinos de la capital se asocian a las fiestas de la República. En cualquiera de los países que Maese Buscón conoce, en una fecha de esta significación, florece en cada ventana una bandera, un simple gallardete o un flaco repostero improvisado con una cortina o con una colcha. En Madrid apenas se embanderan los edificios oficiales. Y decimos apenas, porque el Banco de España estaba hasta la víspera sin ninguna alegría en su grave fachada neoclásica. Respetuosa y ejemplar excepción la constituyen las empresas extranjeras radicadas en Madrid, pues todas ellas rinden este barato y fácil homenaje a la República que la mayor parte de sus ciudadanos le niega. La presencia de las escasísimas banderas señala aún más a lo vivo la omisión de las casi todas que faltan. Y la omisión más unánime e intolerable, la del comercio y salas de espectáculos, que con misteriosa y escandalosa coincidencia boicotean de esa forma al nuevo Estado.

La culpa de esto es de las autoridades. No lo decimos llevados por la rutina española de echar el fardo de todo cuanto acontece de malo a las autoridades. Lo decimos, porque en otros países el embanderamiento de los comercios es obligatorio por ley. Y así debiera ser en España para que esos ciudadanos, «patriotas», cuando la patria es como a ellos le conviene, aprendiesen a hacer por obligación lo que debieron hacer por emoción o por respeto. La bandera republicana es, quírase o no, la única bandera de la única patria de que disponemos. No es el símbolo de una política, sino la enseña de la nación, frente a la cual no hay opción posible ni tolerable, cualesquiera que sean las ideas políticas que se le opongan. Y para algunos es mucho más. Es el símbolo de una esperanza limpia, que ha venido a sustituir a otro símbolo que lo era de desastres, de traiciones y de claudicaciones. Antes quería decir patriotería interesada; ahora quiere decir esperanzado patriotismo. El Gobierno de la República debió haberlo entendido así al organizar estos pálidos festejos de conmemoración, para que, al menos entre su palidez, las casas de Madrid se encendiesen con el garbo y la incontaminada juventud de la bandera republicana, que es la bandera de todos los españoles. La patria debe ser, a los efectos de estas exteriorizaciones, para los españoles, una cosa tan atendible como el Sagrado Corazón de Jesús. Es lo menos que se puede pedir.

“OR-KOMPON”

RESTAURANT VASCO

y

BAR AMERICANO

Miguel Moya, 4 Teléfono 18649

(Frente al Palacio de la Prensa)

bajo reconcentrado y sostenido que requiere ciertas condiciones de ambiente para no terminar la jornada con los sesos trocados en papilla de sémola.

Nada podemos contra los ruidos superfluos y evitables en todo el mundo menos en Madrid, donde, por lo visto, son indispensables e inevitables. Nada podemos contra esas horribles trompetas de Jericó que ahora llevan embocadas en los pulmones del motor los automóviles y cuyo uso no se consiente en ningún país civilizado, fuera de las carreteras; nada podemos tampoco contra el chirrido de las ruedas del tranvía en las curvas desengrasadas... Nada podemos contra nada. Y ahora, para colmo, entre el apretujón urbano de estos edificios, que la gente ocupa casi de modo exclusivo para trabajar, se le ha ocurrido al dueño de un cine de actualidades instalar un altavoz que se pasa toda la tarde gargajeando cariocas, rumbas y pasodobles, con harta desesperación de los tenedores de libros, que no pueden llevar a final la más humilde suma, y el nudo europeo de Madrid adquiere un sonido de rifa verbenera que nos inferioriza a los ojos del mundo... Para mayor calamidad, el aparato sólo cuenta con media docena de discos, que repite hasta el colapso, y de ello se infiere que no está instalado para deleitar al viandante con músicas más o menos tolerables, sino con el fin de que las parejas se enteren de que allí hay un local, con «derecho de admisión reservado», donde se puede pasar la tarde en obscuro y propicio amartelamiento.

RESPECTAMOS esta musical invitación a la práctica táctil del amor que hace por medio del de-

RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS

CUBIERTO SELECTO:

Ptas. 6

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9  
Teléfono 13617

“LA VIOLETA”

BOMBONES - CAMELOS  
ESPECIALIDADES EN CONFITERIA  
OBJETOS DE FANTASIA PARA REGALO

Plaza de Canalejas, 6  
Teléfono 25522

Fuencarral, 17  
Teléfono 23753

Ayuntamiento de Madrid



Por HÉFECÉ

Ya están igualados a puntos los dos rivales. Aunque el Betis, por veleidades del *goal average* particular, ocupe el primer puesto en la clasificación. Dos partidos quedan sólo para la terminación de este interesante «codo a codo», y la incógnita continúa aún sin despejar. Más llano el camino que le resta por andar a los madridistas que los obstáculos que todavía les queda por vencer a los blanquiverdes. Para aquéllos, sólo el escollo—relativamente fácil de librar—de Las Cortes puede truncar su marcha triunfal, mientras que para los impetuosos hombres del Patronato de dos partidos de gran importancia tienen que salir sin mácula: el del Sevilla y el que han de sostener en el Sardinero. Los dos, de verdadero compromiso. Quiere esto decir que las huestes de Chamartín, al fin, después de muchos altibajos, se han colocado en magníficas condiciones para entonar el alirón de la victoria.

El partido del domingo, contra el Valencia, terminó con el triunfo de los locales. Repetimos una vez más que lo celebramos, por lo que afecta a la región centro. Sin embargo, el éxito necesario para poder respirar tranquilos no se alcanzó, como parece indicar el marcador—tres-cero—, con facilidad y en demostración de la neta superioridad numérica que se desprende del resultado final. El Madrid pasó ratos muy comprometidos, muy difíciles, porque los valencianistas, dispuestos a vender cara su derrota, saltaron al campo decididos a imponerse desde los primeros momentos. El encuentro tuvo fases de enorme emoción, ya que la pérdida, o siquiera el empate, representaba para los morados de Chamartín casi la renuncia al título. Pudo suceder esto. No basta la clase indiscutible de los campeones, cuando a ella no acompaña la suficiente tranquilidad para saber imponerla. Y al Madrid le faltó el control del sistema nervioso. Bien es verdad que en ello influyó sobremanera el modo de actuar de Alberty, meta desconcertante en sus absurdas salidas, y que es capaz de poner los pelos de punta a un calvo. Por otra parte, la baja forma actual de Sañudo, unida a la enfermedad de Pedro Regueiro, que impidió su alineación, y la ausencia de Hilario, hizo que el conjunto se resintiese de la homogeneidad necesaria y que era preciso para tranquilizar la pasión localista. Al fin, ¡loado sea Dios!, las aguas volvieron a su cauce, y como el resultado fué el que fué, a estas horas nadie se acuerda de lo sucedido y... ¡aún hay patria, Veremundo!

No pudieron ganar los béticos en San Mamés. Pero tampoco perdieron. Y esto es también un buen respiro y otra esperanza fallida para los deseos madridistas. El Athletic de Bilbao, en contra de lo que suponían los pilines, se empleó en su rectángulo como corresponde a su brillante historial deportivo. Con el mismo deseo triunfador de siempre, sin acordarse para nada de terceras personas. Si no ganó, fué, sencillamente, porque el trío defensivo contrario tuvo una de sus magníficas actuaciones, tan repetidas a lo largo del torneo. Dominaron los vascos—los vascos de San Mamés—, pero la puerta enemiga, cerrada a piedra y lodo por la seguridad de sus guardianes, impidió que este dominio se tradujese en tantos. El partido terminó con el empate a cero, justa demostración de cuanto decimos.

En Buenavista, el Oviedo venció, con apuros y dificultades, a los atléticos madrileños. Un encuentro emocionante, en que los rojiblancos demostraron su buena forma. No es para nadie un secreto la forma de los oveten-

ses, como se vió en aquel memorable partido de Chamartín; el salir, pues, del rectángulo asturiano con sólo un goal en contra—es patente demostración de la excelente actuación del «once» de Petland. Los «cariñosos» amigos esperaban una *debacle* del Athletic, que, afortunadamente, no se produjo. Un dos-uno honroso fué el resultado de la contienda, en la que ambos equipos pusieron idénticos afanes de vencer. Para los ovetenses el problema era mucho más sencillo. El paisanaje, la casa propia y el propicio ambiente constituían factores principalísimos a favor del logro de sus lógicos afanes. Y vencieron.

Sin novedad en Sevilla. En el Nervión, los titulares andaluces se deshicieron fácil y holgadamente de los pobres areneros, dispuestos a morir, como la Asamblea—¡que todo se andará!—no lo remedie.

La misma triste suerte les cupo a los donostiarras, derrotados, por un tanteo harto elocuente—cuatro-uno—, por las desiguales fuerzas del Español.

Las Arenas y San Sebastián tendrán que esperar la gracia del indulto para aspirar a la continuación en la categoría de los *primerísimos*.

El Racing santanderino, que tan buen sabor dejó hace ocho días en Chamartín, pierde en su campo, vencido por el gran juego del Barcelona. Aviso al Madrid. Tres tantos marcaron los azulgrana, por dos los enemigos. Los de Las Cortes practicaron una extraordinaria labor, que se impuso desde los primeros momentos.

Lo que comunicamos a la gente de Chamartín, para que no se duerman el próximo domingo. Confíemos, sin embargo, en el hada madrina, que no abandona a los buenos. Y los buenos son los del Madrid. ¡No faltaba más!

Complicaciones en la segunda división. El Hércules es derrotado en Sabadell y desciende al segundo lugar, para dejar la vacante del primer puesto al Osasuna, que vence ampliamente al Valladolid; y como el Celta pierde con el Murcia, todavía les queda a los levantinos la esperanza de clasificarse. Total, un lío.

## BALON INTERNACIONL

### No perdamos de vista a Portugal

Con inusitada animación ha dado comienzo en Lisboa la venta de localidades para el encuentro internacional Portugal-España, que se disputará en el rectángulo de Lumiar.

Esto quiere decir que la expectación en la vecina República es tan grande como el deseo de ver triunfar a los paisanos. No nos extraña, y alabamos el afán.

Portugal, en sus luchas futbolísticas con nuestra nación, ha llevado siempre las de perder, y algunas veces—aquella de Sevilla, por ejemplo—, el catastrófico resultado no dejó lugar a dudas.

No han podido con nosotros hasta ahora. Ciertamente, en ocasiones, el triunfo se alcanzó por los pelos, pero no es menos verdad que España, de una forma o de otra, demostró siempre, a lo largo de sus *entrevistas* con Portugal, la supremacía indiscutible.

¡Pero no le perdamos de vista! En nada, y menos en fútbol, hay enemigo pequeño, y no olvidemos que los lusitanos tienen clavadas muchas espigas y ahora se les presenta ocasión de intentar sacárselas todas de una vez. Dudamos que lo consigan, pero...

Por lo pronto, ya tienen designada su selección. Concienciadamente y con método, están preparándola para el día decisivo. Nosotros, ¡bendita imprevisión española!, la hora es—así, por lo menos, lo afirma quien puede decirlo—que aún no tenemos ni el equipo formado. Lumiar es un terreno de una dureza extraordinaria, donde nuestros representantes han de extrañar la diferencia con los campos hispanos. ¿Se ha tenido esto en cuenta? Porque no vayamos fiados en que lo de la resiembra de hierba es en serio. Lumiar, esa tarde, estará más pelado que Rafael el Gallo. Lo aseguramos desde este momento.

¡No perdamos de vista a Portugal!, repetimos. En su guarida nos esperan los hombres de la *brincadeira* dispuestos a *machacarnos*. Que lo sepan todos.

Porque aquí pensamos mucho en el encuentro con Alemania nada más. Nos acordamos de Colonia, y no tenemos en cuenta el *jabón* que nos pueden dar los queridos vecinos. Que cuando el pelotón rueda, lo hace para todos. Y pocas palabras para el buen entendedor.

## ''BREAK!''

### La gloria por los suelos

La «Araña negra»—que me lleve el demonio si adivino el porqué del «remoquete»—venció sin pena, y también sin gloria, al viejo amigo del pismo de Vallecas—¡Oh fechas! ¡Oh recuerdos!—con sólo emplear la mano izquierda. ¡Olé!

Más claro: Alf Brown se encontró el viernes pasado con Quadrini, y, *manco* y todo, le



dió más que a una *estera*. Donde quiso y como quiso. Triunfo indiscutible desde el primer golpe del gong, que el respetable, sin embargo, no se lo agradeció. Por el contrario, la *cátedra*, desilusionada por la escasa cantidad de pelea—el match fué un «solo de jazz»—chilló al pobre vencedor, que no salía de su asombro. «Y a mí, ¿por qué? ¿Qué culpa tengo yo—decía el joven negrito—que el italiano sea un *piccolo gato de Fioravanti*?

Y es que Alf Brown—¡Dios te guarde, Schangchili!—tiene el espíritu tan ingenuo, que no puede comprender los grandes problemas del boxeo.

Y en el cuadrilátero, cada día, cada velada, se plantean teoremas más complicados:

X = Freddie Miller.

Quadrini resiste fuerte y heroico a Freddie Miller.

Alf Brown es vencido por Schangchili.

Quadrini es derrotado por Alf Brown.

Freddie Miller debe enfrentarse con Schangchili.

Lógica consecuencia para *tumbarse* de risa. ¡Vista que hay en estas latitudes!

## Siete ciudades en busca de dos boxeadores

Casi de Pirandello.

Roma, Nueva York, Viena, Chicago, Berlín, Londres y Blackpool se disputan las primicias del Baer-Schmelling.

Por lo visto, es un negocio «cañón».

Tan mollar, que, a lo mejor, llega París y se lo lleva. Y ya son ocho. Pero los últimos serán los primeros.

Ahí queda eso.

## Dos noticias

Ara venció a Mendieta.

Nadie lo esperaba.

Esteve derrotó a Lindo.

¡Muy bonito!

## PEDALES

### Primera Vuelta ciclista a España

Manolo «Rienzi»—cadena de éxitos deportivos—ya se ha apuntado el primero de los muchos que va a cosechar con la primera vuelta a España en bicicleta.

¡Y todavía no ha dado comienzo!

El que hacemos resaltar ahora—tiempo habrá para destacar los venideros—es el conseguido con la relación que a la vista tenemos de los caballeros participantes.

De lo mejorcito, sí, señor. Y para que no digan que somos unos *exageraos*, se la vamos a dar completa. La lista grande. Como la lotería. ¡Oído al número!

Mariano Cañardo.

Francisco Cepeda.

Emiliano Alvarez.

Isidro Figueras.

Francisco Mula.

Ramón R. Trillo.

David Pérez.

Américo Turo.

Francisco de Blas.

Rafael Pou.

Agustín González.

Antonio Andrés Sancho.

Vicente Bachero.

Vicente Trueba.

Manuel Trueba.

Fernán Trueba.

Luciano Montero.

Jesús Dermit.

Isidro Bejarano.

Salvador Cardona.

Antonio Escuriel.

Federico Ezquerro.

Santiago Mostajo.

Joaquín Bailón.

Juan Jimeno.

Antonio Destrieux.

Marinus Valentyn.

Salvador Molina.

Pío Torres.

Manuel Ginés.

Eusebio Bastida.

Max Bulla.

Luigi Barral.

Antonio Negrini.

Renato Scorticati.

Camillo Erba.

Antonio Montes.

Miquel Carrión.

Luis Esteve.

Marcel Rochefort.

Dignieff.

Gardier.

Alfonso Deloor.

Gustavo Deloor.

Louyet.

Blatmann.

Eugene Le Goff.

Fernand Fayolle.

Benoit Faure.

Leo Amberg.

¡Total, cincuenta! Y si quieren algo más, pueden pedir lo que gusten.

# FEDERO

SASTRE

Eduardo Dato, 10

Teléfono 21884



# FOTOS GOYA

DE

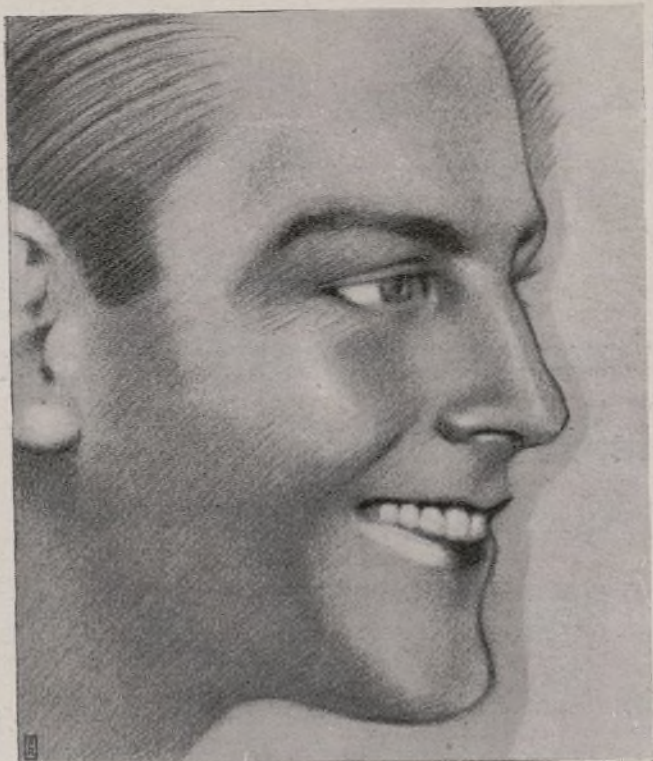
# ANGEL ARACIL

Trasladó su Estudio  
de Caballero de Gracia  
a PELIGROS, 14

Ayuntamiento de Madrid



# DENS

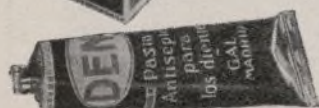


**GAL**  
MADRID-BUENOS AIRES.

## DIENTES SIN MANCHA



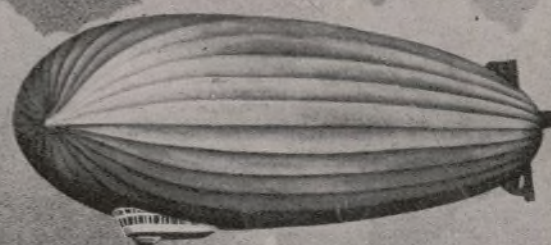
TUBO,  
2 pls.  
Pequeño  
1,25  
Caja 4000



Después de usar Dens sonríe usted mucho mejor. Ya no hay en sus dientes ni una mancha: ya brillan por fin con su blancura verdadera. Tiene usted la boca desinfectada y perfumado el aliento. Y su franca sonrisa exhibe ahora sin temor una dentadura que, por lo limpia, llama la atención necesariamente.

Use Dens a diario. Es muy suave; no ataca ni raya el esmalte.

Publicado



## el graff zeppelin

ÉXITO GRANDIOSO EN SU VUELTA



No menor, es el que obtiene la NUEVA Purgante Yer, obra cumbre de la experiencia teórico-práctica de la Medicina moderna. TODAS LAS MADRES PODRÁN PURGAR A SU MENOR PROTESTA, POR PARTE DE ESTOS, PUEDE PURGANTE YER CONSTITUIR UNA VERDADERA

Bajo el farolito triste  
los borrachos se acometen  
con puñales rencorosos  
que se apagan y se encienden.

El campo mira la bronca  
por entre tapias verdes,  
preñados de grillos negros,  
como coplas que zahieren.

Los borrachos dan traspiés  
lentos de vino caliente,  
mientras los perros atados  
amagan ladrando fuerte  
en un compás de cadenas  
abierto, que teje y teje  
cañamazo de eslabones  
con el hilo del ambiente.

La voz más ronca de todas  
se clava en todas las sienes:  
—Yo ya sé que tu mujer  
parirá a los cuatro meses...  
¡Estuve una noche entera  
mirándola frente a frente!

El borracho, malherido  
en el corazón, se muerde  
ante la risa cornuda  
de la luna sonriente.

Blasfemias tiene la noche.  
Coraje los hombres tienen.  
Las chispas de los puñales  
van punteando los vientres.

Ruedan que ruedan por tierra,  
revueltos entre la peste  
de las palabras oscuras

## LOS BORRACHOS

Por RICARDO DOMINGUEZ



los dos enemigos. Huele  
a sangre, sudor y vino.  
Ruedan.

Rechinan los dientes.  
Ruedan que ruedan que ruedan...  
¡Ay!

Las palabras se pierden.

Un borracho mira mucho.  
El otro mira y no quiere.

Esconde el campo sus ojos  
envenenados de fiebre  
tras los tapias despiertos  
al filo de los desdenes,  
en tanto que va la luna  
—¡bruñidos cuernos de nieve!—  
cincelando nubarrones  
con el haz de sus cinceles.

Callan los perros, atados  
al sino de los vaivenes,  
con las orejas alertas,  
los hocicos relucientes,  
las miradas vigilantes,  
las panzas como los fuelles,  
los rabos entre las patas  
y las patas impacientes.

Calla todo y todo habla.  
Todo grita y todo duerme.

Bajo el farolito triste,  
los borrachos se estremecen.

La pobre viuda, de luto,  
dió a luz a los cuatro meses.

DIBUJO DE ESPLANDIU

Ayuntamiento de Madrid



# ¡CIVDAD EN COLORES!

A partir del próximo número, CIVDAD introducirá importantes reformas en su presentación

CIVDAD ha crecido demasiado de prisa. El éxito nos agobia con incesantes pedidos de ejemplares que llegan diariamente a nuestra Administración de todas partes: de España y el Extranjero. Para abastecer esa demanda, nos vemos obligados a reformar nuestra presentación de manera de alcanzar con nuevos procedimientos técnicos el tiraje que exigen nuestros millares de lectores.

A partir del próximo miércoles, CIVDAD reformará su presentación, ofreciendo en su nuevo formato varias planas en colores. Habiendo aumentado en gran forma el coste de nuestra Revista por las reformas que introducimos, debemos aumentar el precio del ejemplar, que será, a partir del próximo número, de 0,30 ptas. Esperamos que nuestros lectores acepten complacidos la nueva forma en que aparecerá CIVDAD, formato más manuable, atendiendo numerosas sugerencias del público y embelleciendo su presentación en planas en colores.

Al propio tiempo, CIVDAD se complace en anunciar a sus lectores estas interesantísimas colaboraciones de las mejores firmas nacionales y extranjeras que aparecerán entre el material del número próximo:

## *Tres cuentos cortos,*

de LUGENIO MONTES, el celebrado escritor y periodista.

## *¿Existe una organización internacional de terroristas?,*

reportaje de palpitante actualidad e interés, por el periodista norteamericano IVAN POST.

## *Baños de sol en Rosales,*

por los festejados comediógrafos ASENJO y TORRES DEL ALAMO.

## *Intimidad de Palma de Mallorca,*

por EDUARDO BLANCO-AMOR.

## *Una ternera y un hombre,*

por PEDRO GUIMAREY, autor de la novela «Nidos de esclavos», que recientemente mereciera el primer premio de la Asociación de Artistas y Escritores.

## *Cómo estudia la mujer. - En el Extranjero y en España,*

ameno reportaje gráfico.